

CUENTOS Y PARÁBOLAS

Los cuentos y parábolas no son cosa de niños. Con mucha sencillez nos hacen descubrir grandes tesoros de lo cotidiano. No es raro que fuese el estilo que utilizase habitualmente Jesús.

Lo que sí hace falta es espíritu de niños, de maravillarse ante cosas simples que nos enseñan realidades bien profundas.

818. CUENTOS

Yo no sé muchas cosas, es verdad.
Digo tan sólo lo que he visto.
Y he visto: que la cuna del hombre
la mecen con cuentos, los ahogan con cuentos,
que el llanto del hombre lo taponan con cuentos,
que los huesos del hombre
los entierran con cuentos,
y que el miedo del hombre...
ha inventado todos los cuentos.
Yo sé muy pocas cosas, es verdad,
pero me han dormido con todos los cuentos...
y sé todos los cuentos.

Ahora estoy de regreso, he llegado hace poco,
Soy nuevo en la ciudad... Y esto quiero decir:
Me durmieron con un cuento...
y me he despertado con un sueño.
Es un sueño sin lazos, Sin espejos, sin anillos,
sin redes, sin trampas y sin miedo.

León Felipe

819. EL ABRAZO DE DIOS

Un hombre santo, orgulloso de serlo, ansiaba con todas sus fuerzas ver a Dios. Un día Dios le habló en un sueño: "¿Quieres verme? En la montaña, lejos de todos y de todo, te abrazaré".

Al despertar al día siguiente comenzó a pensar qué podría ofrecerle a Dios. Pero ¿qué podía encontrar digno de Dios?

"Ya lo sé", pensó. "Le llevaré mi hermoso jarrón nuevo. Es valioso y le encantará... Pero no puedo llevarlo vacío. Debo llenarlo de algo".

Estuvo pensando mucho en lo que metería en el precioso jarrón. ¿Oro? ¿Plata? Después de todo, Dios mismo había hecho todas aquellas cosas, por lo que se merecía un presente mucho más valioso.

"Sí", pensó al final, "le daré a Dios mis oraciones. Esto es lo que esperará de un hombre santo como yo. Mis oraciones, mi ayuda y servicio a los demás, mi limosna, sufrimientos, sacrificios, buenas obras...".

Estaba contento de haber descubierto justamente lo que Dios esperaba y decidió aumentar sus oraciones y buenas obras, consiguiendo un verdadero récord. Durante las pocas semanas siguientes anotó cada oración y buena obra colocando una piedrecita en su jarrón. Cuando

estuviera lleno lo subiría a la montaña y se lo ofrecería a Dios.

Finalmente, con su precioso jarrón hasta los bordes, se puso en camino hacia la montaña. A cada paso se repetía lo que debía decir a Dios: "Mira, Señor, ¿te gusta mi precioso jarrón? Espero que sí y que quedarás encantado con todas las oraciones y buenas obras que he ahorrado durante este tiempo para ofrecértelas. Por favor, abrázame ahora".

Al llegar a la montaña, oyó una voz que descendía retumbando de las nubes: "¿Quién está ahí abajo? ¿Por qué te escondes de mí? ¿Qué has puesto entre nosotros?"

"Soy yo. Tu santo hombre. Te he traído este precioso jarrón. Mi vida entera está en él. Lo he traído para Ti".

"Pero no te veo. ¿Por qué has de esconderte detrás de ese enorme jarrón? No nos veremos de ese modo. Deseo abrazarte; por tanto, arrójalo lejos. Quitálo de mi vista".

No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Romper su precioso jarrón y tirar lejos todas sus piedrecitas? "No, Señor. Mi hermoso jarrón, no. Lo he traído especialmente para Ti. Lo he llenado de mis..."

"Tíralo. Dáselo a otro si quieres, pero líbrate de él. Deseo abrazarte a ti. Te quiero a ti".

Pedro Ribes. "Parábolas y fábulas...", p. 31

820. ACCIÓN DESINTERESADA

"Lo que más me deprime es la absoluta vulgaridad de mi existencia. Jamás en la vida he hecho nada tan importante como para merecer la atención del mundo".

"Te equivocas si piensas que es la atención del mundo lo que hace que una acción sea importante", dijo el Maestro.

Siguió una larga pausa.

"Bueno, pero es que tampoco he hecho nada que haya influido en alguien, ni para bien ni para mal..."

"Te equivocas si piensas que es el influir en los demás lo que hace que una acción sea importante", volvió a decir el Maestro.

"Pero, entonces, ¿qué es lo que hace que una acción sea importante?"

"El realizarla por sí misma y poniendo en ello todo el propio ser. Entonces resulta ser una acción desinteresada, semejante a la actividad de Dios".

Anthony de Mello. "Un minuto para el absurdo".
Sal Terrae.

821. ACTITUDES

Dice una antigua leyenda que, cuando Dios estaba creando el mundo, se le acercaron cuatro ángeles, y uno de ellos le preguntó: "¿Qué estás haciendo?"; el segundo le preguntó: "¿Por

qué lo haces?"; el tercero: "¿Puedo ayudarte?"; y el cuarto: "¿Cuánto vale todo esto?"

El primero era un científico, el segundo un filósofo, el tercero un altruista, el cuarto un agente inmobiliario.

Un quinto ángel se dedicaba a observar y a aplaudir con entusiasmo. Era un místico.

Antohny de Mello. "La oración de la rana. 2"

822. ACTUAR DE DIOS

Un hombre se hallaba en el tejado de su casa durante unas inundaciones y el agua le llegaba a los pies.

Poco después, pasó un individuo remando en una canoa y le gritó:

- "¡Oiga! ¿Quiere que le lleve a un sitio más alto?"

- "No, gracias - replicó el hombre -. Tengo fe en el Señor y Él me salvará".

Pasó el tiempo, y el agua le llegaba al hombre hasta la cintura. Entonces pasó por allí una lancha de motor.

- "¿Quiere que le lleve a un sitio más alto?" - gritó el que la llevaba.

- "No, gracias - respondió el hombre -. Tengo fe en el Señor y Él me salvará".

Más tarde, cuando el nivel del agua le llegaba hasta al cuello del individuo, llegó un helicóptero.

- "¡Cójase a la cuerda - gritó el piloto -. Yo le subiré".

- "No, gracias - dijo el hombre por tercera vez -. Tengo fe en el Señor y Él me salvará".

Desconcertado, el piloto dejó a aquel hombre en el tejado, casi cubierto por las aguas. Después de haber pasado horas allí, el pobre hombre no pudo resistir más, se ahogó y fue a recibir su recompensa.

Mientras aguardaba en las puertas del Paraíso, se halló frente al Creador y se quejó de lo ocurrido:

- "Señor - le dijo -, yo tenía total fe en que Tú me salvarías y me abandonaste. ¿Por qué?"

A lo cual le replicó el Señor:

- "¿Qué más quieres? ¡Te mandé dos lanchas y un helicóptero".

823. ACUMULAR

Cuando el gorrión hace su nido en bosque, no ocupa más que una rama. Cuando el ciervo apaga su sed en el río, no bebe más que lo que le cabe en la panza.

Nosotros acumulamos cosas porque tenemos el corazón vacío.

Anthony de Mello. "La oración de la rana (2º tomo)", p. 83

824. ADORAR AL VERDADERO DIOS

El maestro preguntó al discípulo:

- ¿Por qué no adoras a los ídolos?

El discípulo respondió:

- Porque el fuego los quema.

- Entonces adora al fuego.

- En todo caso adoraría al agua, capaz de apagar al fuego.

- Adora entonces al agua.

- En todo caso adoraría las nubes, capaces de apagar el fuego.

- Adora las nubes.

- No, porque el viento es más fuerte que ellas.

- Entonces adora el viento que sopla.

- Si debiera adorar al viento, adoraría al hombre que tiene poder de soplar.

- Adora entonces al hombre.

- No, porque muere.

- Adora la muerte.

- Lo único digno de adorarse es el Dueño de la vida y de la muerte.

El maestro alabó la sabiduría del discípulo.

Anónimo judío

825. LA ALFORJA

Un día Júpiter bajó a la tierra, convocó a todos los animales, incluido el hombre, y les dijo:

- Quiero que viváis en armonía y contentos. Así que, si alguien tiene alguna queja, que la diga sin temor y enseguida le pondré el remedio.

- Nadie expuso nada. Júpiter entonces se dirigió al mono

- ¿Qué? ¿Tú estás contento?

- Claro, - respondió el mono - tengo cuatro patitas que son un tesoro y tengo un tipo que todos me envidian. Yo no tengo motivos para envidiar a nadie... Comparado con el oso, tan feo, soy una maravilla. Él sí tendrá de qué quejarse.

Los otros animales pensaban como el mono y esperaban la queja del oso. No hubo tal queja. Al contrario, con tono de orgullo dijo:

- Yo me veo fuerte, bien proporcionado, con cierto aire señorial. Comparado con el elefante, que es un monstruo, una masa de carne que parece que se cae a trozos, soy un encanto. No me quejo de nada.

El elefante tomó la palabra y dijo:

- ¡Ah!, pues yo no me quejo absolutamente de nada, me siento fuerte, sólido, como un rey con mucho poder. Mucho peor es la ballena que parece una masa informe.

La ballena no se quejó; se veía mejor que la jirafa, larguirucha y desgarbada. La jirafa se sentía esbelta, fina, señorial, no como la hormiga, insignificante y rastrera. La hormiga se veía como una reina comparada con el mosquito. Y el mosquito se vio ágil, se defendía muy bien... Así todos hasta que llegó el hombre. Éste se entretuvo en contar todas sus cualidades y

encantos. Luego siguió hablando sobre los defectos de los otros. Y se reía de ellos.

Júpiter, que había estado en silencio, se dirigió a todos de nuevo y les dijo: Bien, veo que cada uno lleva dos bolsas: en la de atrás metéis vuestras faltas y en la de delante las faltas de los otros.

Alfonso Francia. "Educar con fábulas", p. 35

826. AMANTE Y ACTIVISTA

Un activista regresó al monasterio para averiguar de qué clase de luz tenía aún necesidad.

"La luz que todavía necesitas - le dijo el Maestro - es la que te permita conocer la diferencia entre un amante y un activista. El amante toma parte en una sinfonía".

"¿Y el activista?"

"El activista sólo oye el sonido de su propio tambor", dijo el Maestro.

Anthony de Mello. "Un minuto para el absurdo".

827. AMAR LO QUE SOMOS

Los animales del bosque se dieron un cuenta un día de que ninguno de ellos era el animal perfecto: los pájaros volaban muy bien, pero no nadaban ni escarbaban; la liebre era una estupeficiente corredora, pero no podía volar ni sabía nadar... Y así todos los demás.

¿No habría una manera de establecer una academia para mejorar la raza animal? Dicho y hecho. En la primera clase de carrera, el conejo fue una maravilla, y todos le dieron sobresaliente; pero en la clase de vuelo subieron al conejo a la rama de un árbol y le dijeron: "¡Vuela, conejo!". El animal saltó y se estrelló contra el suelo, con tan mala suerte que se rompió dos patas y fracasó también en el examen final de carrera. El pájaro fue fantástico volando, pero le pidieron que excavara como el topo. Al hacerlo se lastimó las alas y el pico y, en adelante, tampoco pudo volar; con lo que ni aprobó la prueba de excavación ni llegó al aprobadoillo en la de vuelo.

Convenzámonos: un pez debe ser pez, un estupeficiente pez, un magnífico pez, pero no tiene por qué ser pájaro. Un hombre inteligente debe sacarle punta a su inteligencia y no empeñarse en triunfar en deportes, en mecánica y en arte a la vez. Una mucha fea difícilmente llegará a ser bonita, pero puede ser simpática, buena y una mujer maravillosa... porque sólo cuando aprendamos a amar en serio lo que somos, seremos capaces de convertir lo que somos en una maravilla.

Anthony de Mello

828. AMOR ENTRE PÁJAROS

El pájaro manso vivía en la jaula y el pájaro libre en el bosque.

Mas su destino era encontrarse, y había llegado la hora.

El pájaro libre cantaba: "Amor, volemos al bosque".

El pájaro preso decía bajito: "Ven tú aquí, vivamos los dos en la jaula".

Decía el pájaro libre: "Entre rejas no pueden abrirse las alas".

- Ay, decía el pájaro preso, ¿sabré yo posarme en el cielo?

El pájaro libre cantaba: "Amor mío, pía canciones del campo".

El pájaro preso decía: "Estáte a mi lado, te enseñaré la canción de los sabios".

El pájaro libre cantaba: "No, no, nadie puede enseñar las canciones".

El pájaro preso decía: "Ay, yo no sé las canciones del campo".

Su amor es un anhelo infinito, mas no pueden volar ala con ala. Se miran y se miran a través de los hierros de la jaula, pero es en vano su deseo. Y aletean nostálgicos y cantan: "Acércate más, acércate más".

El pájaro libre grita: "¡No puedo! ¡No puedo! ¡Qué miedo me da tu jaula cerrada!"

El pájaro preso canta bajito: "¡Ay!, no puedo. ¡Mis alas se han muerto!"

829. ANTE UN ELEFANTE

Un príncipe oriental, para dar una lección a sus súbditos sobre la búsqueda de Dios, hizo reunir un día a muchos ciegos. Después ordenó que se les mostrase el mayor de sus elefantes sin decirles qué animal tenían delante. Cada ciego se acercó al elefante y le tocaron en diversas partes de su cuerpo. Al final el príncipe preguntó qué había palpado cada uno.

El que había tocado las piernas dijo que un tronco arrugado de un árbol.

El que había tocado la trompa, una gruesa rama nudosa. El que había tocado la cola, una serpiente desconocida. Un muro, dijo el que había tocado el vientre. Una pequeña colina, el que había tocado el lomo.

Como no se ponían de acuerdo entre ellos, comenzaron a discutir. El príncipe interrumpió la discusión:

- Esta pequeña muestra os hacer ver cómo de las grandes cosas conocemos muy poco, y de Dios casi nada.

Parábola hindú

830. ANTICREACIÓN

Al fin, el hombre destruyó el cielo y la tierra.

La tierra era bella y fértil,

la luz brillaba en las montañas y los mares,

y el espíritu de Dios llenaba el universo.

Y el hombre dijo:

"Posea yo todo el poder

en el cielo y en la tierra".

Y vio que el poder era bueno

y llamó “grandes jefes”
a quienes detentaban el poder,
y dio el nombre de débiles
a los que buscaban la reconciliación.
Así fue el sexto día antes del fin.

Y el hombre dijo:
“Haya una gran división entre los pueblos:
y póngase a un lado
las naciones que están por mí
y al otro lado las que están contra mí”.
Y hubo buenos y malos.
Así fue el día quinto antes del fin.

Y el hombre dijo:
“Juntemos nuestras fortunas en un lugar
y creemos instrumentos para defendernos:
la radio y la televisión
para controlar los espíritus de los hombres,
la movilización y el registro
para controlar los cuerpos de los hombres,
los uniformes para dominar
las almas de los hombres”.
Y así fue. El mundo quedó dividido
en dos bloques, en guerra.
El hombre vio que tenía que ser así.
Así fue el cuarto día antes del fin.

Y el hombre dijo: “Haya censura
para distinguir
nuestra verdad de la de los demás”.
Y fue así:
el hombre creó dos grandes instituciones:
una para ocultar la verdad en el extranjero.
Y otra,
para defenderse de la verdad dentro de casa.
El hombre lo vio y lo encontró normal.
Así fue el tercer día antes del fin.

Y el hombre dijo:
“Fabriquemos armas que puedan destruir
a distancia ingentes multitudes”.
De este modo perfeccionó
la guerra bacteriológica,
perfeccionó los arsenales
de muerte submarinos,
los proyectiles teledirigidos.
El hombre lo vio y se enorgulleció.
Entonces los bendijo, diciéndoles:
“Sed numerosos y grandes sobre la tierra,
llenad las aguas del mar
y los espacios celestes, multiplicaos”.
Así fue el día segundo antes del fin.
Y el hombre dijo: “Hagamos a Dios
a nuestra imagen y semejanza,
digamos que Dios
obra como nosotros obramos,
que piensa como nosotros pensamos,
que quiere lo que nosotros queremos,
que mata como nosotros matamos”.
El hombre creó un Dios a su medida.
Y lo bendijo diciendo:
“Muéstrate a nosotros
y pon la tierra a nuestros pies:
no te faltará nada, si haces nuestra voluntad”
Y así fue:
el hombre vio todo lo que había hecho
y estaba muy satisfecho de todo ello.

Así fue el día antes del fin.
De pronto se produjo un gran terremoto
en toda la superficie de la tierra,
y el hombre
y todo lo que había hecho dejaron de existir.
Así acabó el hombre
con el cielo y con la tierra.
La tierra volvió a ser
un mundo vacío y sin orden;
toda la superficie del océano
se cubrió de oscuridad
y el Espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas.

831. EL ÁRBOL GENEROSO

Érase un árbol copudo, denso, fuerte; sobre todo fuerte frente a la lluvia y los vientos huracanados que desmelenaban salvajes su frondosa cabellera verde.

Pero el árbol tenía una debilidad: un niño, a quien amaba más allá de sí mismo. Lo amaba desde que la madre del recién nacido venía, casi todos los días, con el bebé en brazos, lo mecía y lo dormía contándole nanas entrañables, apoyada en su tronco rugoso, sentada sobre sus raíces vegetales. El corazón del árbol creció, casi sin sentirlo, al aire de aquellas delicadas nanas, haciéndose a la medida del corazón inmenso de aquella mujer.

Un día, la madre murió; el niño tenía cuatro años. Y fue precisamente entonces cuando el corazón de madera del árbol sintió que le maduraban por dentro las entrañas de la madre muerta. Amar es tener algo hermoso y querer compartirlo.

Tomó cariño al niño, tanto que cuando le veía venir, agotaba jubiloso sus ramas y le gritaba:

- Ven, ¿quieres jugar? Vas a ser el rey de la selva. Toma mis flores y mis hojas, trenza una corona, colócala en tu cabeza.

Y el niño pasea por los senderos del bosque.

¡Y el árbol fue feliz con la ofrenda de su fronda!

Nadie puede detener la vida. El niño creció, otras instancias llenaron su corazón. Ya no quería jugar a ser el rey de la selva; su corazón quería cosas, cosas, cosas... pero no las tenía, y su rostro languidecía de tristeza.

- ¿Por qué estás triste? - le preguntó el árbol.

- Porque necesito cosas y no tengo dinero para comprarlas.

- No sufras por eso. Ven: súbete en mis brazos, están cargados de manzanas, toma las que quieras, llévalas al mercado, véndelas y tendrás el dinero que necesitas.

¡Y el árbol fue feliz con la ofrenda de sus frutos en sazón!

Pasó el tiempo, tiempo de soledad para el árbol; pero una mañana su corazón volvió a estremecerse de alegría. El niño de otros tiempos, hombre ahora, volvió junto a él, eso sí, serio, pensativo:

- ¿Qué te pasa? - le preguntó el árbol -. ¿Por qué estás triste?

- Porque quiero hacerme una casa y no tengo madera.

- No sufras por eso: toma tu hacha y corta mis ramas más robustas, hazte una casa y sé feliz.

El niño de otros tiempos, hombre ahora, tomó el hacha y fue segando los brazos hinchidos de savia del árbol. Y se hizo una casa al borde del bosque.

¡Y el árbol fue feliz con la ofrenda de su madera!

Pero el corazón del hombre no se llena con cosas. Hastiado de vivir en su casita de madera al borde del bosque, el niño de otros tiempos, hombre maduro ahora, volvió a internarse en la maraña de la selva. Cuando el árbol lo divisó a lo lejos, se estremeció de gozo y le preguntó:

- Te veo de nuevo triste, ¿qué te pasa, no te ha llegado la madera?

- Sí, pero estoy aburrido de ver siempre el mismo paisaje, de oír siempre el eco de mis pasos resonando sobre la madera. Me han dicho que lejos, muy lejos, hay mares bellísimos, paisajes de ensueño, gentes extrañas, y quiero conocerlas... pero no tengo barca.

- No sufras por eso. Empuña de nuevo el hacha, tala mi tronco a raíz del suelo y hazte una barca. Luego, con las pocas ramas que me quedan, lábrate unos remos y vete a navegar: conocerás esos mares bellísimos, paisajes de ensueño y gentes extrañas.

¡Y el árbol fue feliz con la ofrenda de su tronco!

Pasó mucho tiempo, tanto que el viejo árbol generoso apenas respiraba ya por algunos retoños verdes. Hasta que un día, empinándose sobre la hierba, vio que llegaba su antiguo amigo. Casi no le reconoció: volvía encanecido, vacilante el paso, envejecido.

- Ven, viejo amigo - invitó el árbol -. Y ahora, ¿qué necesitas?

- Nada, no necesito nada. Estoy cansado de tanto viajar. Ahora no busco más que un lugar tranquilo donde sentarme, volver la vista atrás y reposar.

- Acércate a mí, - replicó el viejo árbol agotado -. Ven, siéntate en el tronco que cortaste a ras de tierra: es lo único que puedo ofrecerte... Descansa.

Y el niño de otros tiempos, anciano ahora, se sentó y descansó.

¡Las raíces del árbol morían alegres con la última ofrenda de su viejo muñón!

LÓPEZ ARRÓNIZ, Prudencio. "Más allá..."

832. ARREPENTIMIENTO

"¿Por qué no aconsejas nunca el arrepentimiento?", preguntó el predicador.

"¡Pero si no enseño otra cosa...!", replicó el Maestro.

"¡Pues yo nunca te he oído hablar del dolor por los pecados!"

"El arrepentimiento no consiste en afligirse por el pasado. El pasado ha muerto y no merece un solo momento de aflicción. Arrepentirse es cambiar de mente; es ver la realidad de un modo radicalmente distinto".

Anthony de Mello. "Un minuto para el absurdo".

833. AZRAEL, EL ÁNGEL DE LA MUERTE

Cuentan que en la ciudad de Bagdad, cierto día un joven charlaba en el jardín de su suntuoso palacio con dos ancianos mercaderes. Éstos se quejaban de su incierta vida, siempre viajando entre peligros y fatigas. El joven, en cambio, se siente feliz, porque llegará a la vejez gozando de su palacio. De repente aparece Azrael, el ángel de la muerte, que mira con extrañeza al joven: desaparece después.

El joven, espantado, monta en su mejor caballo y huye; al cabo de unas horas de loca carrera, sufre, cerca de Damasco, una caída y en ella encuentra la muerte.

Pasado algún tiempo uno de los ancianos ve a Azrael y le pregunta por qué mostró aquella extrañeza ante el joven; el ángel de la muerte respondió: porque estaba gozoso en Bagdad y yo debía llevármelo poco después en Damasco.

Manuel Sánchez Monge. "Parábolas como dardos", p. 112

834. EL BANQUETE DEL PRIMER MUNDO

Érase una vez un grupo de personas. Estaban invitados a un banquete en un castillo medieval. Era una fiesta espléndida. Los mejores manjares. Los vinos más costosos. No faltaba la orquesta. Los invitados tenían buen apetito. Y una vez saciados, en lugar de ir a casa, continuaban degustando alimentos.

Eran tan voraces que se acabó la comida. El dueño de la casa envió a sus criados, apoyados por los guardias de seguridad, a buscar más alimentos entre los pobres campesinos del entorno. También el gas empezó a escasear, y los cocineros ordenaron a algunos criados que cortaran madera de las columnas y del tejado para hacer fuego y continuar cocinando. Pasado un buen rato las columnas cedían y aparecían grietas en el techo. Pero los siervos y los comensales estaban tan absorbidos en lo suyo que no se daban cuenta de las consecuencias de sus acciones.

Misión Abierta, nº 8 de octubre de 1996

835. LA BOLSA DE SEMILLAS

En una tienda de flores hay una bolsa de semillas. Mientras esperan que alguien las compre, hablan entre sí. Una de las semillas quisiera que la comprara un campesino y que, después de

ser plantada, el viento la arrancara y así poder viajar por todo el mundo. Otra desearía ser plantada en un jardín para que los niños jueguen entre las flores. Una tercera quisiera estar en una maceta, en el balcón de una abuelita para alegrarla. La cuarta dice que ella prefiere quedarse dentro de la bolsa y así no sufrir molestias. La última en hablar, finalmente, quiere ser plantada y dar como fruto muchas flores que a su vez produzcan nuevas semillas.

836. BUENA NOTICIA

El Reino de los cielos es semejante a dos hermanos que vivían felices y contentos, hasta que recibieron la llamada de Dios a hacerse discípulos.

El de más edad respondió con generosidad a la llamada, aunque tuvo que ver cómo se desgarraba su corazón al separarse de su familia y de la muchacha a la que amaba y con la que soñaba casarse. Pero, al fin, se marchó a un país lejano, donde gastó su propia vida al servicio de los más pobres. Se desató en aquel país una persecución de resultas de la cual fue detenido, falsamente acusado, torturado y condenado a muerte.

Y el Señor le dijo: "Muy bien, siervo fiel y cumplidor. Me has servido por el valor de mil talentos. Voy a recompensarte con mil millones de talentos. ¡Entra en el gozo de tu Señor!"

La generosidad del más joven fue menor. Decidió ignorar la llamada, seguir su camino y casarse con la muchacha a la que amaba. Disfrutó de un feliz matrimonio, le fueron bien los negocios y llegó a ser rico y próspero. De vez en cuando daba una limosna a algún mendigo o se mostraba bondadoso con su mujer y sus hijos. También de vez en cuando mandaba alguna pequeña suma de dinero a su hermano mayor que se encontraba en un remoto país, adjuntándole una nota que decía: "Tal vez con esto puedas ayudar mejor a aquellos pobres diablos".

Cuando le llegó la hora, el Señor le dijo: "Muy bien, siervo fiel y cumplidor. Me has servido con valor de diez talentos. Voy a recompensarte con mil millones de talentos. ¡Entra en el gozo de tu Señor!"

El hermano mayor se sorprendió al oír que su hermano iba a recibir la misma recompensa que él. Pero le agradó sobremanera. Y dijo: "Señor, aun sabiendo esto, si tuviera que nacer de nuevo y volver a vivir, haría por Ti exactamente lo mismo que he hecho".

Anthony de Mello. "El canto del pájaro", p. 151

837. BURROS, MÁS QUE BURROS

Dos burros estaban atados entre sí. A uno y otro lado, a cinco metros aproximadamente, su dueño había puesto dos montones de verde y rica alfalfa. Torpes, como burros que eran, acuciados por el hambre, se empeñaron en comer cada uno del montón que tenían más cerca. Tantas eran las ansias por comer, tanto el es-

fuerzo al tirar cada uno por su lado, tanta la obcecación y la cabezonería y tanto su egoísmo, que se agotaron sin probar bocado. A punto estuvieron, cada uno por su lado, de tocar con su hocico la hierba de enfrente pero no lo lograron. Eso aumentó más su sufrimiento, su angustia y su esfuerzo inútil.

Pasaron así una hora, hasta que, extenuados por el hambre, el trabajo y la rabia, cayeron al suelo a dos dedos (¡a dos dedos tan sólo!) de la alfalfa.

Dos vacas que pasaban por allí, en maravillosa camaradería, se pararon y, con parsimonia inteligente, liquidaron uno de los montones y, después, con idéntico entendimiento, acabaron con el segundo.

Alfonso Francia. "Historias de la vida".

838. BUSCAR A DIOS DONDE SE ENCUENTRA

El ermitaño, en oración oyó claramente la voz de Dios. Le invitaba a acudir a un encuentro especial con Él. La cita era para el atardecer del día siguiente, en la cima de una montaña lejana.

Temprano se puso de camino; necesitaba toda la jornada para llegar al monte y escalarlo. Ante todo, quería llegar puntual a la importante entrevista.

Atravesando un valle, se encontró a varios campesinos ocupados en intentar controlar y apagar un incendio declarado en el bosque cercano, que amenazaba las cosechas y hasta las propias casas de los habitantes. Reclamaron su ayuda porque todos los brazos eran pocos. Sintió la angustia de la situación y el no poder detenerse a ayudarles. No debía llegar tarde a la cita y, menos aún, faltar a ella. Así que con una oración que el Señor les socorriera, apresuró el paso, ya que había que dar un rodeo a causa del fuego.

Tras ardua ascensión, llegó a la cima de la montaña, jadeante por la fatiga y la emoción. El sol comenzaba su ocaso; llegaba puntual, por lo que dio gracias al cielo en su corazón.

Anhelante esperó, mirando en todas las direcciones. El Señor no aparecía por ninguna parte. Por fin descubrió, visible sobre una roca, algo escrito. Leyó: "Dispénsame, estoy ocupado ayudando a los que sofocan el incendio".

Entonces comprendió dónde debía encontrarse con Dios.

Vidal Ayala. "La voz del bosque". PS.

839. BUSCAR EN LUGAR EQUIVOCADO

Un vecino encontró a Nasrudim cuando éste andaba buscando algo de rodillas.

"¿Qué andas buscando?"

"Mi llave. La he perdido".



Y arrodillados los dos, se pusieron a buscar la llave perdida. Al cabo de un rato dijo el vecino:

“¿Dónde la perdiste?”

“En casa”

“¡Santo Dios! Y entonces, ¿por qué la buscas aquí?”

“Porque hay más luz”.

¿De qué vale a buscar a Dios en los lugares santos si donde lo has perdido ha sido en tu corazón?

Anthony de Mello. “El canto del pájaro”, p. 42

840. EL CABALLO QUE NO TENÍA SED

¿Qué hay que hacer para que beba un caballo que no tiene sed? Salvando las distancias, ¿qué hacer para devolver la sed y el gusto de Dios a los hombres que lo han perdido? ¿Y a los que se contentan sólo con licores, la tele o el auto?

¿A bastonazos? El caballo es más testarudo que nuestro bastón. Además ese antiguo método ha sido declarado demasiado directivo por los educadores modernos.

¿Hacerle tragar sal? Aún peor por lo que tiene de tortura psiquiátrica.

¿Cómo hacer beber, pues, a ese caballo respetando su libertad?

Sólo hay una contestación: encontrar otro caballo que tenga sed... y que beba mucho delante de su congénere, con alegría y voluptuosidad. Y esto, no para darle buen ejemplo, sino ante todo porque tenga sed, porque de verdad tenga sed, simplemente sed.

Un día, quizás su hermano, lleno de envidia, se pregunte si no haría mejor metiendo también él su hocico en el cubo de agua fresca.

Hacen falta hombres con sed de Dios, que son más eficaces que todas las necesidades dichas sobre Él.

Jacques Loew. “Fábulas y parábolas”, p. 30.

841. CAMBIAR LA PERSPECTIVA

“Según cuál sea tu percepción, así será tu acción. Lo que hay que cambiar no es la acción, sino la perspectiva”.

“¿Y qué debo hacer para cambiarla?”

“Sencillamente, comprender que tu perspectiva actual es defectuosa”.

Anthony de Mello. “Un minuto para el absurdo”.

842. EL CAMINO DE LA FELICIDAD

Es la historia de un hombre que estaba harto de llorar.

Miró a su alrededor y vio

que tenía delante de sus ojos la felicidad.

Estiró la mano y quería cogerla.

La felicidad era una flor.

La cogió.

Y nada más tenerla en su mano, la flor ya se había deshojado.

La felicidad era un rayo de sol.

Levantó sus ojos para calentar su cara

y en seguida una nube lo apagó.

La felicidad era una guitarra.

La acarició con sus dedos, las cuerdas desafinaron.

Cuando al atardecer volvía a casa, el hombre seguía llorando.

A la mañana siguiente

seguí buscando la felicidad.

A la vera del camino

había un niño que lloriqueaba.

Para tranquilizarlo

cogió una flor y se la dio.

La fragancia de la flor

perfumó a los dos.

Una pobre mujer temblaba de frío, cubierta con sus harapos.

La llevó hasta el sol y también se calentó.

Un grupo de niños cantaba.

Él les acompañó con su guitarra.

También él se deleitó con la melodía.

Al volver a casa de noche, el buen hombre sonreía de verdad.

Había encontrado la felicidad.

843. EL CAMPO DE MINAS

Un ex combatiente del Vietnam se hizo querido y apreciado entre sus vecinos, después de volver de la guerra y asentarse en oficio y familia, por su consideración con todos y su prontitud en ayudar en cualquier momento. No parecía encajar tanta delicadeza con la imagen de un soldado de vuelta de la guerra, y de tal guerra. Pero él tenía su explicación, que sus amigos íntimos sabían.

Su misión en la guerra había sido limpiar campos de minas. Todo aquel terreno de bosques y maleza, de escaramuzas y emboscadas, estaba sembrado de minas traidoras que al menor contacto con una rama, un alambre, una piedra en el camino podían explotar y llevarse la vida de un hombre. Y el mayor peligro era para quienes se adelantaban a detectar, adivinar, desactivar la muerte disfrazada en el terreno.

Había que medir cada paso, calcular cada gesto, arriesgar cada tirón. Varios de sus compañeros de equipo habían muerto así, y él sabía que lo mismo le podía ocurrir a él en cualquier momento. Y eso le hizo sentir el valor de la vida. Cada paso valía una eternidad. La vida entera había de ser vivida entre el levantar un pie y volver a posarlo sobre el terreno incierto. Cada instante estaba lleno de vida porque el siguiente podía estar lleno de muerte. Todos los sentidos alerta a flor de piel, todo el corazón vivo en cada latido, toda mirada abierta a la pincelada de colores que descubre el paisaje, todo sonido analizado en el espectro que va de la mina a la muerte. Vida intensa en el campo de minas.

Ése era su secreto. Vivir al día, vivir el minuto, vivir al instante. Vivir el presente. La vida es un campo de minas.

Carlos G. Vallés
Vida Nueva nº 2008, septiembre 95

844. EL CANTO DEL JILGUERO

Leyenda guaraní. Un indio oyó en la selva el canto de un jilguero. Nunca había oído una melodía igual. Quedó enamorado de su belleza y salió en la búsqueda del pájaro cantor. Encontró a un gorrión. Le preguntó: "¿Eres tú el que canta tan bien?". El gorrión contestó: "Claro que sí". "A ver, que te oiga yo". El gorrión cantó, y el indio se marchó. No era ese el canto que había oído.

El indio siguió buscando. Preguntó a una perdiz, a un loro, a un águila, a un pavo real. Todos le dijeron que sí, que eran ellos, pero no era su voz lo que él había oído. Y siguió buscando. En sus oídos resonaba aquel canto único, distinto, ensoñador, y no podía confundirse con ningún otro. Siguió buscando, y un día a lo lejos volvió a escuchar la melodía que había escuchado una vez y que desde entonces llevaba en el alma. Se paró silencioso. Sintió la dirección y midió la distancia con sus sentidos alerta. Se acercó sigiloso como un indio sabe andar en la selva sin que sus pies se enteren. Y allí lo vio. No necesitó preguntarle. Lo supo desde la primera nota, sació su mirada con la silueta del pájaro cantor, y volvió feliz a su aldea. Ya sabía cuál era el pájaro de sus sueños.

La voz del Espíritu es inconfundible en el alma. Nos quedó grabada desde que nuestro cuerpo fue cuerpo y nuestra alma fue alma. Y vamos por el mundo preguntando ignorantes: "¿Eres tú?". Mientras preguntamos no sabemos. Cuando se oye, ya no se pregunta. Dios se revela por sí mismo, y sabemos que está ahí con fe inconfundible. Que no se nos borre nunca el canto del jilguero.

Carlos G. Vallés

845. CANTO DEL PÁJARO

Los discípulos tenían multitud de preguntas que hacer acerca de Dios. Les dijo el Maestro: "Dios es el Desconocido y el Incognoscible. Cualquier afirmación acerca de Él, cualquier respuesta a vuestras preguntas, no será más que una distorsión de la verdad".

Los discípulos quedaron perplejos: "Entonces, ¿por qué hablas sobre Él?"

"¿Y por qué canta el pájaro?", respondió el Maestro.

El pájaro no canta porque tenga una afirmación que hacer. Canta porque tiene un canto que expresar.

Anthony de Mello

846. CARIDAD Y GRATITUD

Hace mucho tiempo ofreció Dios una fiesta a todas las virtudes, grandes y pequeñas, humildes y heroicas. Todas ellas se reunieron en una sala del cielo espléndidamente decorada, y no tardaron en disfrutar de la fiesta, porque todas se conocían entre sí, e incluso algunas de ellas mantenían estrechas relaciones.

De pronto, Dios reparó en dos hermosas virtudes que no parecían conocerse entre sí en absoluto y daba la sensación de encontrarse incómodas la una junto a la otra. De modo que tomó a una de ellas y se la presentó formalmente a la otra: "Te presento a Gracitudo", dijo Dios. "Ésta es Caridad".

Pero, en cuanto Dios se dio la vuelta para atender a otros invitados, ellas se separaron. Así es como ha circulado la historia de que ni siquiera Dios puede hacer que haya Gracitudo donde hay Caridad.

Anthony de Mello. "La oración de la rana (2º tomo)", p. 180

847. CARTA A LOS MISIONEROS

Hace unas semanas, el Ministerio de Asuntos Exteriores pidió a los misioneros españoles que abandonaran Burundi ante el peligro que corren sus vidas. En estos momentos hay ocho sacerdotes y seis religiosas compatriotas nuestros en este país de los Grandes Lagos.

"Queridos compañeros:

Si podéis... quedaos allí. Lo entiendo desde su punto de vista. Creen que su deber es poner a salvo la vida los españoles. La vida de los africanos no es su problema. No cae en su jurisdicción. Lo suyo es "sacar a las monjitas de la selva" y a todos los españoles del polvorín de Ruanda y Burundi.

Pero vosotros estáis en la jurisdicción del amor. En otra onda. Lo vuestro es estar al lado de los que sufren, tratando de curarles con el bálsamo de la ternura y con la sal de la comprensión y el perdón que cicatriza todas las heridas.

Trato de comprender vuestros miedos, los odios ciegos que nada respetan, las sospechas injustas, los egoísmos sin límites y toda la mentira. Esa que tergiversa vuestras palabras y vuestras más puras intenciones. La verdad es que sois un estorbo para las desmesuradas ambiciones políticas de algunos. Más aún, creo y sé que vuestra huida o muerte está calculada para algunos egoístas como un triunfo para "su causa"... Tú lo sabes también.

El miedo es humano. La prudencia también. Si las tensiones de una situación tan dura te han perdido tu paz interior y que tus nervios estén a flote... no lo dudes... vuelve a tu patria a descansar. Nada debe perturbar tu ilusión de amar y de luchar.

Pero si puedes, si la paz está contigo, con el corazón en la mano, sigue sembrando estrellas

de amor y de amistad. Seguro, la victoria está de tu lado. Y si te derriban, sólo habrán alumbrado una luz más que seguirá irradiando amor misionero.

Chicho Morales. Vida Nueva nº 2029, de febrero de 1996

848. LA CASA EN LLAMAS

No hace mucho tiempo vi una casa que ardía. Su techo era ya pasto de las llamas. Al acercarme, advertí que aún había gente en su interior. Fui a la puerta y les grité que el techo estaba ardiendo, incitándoles a que salieran rápidamente. Pero aquella gente no parecía tener prisa. Uno preguntó, mientras el fuego chamuscaba sus cejas, qué tiempo hacía fuera; si llovía, si no hacía viento y otras cosas parecidas. Sin responder, volví a salir. Esta gente, pensé, tiene que arder antes que acabe con sus preguntas. Verdaderamente, amigos, a quien el suelo no le queme en los pies hasta el punto de desear gustosamente cambiar de sitio, nada tengo que decirle.

Bertolt Brecht

849. CASA ORIGINAL

Nuestro Padre,
no todos los hermanos
le profesábamos el mismo cariño,
nos dejó en herencia
una original casa redonda.
No la rodeaban muros,
ni rejas la aprisionaban.
De color azul cambiante
tenía pintados sus techos
y en las habitaciones
abundaba el color verde.
Era grande.
También los hermanos éramos muchos.
La luz entraba a raudales durante el día
y múltiples lamparitas
daban misterio a sus noches.
Era una buena casa redonda para vivir.
La calefacción funcionaba
potentemente en verano
y el aire acondicionado
nos hacía tiritar en invierno,
pero era la mejor casa para vivir
pues, en ella, podía aspirarse
el perfume de las plantas,
no era difícil adivinar
la silenciosa huella de los animales
y convivían pacíficamente
el frescor de cumbres y mares
con la sedosa tibieza
de la vida palpitante.
Era una casa amplia y redonda
con capacidad de acogida para todos
aunque, entre los hermanos,
surgieron envidias, recelos y luchas
que hicieron temblar sus paredes.
Era la herencia de nuestro padre.
Más que redonda era esférica
y nunca acertamos a comprender

cuáles eran sus cimientos.

Marina Cuervo y Jesús Diéguez. "Al calor de las parábolas", PPC, 1989, p. 34

850. CASI NADA

Un pájaro preguntó a una paloma: "¿Cuánto pesa un copo de nieve?"

"Casi nada", le contestó la paloma.

Entonces el pájaro le contó esta historia: "Estaba en la rama de un pino cuando empezó a nevar. No era una ventisca, sino una de esas nevadas suaves. Caían los copos lentos, balanceándose graciosamente. Como no tenía otra cosa que hacer, me puse a contar los copos que caían sobre la rama donde me encontraba. Cayeron 3.751.952 copos.

Cuando muy lentamente cayó el copo 3.751.953, casi nada como acabas de decir, la rama se rompió...". Y dicho esto, el pájaro se marchó volando.

La paloma, toda una autoridad experta en materia de la paz desde tiempos de Noé, se quedó pensativa y luego dijo: "A lo mejor sólo falta una persona para que la paz sobrevenga al mundo".

Quizá sólo faltas tú.

Bruno Ferrero. "El canto del grillo", p. 29

851. CAZAR MONOS

Los cazadores de monos han inventado un método genial e infalible para capturarlos. Una vez descubierto el lugar donde suelen juntarse, entierran en el suelo unas vasijas de cuello largo y estrecho. Recubren las vasijas con tierra, dejando sólo la embocadura a ras de la hierba. Luego meten en las vasijas unos puñados de arroz y otras bayas que les gustan mucho a los monos.

Cuando se retiran los cazadores, los monos vuelven. Como son curiosos por naturaleza, examinan las vasijas y cuando se dan cuenta de las golosinas que encierran, introducen sus manos y agarran un buen puñado de arroz y de bayas, cuanto más grande mejor. Pero el cuello de las vasijas es muy estrecho. La mano vacía penetra fácilmente, pero cuando está llena no puede salir.

En ese momento salen los cazadores y los capturan fácilmente, porque, aunque se resisten mucho, no les viene la más mínima idea de abrir la mano y abandonar lo que aprietan en el puño.

Bruno Ferrero. "El canto del grillo", p. 57

852. LA CEBOLLA

"Había una vez una vieja muy mala y murió. La mujer no había realizado en su vida ni una sola acción buena y la echaron en el lago de fuego. Pero el ángel de la guarda que estaba allí pensó: "¿Qué buena acción podría recordar para decírselo a Dios?" Entonces recordó algo y se lo manifestó:

- Una vez arrancó de su huertecillo una cebolla y se la dio a un pobre.

Y Dios le respondió complacido: "Toma tú mismo esa cebolla y échasela al lago de forma que pueda agarrarse a ella. Si puedes lograr sacarla del fuego, irá al paraíso, pero si la cebolla se rompe tendrá que quedarse donde está".

El ángel corrió hasta donde estaba la mujer y le alargó la cebolla: "Toma, mujer, agárrate fuerte, vamos a ver si te puedo sacar".

Y comenzó a tirar con cuidado. Cuando ya casi la había sacado del todo, los demás pecadores que estaban en el lago de fuego se dieron cuenta y empezaron todos a agarrarse a ella para poder también salir de allí. Pero la mujer era mala, muy mala, y les daba patadas diciendo: "Me van a sacar sólo a mí, no a vosotros: es mi cebolla, no la vuestra".

Pero apenas había pronunciado estas palabras, cuando la cebolla se rompió en dos y la mujer volvió a caer en el lago de fuego. Allí arde hasta el día de hoy.

El ángel se echó a llorar y se fue".

F. Dostoievski

853. CHINO LOCO

Érase que se era un chino, padre honrado de familia y trabajador de un pequeño campo por las regiones del norte del país.

Su casita estaba situada en un paraje maravilloso entre verdes praderas y arroyos de agua limpiísima. Pero, ¡oh desgracia!, la enorme mole de una montaña hacía sombra continuamente a la casa, de manera que, ni en verano ni en invierno, podía entrar por las ventanas ni un rayo de sol...

- ¡Qué casa más oscura! - decían las personas que venían a visitar al buen chino.

- ¡Qué casa más triste! - repetía cada día el chino cuando, al levantarse y abrir la ventana, se encontraba ante las narices aquella montaña inmensa que le ocultaba el sol...

Pero, ¿qué hacer? Una de dos: o cambiar la casa de sitio, o cambiar de sitio la montaña...

El chino lo pensó bien y se decidió por esto último. ¡Sí! trasladaría aquella gigantesca mole de piedra a otro lugar...

Pero... ¿cómo?

Paletada a paletada. Espuerta a espuerta...

Así se lo comunicó a sus hijos.

- "Hijos míos - les dijo -, esta casa, que yo heredé de mi padre y él de mi abuelo, es muy triste. Yo quiero dejaros a vosotros una casa más alegre. Por eso he decidido que, desde mañana, saldremos al campo con pico y pala e iremos demoliendo lentamente la montaña y trasladando su tierra a otra parte..."

Los hijos no se asustaron del trabajo que el padre les presentaba y dijeron que sí. Y al día siguiente, comenzaron su trabajo.

Pero los habitantes de las fincas vecinas, al enterarse, se echaron a reír:

- "¡Están locos! - decían - ¿Quién puede contra la montaña? ¡No conseguirán nada...!"

Y todos los días venían a comprobar si la montaña desaparecía. Pero la montaña seguía impenetrable en el mismo sitio, pues solamente habían conseguido arrancarla unas pocas espertadas de tierra...

Pero el chino tenaz se dirigió a sus vecinos:

- "Ya sé que las montañas son muy grandes. Pero... ¡no crecerán más! Cada paletada que les arranquemos, no la repondrán jamás. Yo me moriré, es cierto, sin ver desaparecer la montaña; pero mis hijos continuarán la tarea; y, cuando ellos mueran, la continuarán mis nietos... Y algún día, no sé cuando, la montaña habrá desaparecido y el sol podrá entrar en nuestra casita. ¿No es mejor hacer algo, aunque sea poco cada día, que lamentarse todos los días sin hacer nada?"

854. CIELO E INFIERNO

Cierto día, un sabio visitó el infierno. Allí, vio a mucha gente sentada en torno a una mesa ricamente servida. Estaba llena de alimentos, a cuál más apetitoso y exquisito. Sin embargo, todos los comensales tenían cara de hambrientos y el gesto demacrado. Tenían que comer con palillos; pero no podían, porque eran tan largos como un remo. Por eso, por más que estiraban su brazo, nada conseguían llevarse a la boca.

Impresionado, el sabio salió del infierno y subió al cielo. Con gran asombro, vio que también allí había una mesa llena de comensales y con iguales manjares. En este caso, sin embargo, nadie tenía la cara desencajada; todos los presentes lucían un semblante alegre; respiraban salud y bienestar por los cuatro costados. Y es que, allí, en el cielo, cada cual se preocupaba de alimentar con los largos palillos al que tenía enfrente.

Manuel Sánchez Monge. "Parábolas como dardos", p. 79

855. CINCO ALPINISTAS

Un grupo de cinco montañeros amigos estaban escalando un pico alto y remoto después de una larga preparación. Para la ascensión se habían atado los cinco en una cordada, como es de rigor, ya que así, si uno de los cinco resbalaba, podrían izarlo y salvarlo, como tenían bien ensayado. Todo hizo falta en la ardua ascensión, pues la cumbre era escarpada y cualquier caída sobre el valle, lejano desde tanta altura, había de resultar necesariamente fatal. Paso a paso avanzaban hacia el vértice blanco, con firme voluntad de conquista segura.

Todo fue bien hasta que uno de los cinco resbaló y cayó con fuerza hacia el vacío. En su caída arrastró al compañero más cercano, que nada pudo hacer por detenerlo, y éste a su vez arrastra al siguiente, hasta que los cinco amigos, atados aún por la firme cuerda, comenzaron su descenso vertiginoso hacia una muerte segura. La roca no tuvo piedad y, tras la larga y solidaria caída, los cinco amigos perecieron en su aventura.

Allá en el cielo, san Pedro se aprestó a recibirlos y, como había presenciado con mucho interés su arriesgado alpinismo, decidió hacerles una sola pregunta, la misma a todos, para decidir si podía admitirlos en el cielo o no. Llegó el primero de la cordada, y san Pedro le preguntó: "He visto que has caído desde una gran altura a una soledad de piedra, y la caída ha sido larga, ya que estabais a punto de alcanzar la cumbre cuando caísteis. Dime, pues, y dime con sinceridad, pues de tu respuesta dependerá tu suerte, ¿en qué pensabas mientras caías por el aire desde la cumbre hasta el valle en que encontraste la muerte? ¿Qué pensamientos pasaron por tu mente?"

El primer alpinista contestó: "En cuanto me desprendí de la roca, caí en la cuenta de que aquello era el fin, y todo lo que pensé fue lo tonto que había sido al embarcarme en una locura que bien sabía yo que habría de acabar mal. Pero me dejé convencer, y tenía que pagar las consecuencias. Me dio mucha rabia, y con esa rabia me estrellé". San Pedro le dijo: "Lo siento, pero no puedes entrar".

El segundo contestó: "Yo me vi caer y, aunque comprendí que la situación era desesperada, no perdí toda esperanza y traté, según caía, de ver si había algún saliente que pudiera agarrar con las manos o con la cuerda para quedar enganchado allí y salvar mi vida y las de mis compañeros. Pero ya ves que no lo conseguí, y aquí estoy". San Pedro reflexionó un momento y sentenció: "Tampoco tú puedes entrar aquí".

El tercero contestó: "Yo no pensé en mí mismo, sino en mi mujer y mis hijos. Me dio gran pena pensar que con mi muerte mi mujer quedaría viuda, y mis niños huérfanos. Con esa pena en el alma morí". San Pedro lo miró con cariño y comprensión, pero luego le dijo suavemente: "Está bien, pero no puedes entrar".

El cuarto contestó: "Desde el primer momento de la caída, yo pensé en Dios. Le encomendé mi alma, le pedí perdón por todos mis pecados con contrición sincera y, aunque no tenía mucho sentido hacer propósitos de enmienda y prometer no pecar más cuando sabía que ya no había de tener ocasión, sí expresé mi dolor por haber ofendido a Dios y me entregué a su misericordia". San Pedro se rascó la cabeza pensativo y, por fin, dijo: "En eso hiciste bien, pero fue un poco tarde. Tampoco tú puedes entrar".

El quinto contestó: "Yo vi desde el primer momento que me quedaban sólo unos instantes de vida. Abrí los ojos y vi a mi alrededor la vida

más bella que el hombre puede imaginar. Mientras escalábamos la cumbre, estaba demasiado preocupado con la ascensión y agotado por el esfuerzo para fijarme en la belleza del paisaje; pero, una vez libre de toda preocupación en aquella soberbia caída, pude dedicarme a disfrutar con toda el alma del espectáculo único de las montañas, la nieve, el valle y las nubes, todo visto desde la perspectiva privilegiada del vuelo del pájaro que por unos instantes fue mío. Con esos felices sentimientos estaba cuando me llegó el fin". San Pedro le puso la mano en el hombro y le dijo: "Adelante, hijo mío. Este reino es para tí". Entraron los dos juntos en el cielo y se cerró la puerta.

Al cerrar la puerta del cielo, murmuró san Pedro para sus adentros: "Pero ¿cómo voy a dejar entrar en el cielo a quien no ha sabido disfrutar en la tierra? ¿Cuándo se enterarán lo de ahí abajo?"

Carlos García Valles. "Salió el sembrador...".

856. CINCO MADEJAS

El rey, en su avaricia, había apresado y encarcelado a Háyarat Isa, a quien todo pueblo veneraba y reverenciaba como a hombre de Dios y profeta de su pueblo, e hizo saber que no lo pondría en libertad hasta que el pueblo pagase una muy elevada cantidad de dinero por su rescate. Una manera un poco primitiva y salvaje de cobrar impuestos. El rey sabía que el pueblo veneraba al santo, y pagaría.

Pagaron mucho, en efecto, pero la cantidad recaudada no llegaba aún a lo estipulado. Una viejecita de un pueblo muy lejano se enteró también de lo que sucedía y quiso contribuir en su pobreza. Era hilandera, y todo su capital en aquel momento eran cinco madejas recién hiladas. Las tomó y se encaminó a palacio a entregarlas para el rescate.

La gente, al verla pasar, se contaban unos a otros su caso, y no podían menos de sonreírse ante la ingenuidad de su gesto y la inutilidad de su esfuerzo. ¿Qué valían cinco madejas de hilo en un rescate de millones? Algunos incluso se lo decían a la cara y la disuadían de su empeño.

Pero ella seguía su camino y contestaba: "No sé si pondrán en libertad a Háyarat Saheb o no. Lo único que pretendo es que cuando Dios en su juicio me pregunte qué hice yo cuando Háyarat Saheb estaba en la cárcel, no tenga yo que bajar los ojos avergonzada". Y presentó su ofrenda.

El rey, a cuyos oídos había llegado ya su historia, liberó al hombre de Dios.

Sabemos que el alma de la humanidad está en la cárcel. ¿Cuándo nos pondremos en camino con nuestras cinco madejas?

Carlos G. Vallés

857. LA CITA DE UNA ESTRELLA

Juntos vivían los dos monjes en lo alto de la montaña: entrado en años uno, joven el otro. La figura del viejo ermitaño más parecía una gavilla de sarmientos: alto, seco, comida parca, sueño corto, duro consigo mismo. Antes de rayar el alba, ya estaba en oración. Cómo resplandecía su rostro de gozo cuando cada mañana iluminaba el sol la cumbre del monte y él, desde su alto coro de piedra, cantaba sobre el valle, todavía denso en brumas:

- Montes y cumbres, manantiales y ríos, cuanto germina en la tierra, bendiga al Señor.

El monje joven, en cambio, era todo ojos para ver, todo oídos para escuchar cuanto hacía y decía el Maestro. Sentía verdadera veneración por él, porque más que un hombre, evocaba otra Presencia: la de Dios.

Aquella cumbre era el lugar adecuado para su empeño contemplativo: lejanía del barullo de la ciudad, silencio creador, aire puro.

Cierto, era el lugar más adecuado. Sólo tenía un pequeño inconveniente: periódicamente debían descender al valle, avituallarse de provisiones y emprender de nuevo la marcha, pendiente arriba, cargados de alimentos.

A mitad del repecho bullía una fuente. Eso sí, cada vez que el viejo monje asceta en su fatigosa ascensión se acercaba a la fuente, ofrecía su sed a Dios... y pasaba de largo. Y Dios, que no se deja vencer en generosidad, se lo agradecía cada noche, haciendo aparecer una estrella. Era como la sonrisa de Dios, aceptando la renuncia de su fiel servidor.

Pero aquel día, el venerable anciano dudaba. No es que a él le importara mucho beber: toda su vida había sido una larga cadena de renunciadas; pero aquel novicio... Lo miraba y veía sudoroso, fatigado, los labios resecos, cargado con el pesado saco de alimentos. Dudaba...

- ¿Qué hago? ¿Bebo... o no bebo? Si bebo, Dios no me sonreirá esta noche tras la estrella; pero si no bebo, tampoco beberá él. ¿Y llegará a la cumbre? ¿No desfallecerá por el camino?

Era mediodía: quemaban la piedras del monte.

- Pues beberé, se decidió al fin el viejo monje asceta: antes es el amor. Dios mismo lo ha dicho.

Inmediatamente el joven novicio se deshizo de su fardo pesado de alimentos, se arrodilló y bebió largamente. Cuando hubo saciado su sed, refrescó rostro y muñecas con el agua fría, se volvió sonriente al Maestro y le dijo:

- Gracias... ya no podía más: me estaba muriendo de sed. de verdad, se lo agradezco.

Reemprendieron la marcha. Pero ahora, la que repentinamente se nubló fue el alma del viejo asceta:

- No debía haber bebido... Treinta años pasando junto a la fuente, privándome de beber... Tantos

y tantas sonrisas de Dios... Hice mal. ¡Esta noche no se me aparecerá Dios tras la estrella amiga!

Llegaron tarde a la cumbre. Anochecía. Turbado como estaba, el monje anciano apenas probó bocado. Se retiró pronto a orar. Sus ojos no se atrevían a mirar al horizonte. Seguro, aquella noche no acudiría Dios a la cita de la estrella amiga.

Entrada ya la noche, a hurtadillas, como de reojo, miró. Sí, miró y gritó. No se pudo contener. Sus ojos asombrados no veían una estrella: veían dos.

Su viejo corazón de ermitaño se desbordaba:

- Gracias por la lección.... ¡Gracias, Señor!

LÓPEZ ARRÓNIZ, Prudencio. "Más allá..."

858. CLUB DEL REFUGIO

Era una costa peligrosa. Golpeada por el oleaje y los grandes huracanes. La costa había sido testigo de innumerables naufragios. La fama de la zona era reconocida por todo el mundo. Los capitanes de los grandes barcos procuraban no pasar cerca de esa costa por el peligro de naufragio. Sin embargo, cada año, varios barcos se hundían en las rocas y arrecifes por esos lugares.

Los que vivían en esa parte, siendo misericordiosos, decidieron establecer un pequeño rancho sencillo en la costa, con un equipo de salvavidas. Hicieron campañas, año tras año, para recoger fondos y así poder sostener el humilde refugio. El equipo de salvavidas se volvió experto con mucha práctica y el número de personas perdidas iba disminuyendo.

La fama del pequeño refugio creció y varios ricos de buena voluntad dejaron en herencia dinero para mantenerlo. Al final, se notó que los fondos del refugio eran muchos. Fue necesario nombrar un tesorero y comité para controlar bien el dinero. Así lo hicieron...

Un día, un barco de primera categoría - con pasajeros ricos - se hundió cerca del refugio. Los salvavidas salieron con sus lanchas para salvar a los pasajeros. Cuando los llevaron al refugio, tenían vergüenza de las condiciones tan pobres del lugar. En la próxima reunión del comité pro mantenimiento, decidieron mejorar las condiciones del refugio para poder servir mejor a los pobres naufragos. A la vez, tomaron la decisión de dar sueldos a los salvavidas (antes eran voluntarios) para poder servir mejor a esos mismos naufragos. Se creó un "comité pro mejoramiento del refugio". Ellos resolvieron conseguir un decorado interior para hacer el refugio más presentable y poder recibir mejor a los pobres naufragos. El decorador hizo bien su trabajo y el edificio resultó muy bello.

La fama del refugio iba creciendo. Mientras tanto, muchas personas pidieron ser miembros del equipo salvavidas aunque fuera como miembros honorarios. Contribuyeron ellos con

fondos propios para mantener el lugar. Uno de ellos hizo una bandera especial para el refugio y otro - con mucha iniciativa creadora - sugirió un lema y un cambio de nombre del refugio, así como un reglamento específico. Así, la institución pasó a llamarse "El Club del Refugio".

El comité hizo un libro especial, reuniendo todos los reglamentos y las tradiciones más importantes para los miembros. Fue igualmente organizado un rito de iniciación para admisión de los nuevos miembros del Club.

La fama de "El Club del Refugio" creció aún más. En el sitio se ubicó un gran restaurante para atender a los socios. Progresivamente aparecieron canchas de tenis, salones de fiestas, etc.

Un día, durante la reunión almuerzo de los miembros, ocurrió un naufragio. El equipo de salvavidas salió para salvar a las víctimas. Cuando llegaron, estaban mojados, sucios. Entre los naufragos había blancos, negros, amarillos - gente de toda clase - porque la nave que se había hundido era un barco que llevaba trabajadores pobres que buscaban trabajo en otra parte. Al ver a las víctimas, la dirección del Club del Refugio se reunió en asamblea de urgencia y proporcionó el garaje para alojamiento de los naufragos, por un corto período, ya que el sitio sería pronto usado para recibir a los invitados a las fiestas nocturnas del Club.

Esa noche, en una sesión extraordinaria, se decidió que si algunos miembros querían hacer entrar tales tipos en el refugio, sería mejor construir un pequeño rancho sencillo más allá de la costa, para salvar naufragos nocturnos.

José DAVID. "Juegos y trabajo social".

859. EL COMERCIO

Un joven soñó que entraba en un comercio. El dependiente era un ángel.

- ¿Qué es lo que se vende aquí? - preguntó el joven.

- Todo lo que desees - respondió el ángel.

- Quiero el fin de todas las guerras del mundo, más justicia para los explotados, tolerancia y generosidad para los extranjeros, trabajo para los parados y...

- Lo siento - le interrumpió el ángel -. Usted no me ha entendido. Aquí no vendemos frutos, sino sólo semillas.

Bruno Ferrero. "La silla vacía...", p. 19

860. COMPARTIR EL MEJOR MAÍZ

Un agricultor, cuyo maíz siempre había obtenido el primer premio en la Feria del estado, tenía la costumbre de compartir sus mejores semillas de maíz con todos los demás agricultores de los contornos.

Cuando le preguntaron por qué lo hacía, dijo: "En realidad, es por puro interés. El viento tiene la virtud de trasladar el polen de unos campos a

otros. Por eso, si mis vecinos cultivaran un maíz de clase inferior, la polinización rebajaría la calidad de mi propio maíz. Ésta es la razón por la que me interesa enormemente que sólo planten el mejor maíz".

Todo lo que das a otros te lo estás dando a ti mismo.

Anthony de Mello. "La oración de la rana (2º tomo)", p. 167

861. COMPETITIVIDAD

El Maestro deploraba los males que acarrea la competitividad.

"¿Acaso el competidor no hace aflorar lo mejor que hay en nosotros?", le preguntaron.

"Todo lo contrario: hace aflorar lo peor, porque te enseña a odiar".

"¿Odiar... qué?"

"Odiarte a ti mismo, por permitir que tu actividad venga determinada por tu competidor, no por tus propias necesidades y limitaciones; y odiar a los demás, porque lo que buscas es triunfar a su costa".

"¡Pero eso suena a una especie de réquiem por el cambio y el progreso!", protestó alguien.

"El único progreso que hay - dijo el Maestro - es el progreso del amor y el único cambio digno de producirse es el cambio del corazón".

Anthony de Mello. "Un minuto para el absurdo".

862. COMPRAR A UN HIJO

Una joven pareja entró en el mejor comercio de juguetes de la ciudad. Ambos se entretuvieron mirando los juguetes alineados en las estanterías. Había de todo tipo. No llegaban a decidirse. Se les acercó una dependienta muy simpática.

- Mira, - le explicó la mujer - tenemos una niña muy pequeña, pero estamos casi todo el día fuera de casa y, a veces, hasta de noche.

- Es una cría que apenas sonríe - continuó el hombre -. Quisiéramos comprarle algo que la hiciera feliz, algo que le diera alegría aun cuando estuviera sola...

- Lo siento - sonrió la dependienta con gentileza -. Pero aquí no vendemos padres.

Bruno Ferrero. "La silla vacía...", p. 42

863. CON TODAS TUS FUERZAS

Un padre estaba observando a su hijo pequeño que trataba de mover una maceta con flores muy pesada. El pequeño se esforzaba, sudaba, pero no conseguía desplazar la maceta ni un milímetro.

"¿Has empleado todas tus fuerzas", le preguntó el padre.

"Sí", respondió el niño.



"No", replicó el padre, "aún no me has pedido que te ayude".

Bruno Ferrero. "Historias para acortar el camino", p. 23

864. CONOCERSE Y CONOCER LA REALIDAD

Un gallo estaba convencido de que era la potencia y belleza de su canto quien hacía despertar al sol cada mañana. Y que si, por desgracia, un día dejase de cantar, el sol y ano saldría. Pero la realidad era muy diferente de aquella que el gallo suponía. Porque un día, agotado, se quedó dormido y descubrió que eran los rayos del sol quienes hacían posible el amanecer y no su canto.

Raúl Berzosa, "Parábolas para una nueva evangelización", p. 141

865. LOS CONSTRUCTORES

En Antioquía, donde el río Assi corre a encontrarse con el mar, se construyó un puente para acercar una mitad de la ciudad a la otra mitad. Fue construido con enormes piedras cargadas desde lo alto de las colinas sobre el lomo de las mulas.

Cuando el puente fue terminado se grabó sobre el pilar en griego y en arameo: "Este puente fue construido por el Rey Antíoco II".

Una tarde, un joven, tenido por algunos como un loco, descendió hasta el pilar donde se habían grabado las palabras, y las cubrió con carbón y escribió por encima: "Las piedras del puente fueron traídas desde las montañas por las mulas. Al pasar de ida o de vuelta sobre el puente están cabalgando sobre los lomos de las mulas de Antioquía, constructoras de este puente".

Y cuando la gente leyó lo que el joven había escrito, algunos se rieron y otros se maravillaron. Pero una mula dijo a otra: "¿No recuerdas, acaso, que verdaderamente nosotras acarreamos esas piedras? Y, sin embargo, hasta ahora se decía que el puente lo había construido el Rey Antíoco.

Kahlil Gibrán. "Obras completas (tomo 2)"

866. CONSTRUYENDO UNA CATEDRAL

Un transeúnte se detuvo un día ante una catedral en la que trabajaban tres compañeros.

Preguntó al primero: "¿Qué haces, amigo?"

Y éste respondió sin alzar la cabeza: "Me gano el pan".

Preguntó al segundo: "¿Qué haces, amigo?"

Y el obrero, acariciando el objeto de su tarea, explicó: "Ya lo ves, estoy tallando una hermosa piedra".

Preguntó al tercero: "¿Qué haces, amigo?"

Y el hombre, alzando hacia él unos ojos llenos de alegría, exclamó: "Estamos edificando una catedral".

Y el caso es que los tres estaban realizando la misma tarea.

867. CONTAMOS CONTIGO

Cuando el sol se escondía detrás de las montañas, preguntó:

- ¿Hay alguien que quiera sustituirme?

- Se hará lo que se pueda, respondió la lámpara de aceite

R. Tagore

868. CONTEMPLAR UN AGUJERO

Un avaro enterró su oro al pie de un árbol que se alzaba en su jardín. Todas las semanas lo desenterraba y lo contemplaba durante horas. Pero, un buen día, llegó un ladrón, desenterró el oro y se lo llevó. Cuando el avaro fue a contemplar su tesoro, todo lo que encontró fue un agujero vacío.

El hombre comenzó a dar alaridos de dolor, al punto que sus vecinos acudieron corriendo a averiguar lo que ocurría. Y, cuando lo averiguaron, uno de ellos preguntó: "¿Empleaba usted su oro en algo?"

"No", respondió el avaro. "Lo único que hacía era contemplarlo todas las semanas".

"Bueno, entonces", dijo el vecino, "por el mismo precio puede usted seguir viniendo todas las semanas y contemplar el agujero".

No es nuestro dinero, sino nuestra capacidad de disfrutar, lo que nos hace ricos o pobres.

Antohny de Mello. "La oración de la rana. 2"

869. CORAZÓN DE CEBOLLA

Había una vez un huerto lleno de hortalizas, árboles frutales y toda clase de plantas.

Como todos los huertos, tenía mucha frescura y agrado. Por eso daba gusto sentarse a la sombra de cualquier árbol a contemplar todo aquel verdor y a escuchar el canto de los pájaros.

Pero de pronto, un buen día, empezaron a nacer unas cebollas especiales. Cada una tenía un color diferente: rojo, amarillo, naranja, morado...

El caso es que los colores eran irisados, deslumbradores, centelleantes, como el color de una mirada o el color de una sonrisa o el color de un bonito recuerdo.

Después de sesudas investigaciones sobre la causa de aquel misterioso resplandor, resultó que cada cebolla tenía dentro, en el mismo corazón (porque también las cebollas tienen su propio corazón), una piedra preciosa. Ésta tenía un topacio, la otra un aguamarina, aquella un lapislázuli, la de más allá una esmeralda... ¡Una verdadera maravilla!

Pero por alguna incomprensible razón se empezó a decir que aquello era peligroso, intolerable, inadecuado y hasta vergonzoso.

Total, que las bellísima cebollas tuvieron que empezar a esconder su piedra preciosa e íntima con capas y más capas, cada vez más oscuras y feas, para disimular cómo eran por dentro. Hasta que empezaron a convertirse en unas cebollas de lo más vulgar.

Pasó entonces por allí un sabio, a quien gustaba sentarse a la sombra del huerto y que sabía tanto que entendía el lenguaje de las cebollas, y empezó a preguntarles una por una:

- ¿Por qué no eres como eres por dentro?

Y ellas le iban respondiendo:

- Me obligaron a ser así...

- Me fueron poniendo capas... incluso yo me puse alguna para que no dijeran...

Algunas cebollas tenían hasta diez capas, y ya ni se acordaban de por qué se pusieron las primeras.

Y al final el sabio se echó a llorar.

Y cuando la gente lo vio llorando, pensó que llorar ante las cebollas era propio de personas muy inteligentes. Por eso todo el mundo sigue llorando cuando una cebolla nos abre su corazón. Y así será hasta el fin del mundo.

Imágenes de la fe, 34

870. CORAZÓN DE RATÓN

Había un ratón que estaba siempre angustiado, porque tenía miedo al gato. Un mago se compadeció del él y lo convirtió... en un gato.

Pero entonces empezó a sentir miedo del perro. De modo que el mago lo convirtió en perro. Luego empezó a sentir miedo de la pantera, y el mago lo convirtió en pantera. Con lo cual empezó a temer al cazador.

Llegado a este punto, el mago se dio por vencido y volvió a convertirlo en ratón, diciéndole: "Nada de lo que haga por ti va a servirte de ayuda, porque siempre tendrás el corazón de un ratón".

Anthony de Mello. "La oración de la rana. 2"

871. CREENCIAS

"Una creencia religiosa - dijo el Maestro - no es una afirmación de la Realidad, sino un indicio, una pista de algo que es un Misterio y que queda fuera del alcance del pensamiento humano. En suma, una creencia religiosa no es más que un dedo apuntando a la luna.

Algunas personas religiosas nunca van más allá del estudio del dedo.

Otras se dedican a chuparlo.

Y otras usan el dedo para sacarse los ojos. Éstos son los fanáticos a quienes la religión ha dejado ciegos.

En realidad, son poquísimas las personas religiosas lo bastante objetivas como para ver lo que el dedo está señalando. Y a estas personas, que han superado la creencia, se las considera blasfemas".

Anthony de Mello. "Un minuto para el absurdo".

872. EL CRISTO DE LOS FAVORES

El viejo Haakón cuidaba una cierta ermita. En ella conservaba un Cristo muy venerado que recibía el significativo nombre de "Cristo de los Favores". Todos acudían a él para pedirle ayuda. Un día también el ermitaño Haakón decidió solicitar un favor y, arrodillado ante la imagen, dijo:

- Señor, quiero padecer por ti. Déjame ocupar tu puesto. Quiero reemplazarte en la cruz.

Y se quedó quieto, con los ojos puestos en la imagen, esperando una respuesta. De repente vio que el Crucificado empezaba a mover los labios y le dijo:

- Amigo mío, accedo a tu deseo, pero ha de ser con una condición: que, suceda lo que suceda y veas lo que veas, has de guardar silencio.

- Te lo prometo, Señor.

Y se efectuó el cambio. Nadie se dio cuenta de que era Haakón quien estaba en la cruz, sostenido por los cuatro clavos, y que el Señor ocupaba el puesto del ermitaño. Los devotos seguían desfilando pidiendo favores, y Haakón, fiel a su promesa, callaba. Hasta que un día...

Llegó un ricachón y, después de haber orado, dejó allí olvidada su bolsa. Haakón lo vio, pero guardó silencio. Tampoco dijo nada cuando un pobre, que vino dos horas más tarde, se apropió de la bolsa del rico. Y tampoco dijo nada cuando un muchacho se postró ante él, poco después, para pedir su protección antes de emprender un viaje. Pero no pudo contenerse cuando vio regresar al hombre rico, quien, creyendo que era ese muchacho el que se había apoderado de la bolsa, insistía en denunciarlo. Se oyó entonces una voz fuerte:

- ¡Detente!

Ambos miraron hacia arriba y vieron que era la imagen la que había gritado. Haakón aclaró cómo había ocurrido realmente las cosas. El rico quedó anonadado y salió de la ermita. El joven salió también porque tenía prisa para emprender su viaje. Cuando por fin la ermita quedó sola, Cristo se dirigió a Haakón y le dijo:

- Baja de la cruz. No vales para ocupar mi puesto. No has sabido guardar silencio.

- Señor - dijo Haakón confundido -, ¿cómo iba a permitir esa injusticia?

Y Cristo le contestó:

- Tú no sabías que al rico le convenía perder la bolsa, pues llevaba en ella el precio de la virginidad de una mujer. El pobre, en cambio, tenía necesidad de ese dinero e hizo bien en llevarse-

lo. En cuanto al muchacho último, si hubiera quedado retenido en la ermita no habría llegado a tiempo a embarcar y habría salvado la vida, porque has de saber que en estos momentos su barco está hundiéndose en alta mar.

Manuel Sánchez Monge. "Parábolas como dardos", p. 202

873. CREENCIAS

"Una creencia religiosa - dijo el Maestro - no es una afirmación de la Realidad, sino un indicio, una pista de algo que es un Misterio y que queda fuera del alcance del pensamiento humano. En suma, una creencia religiosa no es más que un dedo apuntando a la luna.

Algunas personas religiosas nunca van más allá del estudio del dedo.

Otras se dedican a chuparlo.

Y otras usan el dedo para sacarse los ojos. Éstos son los fanáticos a quienes la religión ha dejado ciegos.

En realidad, son poquísimas las personas religiosas lo bastante objetivas como para ver lo que el dedo está señalando. Y a estas personas, que han superado la creencia, se las considera blasfemas".

Anthony de Mello. "Un minuto para el absurdo".

874. DE OÍDO

Dos amigos andan juntos por una calle de una gran ciudad. Los envuelve el ruido multiforme de la ciudad moderna.

Los dos amigos son diferentes y se nota en su andar. Uno es alemán, hijo de la ciudad, criatura del asfalto, ciudadano del marco. El otro es un yogui hindú. Está de visita. Lleva ropas anaranjadas y mirada inocente. Anda con pies descalzos que se apresuran para seguir a su amigo.

De repente el yogui se para, toma del brazo a su amigo y le dice: "Escucha, está cantando un pájaro". El amigo alemán le contesta: "No digas tonterías. Aquí no hay pájaros. No te detengas". Y sigue adelante.

Al cabo de un rato el yogui disimuladamente deja caer una moneda sobre el pavimento. El amigo se detiene y le dice: "Espera. Se ha caído algo". Sí, claro. Allí estaba la moneda sobre el adoquín.

El yogui sonrío. Tus oídos están afinados al dinero, y eso es lo que oyen. Basta el sonido mínimo de una moneda sobre el asfalto para que se llene tus oídos y se paren los pies. Estás a tono con el dinero, y eso es lo que oyen tus oídos, lo que ven tus ojos y lo que desea tu corazón. Oímos lo que queremos. En cambio estás desafinando ante los sonidos de la naturaleza. Tienes muy buen oído, pero estás sordo. Y no sólo de oído, sino de todo. Estás cerrado a la belleza y a la alegría y a los colores del día y a los sonidos del aire. Andas desafinado.

El pájaro sí había cantado.

Carlos G. Vallés

Vida Nueva nº 2081 de marzo del 97

875. DEJAR PASAR LA LUZ

También por allí, como fiera en celo, había pasado la guerra. Las casas color de tierra, el cementerio vecino, la iglesia parroquial, todo mostraba el zarpazo salvaje de la furia fratricida.

Una mañana, acompañando a su madre, traspuso el niño el recinto sagrado. Aquello era una pura desolación: altares calcinados, imágenes mutiladas, sagrario desportillado, paredes renegridas, montones de escombros por doquier.

Algo, sin embargo, se había salvado: una vidriera. Una vidriera que, herida por el sol, abría el abanico mágico de sus mil colores. El niño preguntó:

- Mamá, y aquel hombre que está arriba vestido de colores, ¿quién es?

- Un santo.- Respondió la madre.

Pasaron los años. En una tertulia de amigos, no sé dónde, no sé quién, lanzó esta pregunta:

- ¿Qué es un santo?

El niño de otros tiempos, hombre ya maduro, revolviendo en el arcón de sus recuerdos, definió:

- Un santo es el hombre que está muy alto y que deja pasar la luz.

Bellísima definición del cristiano. "Brille vuestra luz ante los hombres, de tal manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre del Cielo".

El hombre de hoy cree más a los testigos que a los maestros, a no ser que los testigos sean maestros. Mejor, busca maestros que sean testigos... Y dejar pasar la luz.

LÓPEZ ARRÓNIZ, Prudencio. "Más allá..."

876. ¿DESEAS A DIOS DE VERDAD?

Un día fue un discípulo en busca de su maestro y e dijo: "Maestro, yo quiero encontrar a Dios". El maestro miró al muchacho, sonriéndole.

El muchacho volvía cada día, repitiendo que quería dedicarse a la religión. Pero el maestro sabía muy bien a qué atenerse.

Un día que hacía mucho calor, le dijo al muchacho que lo acompañara hasta el río para bañarse. El muchacho se zambulló en el agua. El maestro lo siguió y, agarrándolo por la cabeza, se la metió en el agua un buen rato, hasta que el muchacho comenzó a forcejear para sacarla a flote. El maestro lo soltó y le preguntó qué era lo que más deseaba cuando se encontraba sin respiración dentro del agua.

- Aire - respondió el discípulo.

- ¿Deseas a Dios de la misma manera? - le preguntó el maestro -. Si lo deseas así, lo encontrarás inmediatamente. Pero si no tienes ese

deseo, esa sed, por más que luches con tu inteligencia, con tus labios y tu fuerza, no podrás encontrar esa religión que desees. Mientras no se despierte esa sed en ti, no vales más que un ateo. Incluso a veces el ateo es sincero, y tú no lo eres.

877. DESEOS TORCIDOS

Un santo asceta hindú llevaba años haciendo penitencia. Sabía que cuando alcanzase cierta cuota certificada de penitencias oficiales, tendría derecho a pedirle a Dios una gracia concreta y Éste habría de concedérsela. Él le había dicho: "Deseo el don de la levitación, quedar suspendido del aire como hacían los santos. No lo pido por mí, sino por Vos. Cuando la gente me vea suspendido en el aire, vendrán a mí, y yo aprovecharé para enseñarles el camino del cielo y el culto a Vos. Por su bien y el Vuestro lo hago".

Dios no las tenía todas consigo, pues temía que lo que el asceta quería era presumir ante la gente de acrobacias místicas. Pero no tuvo más remedio. Cuando el asceta llenó la cuota, Dios accedió a regañadientes y le dijo: "Pide lo que quieras, pero una sola gracia".

Hubo un silencio. Cuando abrió su boca, el asceta dijo: "Os pido que nunca más vuelva yo a desear la gracia de la levitación".

Dios sonrió. La penitencia había surtido su verdadero efecto. Había liberado al penitente de todo deseo aun aparentemente bueno. Le concedió la gracia de no tener ya el deseo. Y luego sí, le concedió la gracia de la levitación.

Carlos G. Vallés. Vida Nueva nº 2.077

878. EL DIAMANTE

El sannyasi había llegado a las afueras de la aldea y acampó bajo un árbol para pasar la noche. De pronto llegó corriendo hasta él un habitante de la aldea y le dijo: "¡La piedra! ¡Dame la piedra preciosa!"

"¿Qué piedra?", preguntó el sannyasi.

"La otra noche se me apareció en sueños el Señor Shiva", dijo el aldeano, "y me aseguró que si venía al anochecer a las afueras de la aldea, encontraría a un sannyasi que me daría una piedra preciosa que me haría rico para siempre".

El sannyasi rebuscó en su bolsa y extrajo una piedra. "Probablemente se refería a ésta", dijo mientras entregaba la piedra al aldeano. "La encontré en un sendero del bosque hace unos seis días. Por supuesto que puedes quedarte con ella."

El hombre se quedó mirando la piedra con asombro. ¡Era un diamante! Tal vez el mayor diamante del mundo, pues era tan grande como la mano de un hombre.

Tomó el diamante y se marchó. Pasó la noche dando vueltas en la cama, totalmente incapaz de dormir. Al día siguiente, al amanecer, fue a despertar al sannyasi y le dijo: "Dame la riqueza

que te permite desprenderte con tanta facilidad de este diamante".

Anthony de Mello. "El canto del pájaro", p. 182

879. DIENTES DE LEÓN

Un hombre que se sentía muy orgulloso del césped de su jardín se encontró un buen día con que en dicho césped crecía una gran cantidad de "dientes de león". Y aunque trató por todos los medios de librarse de ellos, no pudo impedir que se convirtieran en una auténtica plaga.

Al fin escribió al ministerio de Agricultura, refiriendo todos los intentos que había hecho, y concluía la carta preguntando: "¿Qué puedo hacer?"

Al poco tiempo llegó la respuesta: "Le sugerimos que aprenda a amarlos".

Anthony de Mello. "El canto del pájaro", p. 90

880. EL DINERO

"Maestro, ¿qué piensa del dinero?", preguntó el discípulo.

"Mira a la ventana", le dijo el maestro, ¿qué ves?"

"Veo una mujer con un niño, una carroza tirada por dos caballos y una persona que va al mercado".

"Bien. Ahora mira al espejo. ¿Qué ves?"

"¿Qué quiere que vea? Me veo a mí mismo, naturalmente.

"Ahora piensa: la ventana está hecha de vidrio, lo mismo que el espejo. Basta una pequeñísima capa de plata por detrás del vidrio para que el hombre sólo se vea a sí mismo".

Bruno Ferrero. "La silla vacía...", p.57

881. DIOS EN EL CORAZÓN

El maestro se hizo famoso mientras aún vivía. Contaban que Dios mismo había ido un día a pedirle consejo: "Quiero jugar al escondite con los hombres. He preguntado a mis ángeles cuál sería el mejor sitio para esconderse. Unos dicen que en lo profundo del océano. Otros, que en la cima de la montaña más alta. Otros que en la cara escondida de la luna o en una estrella lejana. Tú, ¿qué me aconsejas?"

Respondió el maestro: "Escóndete en el corazón humano. Es el último sitio en que se les ocurrirá ir a buscarte"

Bruno Ferrero. "El canto del grillo", p. 49

882. DIOS ES UN ZAPATERO

El viejo zapatero remendón, detrás de los cristales de la tienda, estaba siempre trabajando, absorto, concentrado, encorvado sobre aquellos zapatos destrozados, gastados, sucios, anticuados, como si fuera un cirujano, que rebaja, corta y recosía, curando las huellas del cansan-

cio y las heridas de nuestro caminar a rastras por la vida.

Yo le llevaba alguna vez mis zapatos, mis botas para arreglar. Le compraba plantillas. Y siempre me admiraba su labor de esperanza, de humildad, de realismo y paciencia. Hay quienes todo lo arreglan comprando cosas nuevas y tirando lo viejo, como si no tuviera ya arreglo. Tú, Padre, te arreglas con lo viejo. Solamente una vez empezaste de nuevo. Después, siempre has tomado a los hombres como son, con nuestros rotos, miserias y pecados. En vez de tirarnos a la basura como algo inservible y estrenar otros nuevos, prefieres arreglarnos.

Desde el comienzo de la historia, trabajas sin descanso, remendando, cosiendo, abrigando la vieja piel del hombre. Ante cada remesa que llega hasta tu tienda, recomienzas de nuevo, lleno de confianza, la paciente tarea de reconstrucción, hasta que, al fin, un día nos colocas flamantes en la vitrina de tu tienda, en el escaparate brillante de tu Reino. Cada vez que pasaba junto a la tienda de aquel humilde taumaturgo, recordaba a tu Hijo, trabajando en la Iglesia, recibiendo incansable toda clase de encargos, recogiendo amoroso imposibles trabajos, transformando lo viejo con sus divinas manos.

La Iglesia nunca dice: "Esto hay que tirarlo". Acepta con amor cada par de zapatos que llevan a la tienda, y recoge el encargo. Sabe que el Zapatero verá cómo arreglarlo.

Revista Catequética de enero - marzo 1995

883. DIOS PERSONAL

A algunos discípulos les inquietaba el hecho de que al Maestro no pareciera preocuparle demasiado si la gente creía o no en un Dios personal.

En cierta ocasión, el Maestro les citó un pensamiento que le gustaba muchísimo y que lo había tomado del Diario del antiguo Secretario General de la ONU, Dag Hammarskjöld:

"Dios no muere el día en que dejamos de creer en una divinidad personal, sino que morimos nosotros el día en que nuestras vidas dejan de estar iluminadas por el continuo resplandor, renovado día a día, de un prodigio cuya fuente excede todo razonamiento".

Anthony de Mello. "Un minuto para el absurdo".

884. DISTINGUIR EL DÍA DE LA NOCHE

Preguntó un gurú a sus discípulos si sabrían decir cuándo acababa la noche y empezaba el día.

Uno de ellos dijo: "Cuando ves a un animal a distancia y puedes distinguir si es vaca o un caballo".

"No", dijo el gurú.

"Cuando miras un árbol a distancia y puedes distinguir si es un mango o un anacardo".

"Tampoco", dijo el gurú.

"Está bien", dijeron los discípulos, "dinos cuándo es".

"Cuando miras a un hombre al rostro y reconoces en él a tu hermano; cuando miras a la cara a una mujer y reconoces en ella a tu hermana. Si no eres capaz de esto, entonces, sea la hora que sea, aún es de noche".

Anthony de Mello. "La oración de la rana (1º tomo)", p. 227

885. DOCTRINA

Había un hombre que tenía una doctrina.

Una doctrina que llevaba en el pecho (junto al pecho, no dentro del pecho), una doctrina escrita que guardaba en el bolsillo interno del chaleco.

La doctrina creció.

Y tuvo que meterla en un arca, en un arca como la del Viejo Testamento.

Y el arca creció.

Y tuvo que llevarla a una casa muy grande.

Entonces nació el templo.

Y el templo creció.

Y se comió al arca, al hombre y a la doctrina escrita que guardaba en el bolsillo interno del chaleco.

Luego vino otro hombre que dijo:

"El que tenga una doctrina que se la coma, antes de que se la coma el templo;

que la vierta, que la disuelva en su sangre, que la haga carne de su cuerpo...

y que su cuerpo sea

bolsillo, arca y templo.

León Felipe. "Ganarás la luz". Cátedra, p. 225

886. DOS RANAS

Dos ranas, jóvenes y amantes de la aventura, fueron una tarde a dar un paseo. En el camino hallaron una casa de campo. Como la ventana estaba abierta, una de ellas dijo: "¿Qué te parece? ¿Echamos un vistazo al interior?". La otra, naturalmente, estaba de acuerdo. Dieron un salto y se encontraron en un gran balde de leche en la habitación campestre.

Aquello no era una tragedia para las ranas. Después de todo, saben nadar. Pero pronto se dieron cuenta de que la leche es más espesa que el agua y, sobre todo, que no podían salir del balde, porque sus paredes estaban llenas de grasa. Resbalaban y se iban al fondo una y otra vez.

Una de las ranas era pesimista. Después de unos veinte intentos inútiles, se rindió, estiró las patas, se fue al fondo y se ahogó.

La otra, en cambio, era optimista. No se rindió. Braceó y braceó toda la noche y, cuando al amanecer entraron los primeros rayos del sol,

estaba sobre algo sólido: la leche se había vuelto mantequilla.

Moraleja: no hay que desesperar ni siquiera en las situaciones aparentemente sin vías de salida. De algún modo o en cualquier momento se presenta siempre una solución que ayuda a superar las dificultades en que nos movemos.

887. DRAGÓN INVULNERABLE

Los dragones en China tienen el poder de transformarse en cualquier animal que deseen para acercarse o alejarse de hombres y mujeres, según el caso. Sucedió una vez que un Gran Dragón, a quien le gustaba mucho la compañía de los seres humanos, se transformó en una paloma blanca para estar cerca de ellos. Disfrutó mucho en un principio revoloteando en sus plazas, posándose en sus tejados, anidando en las torres de sus pagodas y comiendo lo que la gente compasiva le echaba con cariño.

Todo iba bien hasta que un día el Dragón hecho paloma se acercó inocentemente a una pandilla de chiquillos traviosos y agresivos que empezaron a tirarle piedras a ver si le daban. La pobre paloma no podía creerse aquello, le pareció que debía ser una equivocación, y para cuando se dio cuenta de que los chiquillos iban de veras y tiraban a dar, y quiso elevar el vuelo y huir rápidamente, una piedra la alcanzó en el ala y se la rompió. Sobre sus blancas plumas se dibujó un trazo de sangre, y al verla supo el Dragón que tenía un serio problema. Sabía que, mientras no se restañara la sangre y curara la herida, no podría volver a su forma original de Dragón, ya que para ello su cuerpo había de estar libre de todo defecto. Una herida en el ala de la paloma se traduciría en un defecto en las patas del Dragón, y eso no podía ser así, porque el Dragón había de ser perfecto. Él lo sabía muy bien, y tuvo miedo.

Intentó volar, pero no podía remontar el vuelo. Con ayuda del ala sana corrió rauda para alejarse de los muchachos, pero las piedras que éstos lanzaban eran más veloces que su carrera. Varias lo alcanzaron, y los gritos salvajes de muerte de los agresores le hicieron perder toda esperanza. En aquel momento, un hombre de la vecindad que había oído el griterío se acercó, comprendió al instante lo que pasaba, tuvo compasión de la paloma, la recogió cuidadosamente en sus manos y obligó a dispersarse a los muchachos. Una vez en su casa, cuidó a la paloma, le limpió la herida, le dio de comer y le preparó un rincón mullido para descansar. La paloma durmió agradecida.

Día a día, siguió cuidando el buen hombre a la paloma, acariciándola con cariño y asegurándose de que iba recobrando sus fuerzas y no le faltaba nada. Pronto se le curaron las heridas, se le fortalecieron las alas y recobró el ánimo. Ya era otra vez el Gran Dragón y podía volver a su forma original cuando quisiera. Pero él también le había cogido cariño a aquella familia, al hombre que lo cuidaba, a su mujer y a sus hijos

e hijas, que rivalizaban en colmarle de atenciones. Muchas veces el Gran Dragón había sentido su poder, y había visto a hombres y mujeres temerlo, admirarlo, venerarlo, suplicarle, pero nunca se había sentido amado, cuidado, mimado. Aquello era una nueva experiencia para él. No quería dejarla.

También un Dragón tiene sus obligaciones que no debe descuidar, y el Gran Dragón, que hacía mucho faltaba de sus despachos, lo sabía. Había peticiones que atender, necesitados a quienes socorrer, fiestas a que asistir, y ya no podía retrasarse más. La familia que o había protegido, al asegurarse de que la paloma se había recuperado del todo, decidió devolverle la libertad, la llevaron al aire libre, lejos de muchachos agresivos, y la echaron a volar. La pluma voló en círculos cada vez más altos, mirando a sus bienhechores con cariño hasta perderse de vista en el cielo. Una vez allí, recobró su forma de Dragón y volvió a sus actividades normales.

Pero todos los años, en ese mismo tiempo, el Dragón vuelve a convertirse en paloma para recordar los días en que disfrutó del cariño de una familia. Si aciertas a ver una paloma con una pluma roja en el ala derecha, ése es el Gran Dragón que se acerca a nosotros. Si le saludas, te bendecirá.

Carlos García Valles. "Salió el sembrador..."

888. EL ELEFANTE

Todos los habitantes de aquella ciudad eran ciegos. Un rey con su cortejo llegó cerca de aquel lugar, trajo su ejército y acampó en el desierto. Tenía un poderoso elefante que usaba para atacar e incrementar el temor de la gente.

La población estaba ansiosa por ver al elefante, y algunos ciegos de esa comunidad se precipitaron como locos para encontrarlo.

Como no conocían ni siquiera la forma y aspecto del elefante, tantearon ciegamente, para reunir información, palpando alguna parte de su cuerpo.

Cada uno pensó que sabía algo, porque pudo tocar una parte de él.

Cuando volvieron con sus conciudadanos, impacientes grupos se apiñaron a su alrededor. Todos estaban ansiosos, buscando equivocadamente la verdad de boca de aquellos que se hallaban errados.

Preguntaron por la forma y aspecto del elefante, y escucharon todo lo que aquellos dijeron.

Al hombre que había tocado la oreja le preguntaron acerca de la naturaleza del elefante. Él dijo: "Es una cosa grande, rugosa, ancha y gruesa como un felpudo".

Y el que había palpado la trompa dijo: "Yo conozco los hechos reales, es como un tubo recto y hueco, horrible y destructivo".

El que había palpado sus patas dijo: "Es poderoso y firme como un pilar".

Cada uno había palpado una sola parte de las muchas. Cada uno lo había percibido erróneamente. Ninguno conocía la totalidad: el conocimiento no es compañero de los ciegos. Todos imaginaron algo, algo equivocado.

La criatura humana no está informada acerca de la divinidad. No existe camino en esta ciencia por medio del intelecto ordinario.

Idries Shah. "Cuentos de los derviches". Paidós,

889. EN TODAS PARTES

Un experto en arte pronunciaba una conferencia en el monasterio.

"El arte - decía - se encuentra en los museos, pero la belleza se halla por doquier: en el aire, en la tierra, en todas partes, a disposición de todos... y sin nombre de ninguna clase".

"Exactamente igual que la espiritualidad - dijo el Maestro al día siguiente, cuando estuvo a solas con sus discípulos -. Sus símbolos se encuentran en ese "museo" que llamamos templo, pero su substancia se halla en todas partes, a disposición de todos, sin que nadie la reconozca y sin nombre de ninguna clase".

Anthony de Mello. "Un minuto para el absurdo".

890. ENCONTRARSE CON DIOS

El ermitaño en la oración oyó claramente la voz de Dios. Le invitaba a acudir a un encuentro especial con Él. La cita era para el atardecer del día siguiente, en la cima de una montaña lejana.

Temprano se puso en camino, se encontró a varios campesinos ocupados en intentar controlar y apagar un incendio declarado en el bosque cercano, que amenazaba las cosechas y hasta las propias casas de los habitantes. Reclamaron su ayuda porque todos los brazos eran pocos. Sintió la angustia de la situación y el no poder detenerse a ayudarles. No debía llegar tarde a la cita y, menos aún, faltar a ella. Así que con una oración que el Señor les socorriera, apresuró el paso ya que había que dar un rodeo a causa del fuego.

Tras ardua ascensión, llegó a la cima de la montaña, jadeante por la fatiga y la emoción. El sol comenzaba su ocaso; llegaba puntual por lo que dio gracias al cielo en su corazón.

Anhelante esperó, mirando en todas las direcciones. El Señor no aparecía por ninguna parte. Por fin descubrió, visible sobre una roca, algo escrito: "Dispénsame, estoy ocupado ayudando a los que sofocan el incendio".

Entonces comprendió dónde debía encontrarse con Dios.

891. LA ENVIDIA

Cuidaos de la envidia, porque ante el Cielo a cada uno se os dio según vuestra necesidad.

Y muchos diréis: "A mí no me dio el Cielo según mi necesidad porque paso hambre. Ni me dio según mi necesidad porque paso falta de amor.

Ni me dio según mi necesidad porque parece que mi cuerpo atrajera todas las enfermedades".

Mas yo os diría:

- Había una vez un hombre al que le fue dado un huerto para alimentarse y pasaban los días sin que fuera a cultivarlo, y pasaban semanas sin que se preocupase de labrarlo, ni abonarlo, no cortarle las malas hierbas. Llegó el tiempo de la cosecha y no recogió nada, entonces miró al Cielo y enfrentándose con Él se violentó diciéndole: "¿Qué mal he hecho, ¡oh Dios!, para que me trates así? ¿Qué mal he hecho para me mandes esta desgracia? ¡Mira los campos de mi vecino que frondosos están y mira el mío mustio y seco!

Mirad pues y medita y no pidáis al Cielo lo que no os pedís a vosotros mismos.

¿Y cuántas veces veis a un hermano y lo enviáis porque creéis que tiene lo que vosotros deseáis tener? Mas yo os digo que si entrarais en su vida, veríais que está vacío de otras cosas y sufre por no tenerlas tanto como vosotros.

No juzguéis por los ojos, ni deseéis por los ojos. Pensad que cada uno trae su carga. Y ayudados unos a otros a llevarla.

Cayetano Arroyo. "Diálogos con Abul-Beka"

892. EL ESPANTAPÁJAROS

En un lejano pueblo vivía un labrador muy avaro. Era tanta su avaricia que cuando un pajarito comía un grano de trigo encontrado en el suelo, se ponía furioso y pasaba los días vigilando para que nadie tocara su huerto.

Un día tuvo una idea: "Ya sé, construiré un espantapájaros. Así alejaré a los animales de mi huerto".

Cogió tres cañas y con ellas hizo los brazos y las piernas, luego con paja dio forma al cuerpo. Una calabaza le sirvió de cabeza, dos granos de maíz de ojos, por nariz puso una zanahoria y la boca a una hilera de granos de trigo.

Cuando terminó el espantapájaros le colocó unas ropas rotas y feas y de un golpe seco lo hincó en tierra. Pero se percató de que le faltaba un corazón y cogió el mejor fruto del peral, lo metió entre paja y se fue a casa.

Allí quedó el espantapájaros moviéndose al ritmo del viento. Más tarde un gorrión voló despacio sobre el huerto buscando dónde podía encontrar trigo. El espantapájaros al verle quiso ahuyentarlo dando gritos, pero el pájaro se posó en un árbol y dijo:

- Déjame coger trigo para mis hijitos.

- No puedo. - contestó el espantapájaros. Pero tanto le dolía ver el pobre gorrión pidiendo comida que le dijo - Puedes coger mis dientes que son granos de trigo.

El gorrión los cogió y de alegría besó su frente de calabaza. El espantapájaros quedó sin boca, pero muy satisfecho de su acción.

Una mañana un conejo entró en el huerto. Cuando se dirigía hacia las zanahorias, el muñeco lo vio y quiso darle miedo, pero el conejo le miró y le dijo:

- Quiero una zanahoria, tengo hambre.

Tanto le dolía al espantapájaros ver un conejito hambriento que le ofreció su nariz de zanahoria.

Cuando el conejo se marchó, quiso cantar de alegría, pero no tenía boca, ni nariz para oler el perfume de las flores, pero estaba contento.

Más tarde apareció el gallo cantando junto a él.

- Voy a decirle a mi gallina que no le ponga más huevos al dueño de esta huerta, pues nos mata de hambre.

- Eso no está bien, dijo el espantapájaros. Yo te daré comida, pero tú no digas nada a tu mujer. ¿De acuerdo? Coge mis ojos que son de maíz.

- Bien, contestó el gallo, y se fue muy agradecido.

Poco más tarde alguien se acercó a él y dijo:

- Espantapájaros, ¿podrías darme una limosna, tú que eres tan bueno? El labrador me ha echado de su casa.

- ¿Quién eres?, le preguntó el espantapájaros. Yo no puedo verte.

- Soy un vagabundo que pido limosna.

- Coge mi vestido, es lo único que puedo ofrecerte.

El vagabundo, tomando las ropas viejas del espantapájaros, se marchó muy contento. Más tarde el espantapájaros notó que alguien lloraba junto a él. Era un niño que buscaba comida para su madre. El dueño de la huerta no había querido ayudarle.

- Toma, le dijo el espantapájaros, te doy mi cabeza que es una gran calabaza...

Cuando el labrador fue al huerto y vio su espantapájaros en aquel estado, se enfadó muchísimo y le prendió fuego.

Sus amigos, al ver cómo ardía, se acercaron y amenazaron al labrador, pero en aquel momento cayó al suelo algo que pertenecía a aquel monigote: su corazón de pera. El labrador, riéndose, se lo comió diciendo:

- ¿Decís que todo os lo ha dado? Pues esto me lo como yo.

Pero sólo al morderla, notó un cambio en él. El espantapájaros le había comunicado su bondad. Entonces el labrador dijo:

- Perdonadme, desde ahora os acogeré siempre.

Mientras tanto, el espantapájaros se había convertido en cenizas y el humo llegaba hasta el sol transformándose en el más brillante de sus rayos.

Manuel Sánchez Monge. "Parábolas como dardos", p. 73

893. LOS ESPEJOS

Un día descubrió Satanás un modo de divertirse. Inventó un espejo diabólico con una propiedad mágica: en él se veía feo y mezquino todo cuanto era bueno y hermoso y, en cambio, se veía grande y detallado todo lo que era feo y malo.

Satanás iba por todas partes con su terrible espejo. Y todos cuantos se miraban en él se horrorizaban: todo aparecía deforme y monstruoso.

El Maligno se divertía de lo lindo con su espejo. Cuanto más repugnantes eran las cosas más le gustaban. Un día le pareció tan delicioso el espectáculo que se desternilló de risa. Se rió tanto que el espejo se le fue de las manos y se hizo trizas, partiéndose en millones de pedazos. Un huracán, potente y perverso, desperdigó por todo el mundo los trozos del espejo.

Algunos trozos eran más pequeños que un granito de arena y penetraron en los ojos de muchas personas. Estas personas comenzaron a verlo todo al revés: sólo percibían lo que era malo de manera que sólo veían la maldad por todas partes.

¿No os habéis encontrado, acaso, con hombres de ese tipo?

Cuando Dios se dio cuenta de lo que había pasado se entristeció. Y decidió ayudar a los hombres. Se dijo: "Enviaré al mundo a mi Hijo. El es mi imagen, mi espejo. Es el reflejo de mi bondad, de mi justicia y de mi amor. Refleja al hombre como Yo lo he pensado y querido".

Y Jesús vino como un espejo para los hombres. Quien se miraba en él descubría la bondad y la hermosura y aprendía a distinguir las del egoísmo y de la mentira, de la injusticia y del desprecio.

Muchos amaban el espejo de Dios y siguieron a Jesús. Otros, en cambio, rechinaban de rabia y decidieron romper este espejo de Dios. Y lo asesinaron.

Pero bien pronto se levantó un nuevo y potente huracán: el Espíritu Santo. Arrastró los millones de fragmentos por todo el mundo. El que recibe una mínima centella de este espejo empezará a ver al mundo y las personas como las veía Jesús: lo primero que se refleja en ellas son las cosas buenas y hermosas, la justicia y la generosidad, la alegría y la esperanza. En cambio, la maldad y la injusticia aparecen como vencibles y cambiables.

Bruno Ferrero. "La silla vacía...", p. 17

894. LA ESTATUA

Cierta vez, entre las colinas, vivía un hombre poseedor de una estatua cincelada por un an-

ciano maestro. Descansaba contra la puerta de cara al suelo. Y él nunca le prestaba atención.

Un día pasó frente a su casa un hombre de la ciudad, un hombre de ciencia. Y advirtiéndolo la estatua preguntó al dueño si la vendería.

Riéndose, el dueño respondió: “¿Y quién desearía comprar esa horrible y sucia estatua?”

El hombre de la ciudad dijo: “Te daré esta pieza de plata por ella”.

El otro quedó atónito, pero agradado.

La estatua fue trasladada a la ciudad al lomo de un elefante. Y, luego de varias lunas el hombre de las colinas visitó la ciudad y, mientras caminaba por las calles, vio una multitud ante un negocio y a un hombre que a voz en cuello gritaba: “Acercaos y contemplad la más maravillosa estatua del mundo entero. Solamente dos piezas de plata para admirar la más extraordinaria obra maestra”.

Al instante, el hombre de las colinas pagó dos piezas de plata y entró en el negocio para ver la estatua que él mismo había vendido por una sola pieza de ese mismo metal.

Kahlil Gibrán. “Obras completas (tomo 2)”

895. ¿EXISTE DIOS?

Alguien le preguntó si existía un Dios. Contestó:

- Te aconsejo que medites si tu comportamiento variaría según la respuesta que se diese a esa pregunta. Si permaneciese inalterable, la pregunta sería ociosa. Si, por el contrario, tu conducta variase, en tal caso puedo ayudarte diciendo que tú mismo habrías zanjado la cuestión: efectivamente, necesitarías ese Dios.

Bertolt Brecht. “Historias de almanaque”.

896. EXPECTATIVAS

Cuando el Maestro oía decir a alguien: “Me gustaría mucho más mi mujer si fuese de otra manera”, solía contar lo que le ocurrió a él un día mientras contemplaba una puesta de sol en el mar.

- “¿No es precioso?”, le dijo entusiasmado a una pasajera que se encontraba junto a él apoyada en la barandilla.

- “Sí - dijo de mala gana la mujer -. Pero ¿no cree usted que estaría mejor con un poco más de rosa a la izquierda?”

- “Todo el mundo - dijo el Maestro - te resulta encantador cuando prescindes de las expectativas que te habías forjado sobre cómo deberían ser”.

Anthony de Mello. “Un minuto para el absurdo”.

897. EXPLORADOR

El explorador había regresado junto a los suyos, que estaban ansiosos por saberlo todo acerca del Amazonas. Pero ¿cómo podía él expresar con palabras la sensación que había inundado

su corazón cuando contempló aquellas flores de sobrecogedora belleza y escuchó los sonidos nocturnos de la selva? ¿Cómo comunicar lo que sintió en su corazón cuando se dio cuenta del peligro de las fieras o cuando conducía su canoa por las inciertas aguas del río?

Y les dijo: “Id y descubridlo vosotros mismos. Nada puede sustituir al riesgo y a la experiencias personales”. Pero, para orientarles, les hizo un mapa del Amazonas.

Ellos tomaron el mapa y lo colocaron en el Ayuntamiento. E hicieron copias de él para cada uno. Y todo el que tenía una copia se consideraba experto en el Amazonas, pues ¿no conocía acaso cada vuelta y cada recodo del río, y cuán ancho y profundo era, y dónde había rápidos y dónde se hallaban las cascadas?

El explorador se lamentó toda su vida de haber hecho aquel mapa. Habría sido preferible no haberlo hecho.

Anthony de Mello. “El canto del pájaro”, p. 47

898. FLEXIBILIDAD

El discípulo fue a visitar al maestro en el lecho de muerte.

- Déjame en herencia un poco de tu sabiduría - le pidió.

El sabio abrió la boca y pidió al joven que se la mirara por dentro: “¿Tengo lengua?”

- Seguro - respondió el discípulo.

- ¿Y los dientes, tengo aún dientes?

- No - replicó el discípulo -. No veo los dientes.

- ¿Y sabes por qué la lengua dura más que los dientes? Porque es flexible. Los dientes, en cambio, se caen antes porque son duros e inflexibles. Así que acabas de aprender lo único que vale la pena aprender.

Bruno Ferrero. “La silla vacía...”, p. 24

899. LA FÓRMULA

El místico regresó del desierto. “Cuéntanos”, le dijeron con avidez, “¿cómo es Dios?”.

Pero ¿cómo podría él expresar con palabras lo que había experimentado en lo más profundo de su corazón? ¿Acaso se puede expresar la Verdad con palabras?

Al fin les confió una fórmula (inexacta, eso sí, e insuficiente), en la esperanza de que alguno de ellos pudiera, a través de ella, experimentar por sí mismo lo que él había experimentado.

Ellos aprendieron la fórmula y la convirtieron en un texto sagrado. Y se la impusieron a todos como si se tratara de un dogma. Incluso se tomaron el esfuerzo de difundirla en países extranjeros. Y algunos llegaron a dar su vida por ella.

Y el místico quedó triste. Tal vez habría sido mejor que no hubiera dicho nada.

Anthony de Mello. “El canto del pájaro”, p. 46



900. GRAN MIEDO

Caía la noche. El sendero se internaba en el bosque más negro que la noche. Yo estaba sólo, desarmado. Tenía miedo de avanzar, miedo de retroceder, miedo del ruido de mis pasos, miedo de dormirme en esa doble noche.

Oí crujidos en el bosque y tuve miedo. Vi brillar entre los troncos, ojos de animales y tuve miedo, más miedo que nunca. Por fin salió de la sombra una sombra que me cerró el paso.

- ¡¡Vamos pronto! ¡La bolsa o la vida!

Y me sentí casi consolado por esa voz humana, porque al principio había creído encontrar a un fantasma o a un demonio.

Me dijo: "Si te defiendes para salvar tu vida, primero te quitaré la vida y después la bolsa. Pero si me das la bolsa solamente para salvar la vida, primero te quitaré la bolsa y después la vida."

Mi corazón se enloqueció, mi corazón se rebeló.

Perdido por perdido, mi corazón se dio la vuelta.

Caí de rodillas y exclamé: "Señor, toma todo lo que tengo y todo lo que soy".

De pronto me abandonó el miedo y levanté mis ojos.

Ante mí todo era luz. En ella el bosque verdecía.

901. GRANO DE ORO

Iba yo pidiendo de puerta en puerta por el camino de la aldea, cuando tu carro de oro apareció a lo lejos como un sueño magnífico. Y, yo me preguntaba maravillado, quién sería aquel Rey de reyes.

Mis esperanzas volaron hasta el cielo, y pensé que mis días malos se habían acabado. Y me quedé aguardando limosnas espontáneas, tesoros derramados por el polvo.

La carroza se paró a mi lado. Me miraste y bajaste sonriendo. Sentí que la felicidad de la vida había llegado al fin. Y de pronto, tú me tendiste tu diestra diciéndome: "¿puedes darme alguna cosa?".

¡Qué ocurrencia de tu realeza! ¡Pedirle a un mendigo! Yo estaba confuso y no sabía qué hacer. Luego saqué despacio de mi saco un granito de trigo y te lo di.

Pero, qué sorpresa la mía, cuando al vaciar por la tarde mi saco en el suelo encontré un granito de oro en la miseria del montón. ¡Qué amargamente lloré por no haber tenido corazón para dártelo todo!

R. Tagore

902. GRITAR PARA QUEDAR A SALVO

Una vez llegó un profeta a una ciudad con el fin de convertir a sus habitantes. Al principio la gente le escuchaba cuando hablaba, pero poco

a poco se fueron apartando, hasta que no hubo nadie que escuchara las palabras del profeta.

Cierto día, un viajante le dijo al profeta:

- ¿Por qué sigues predicando? ¿No ves que tu misión es imposible?

Y el profeta respondió:

- Al principio tenía la esperanza de poder cambiarlos. Pero si ahora sigo gritando es únicamente para que no me cambien ellos a mí.

Anthony de Mello. "El canto del pájaro", p. 82

903. HACER SALIR AL SOL

"Por mucho que te esfuerces no lograrás enmendar tu vida ni alcanzar la iluminación más que podrías hacer salir al sol por tus propias fuerzas", decía el Maestro.

"Entonces, ¿para qué me hacéis practicar tantos ejercicios de penitencia y devoción y estudio y contemplación?, contestaba el discípulo.

"Para que estés despierto cuando salga el sol".

Paradoja eterna del esfuerzo y la gracia. Paradoja bella y cierta, atrayente y desesperante, ayuda permanente y prueba irritante. Hay que hacer todo sabiendo que no sirve para nada.

Carlos G. Vallés. Vida Nueva n° 2039, mayo 96

904. ¿HACIA DÓNDE REZAR

- Rezo siempre mirando a la Meca, maestro, porque allí me han enseñado a dirigir mis plegarias.

- Haces bien, hijo mío. Pero no puedes estar todo el día mirando hacia la Meca, y Dios está en todas partes. Acostúmbrate a rezar también todas las direcciones.

- Rezo siempre a las horas determinadas cuando el muecín llama a la oración desde la mezquita.

- Haces bien, hijo mío; pero acostúmbrate a rezar también cuando no llama nadie, pues Dios está dispuesto a escucharte en cualquier momento.

- Yo rezo con mis labios, maestro, cuando recito versos sagrados, con mis dedos al pasar las cuentas benditas de oración, con mis rodillas al hincarlas en el suelo en adoración, con mis ojos cuando derraman lágrimas de emoción.

- Haces bien, hijo mío; pero acostúmbrate a rezar también cuando tus labios no se muevan o tus rodillas no estén hincadas; cuando tus ojos miren otros objetos y tus dedos se empleen en otros menesteres. Dios están en todas las circunstancias de la vida, en todo movimiento y en toda palabra, en todo gesto y en toda mirada, y allí hemos de hallarlo si queremos estar siempre en su presencia. Las posturas rituales son sólo para recordarnos que cualquier postura nos ha de llevar a pensar en Dios; y las lecturas sagradas son sólo para recordarnos que toda palabra ha de servirnos para recordar su nombre. La

mezquita está en su sitio para consagrar todo el espacio. La Meca es una para bendecir a toda la tierra.

- Lo acepto, maestro, ya que veo a Dios en vos.
- Como yo veo a Dios en ti, hijo mío.

Carlos G. Vallés. Vida Nueva nº 2025

905. HERMANOS

Dos hermanos, uno soltero y otro casado, poseían una granja cuyo fértil suelo producía abundante grano, que los dos hermanos se repartían a partes iguales.

Al principio todo iba perfectamente. Pero llegó un momento en que el hermano casado empezó a despertarse sobresaltado todas las noches, pensando: "No es justo. Mi hermano no está casado y se lleva la mitad de la cosecha; pero yo tengo mujer y cinco hijos, de modo que, en mi ancianidad, tendré todo cuanto necesite. ¿Quién cuidará de mi pobre hermano cuando sea viejo? Necesita ahorrar para el futuro mucho más de lo que actualmente ahorra, porque su necesidad es, evidentemente, mayor que la mía".

Entonces se levantaba de la cama, acudía sigilosamente a donde residía su hermano y vertía en el granero de éste un saco de grano.

También el hermano soltero comenzó a despertarse por las noches y a decirse a sí mismo: "Esto es una injusticia. Mi hermano tiene mujer y cinco hijos y se lleva la mitad de la cosecha; pero yo no tengo que mantener a nadie más que a mí mismo. ¿Es justo que mi pobre hermano, cuya necesidad es mayor que la mía, reciba lo mismo que yo?"

Entonces se levantaba de la cama y llevaba un saco al granero de su hermano.

Un día se levantaron de la cama al mismo tiempo y tropezaron uno con otro, cada cual con un saco de grano a la espalda.

Muchos años más tarde, cuando ya había muerto los dos, el hecho se divulgó. Y cuando los ciudadanos decidieron erigir un templo, escogieron para ello el lugar en el que ambos hermanos se habían encontrado, porque no creían que hubiera en toda la ciudad un lugar más santo que aquél.

Anthony de Mello. Alfonso Francia. "Educar con parábolas", p. 52

906. EL HIJO MAYOR

Estaba Dios paseando por el cielo cuando, para su sorpresa, se encontró con que todo el mundo se hallaba allí. Ni una sola alma había sido enviada al infierno. Esto le inquietó, porque ¿acaso no tenía obligación para consigo mismo de ser justo? Además, ¿para qué había sido creado el infierno, si no se iba a usar?

De modo que dijo al ángel Gabriel: "Reúne a todo el mundo ante mi trono y léales los Diez Mandamientos".

Todo el mundo acudió y leyó Gabriel el primer mandamiento. Entonces dijo Dios: "Todo el que haya pecado contra este mandamiento deberá trasladarse al infierno inmediatamente". Algunas personas se separaron de la multitud y se fueron llenas de tristeza al infierno.

Lo mismo hizo con el segundo mandamiento, con el tercero, el cuarto, el quinto... Para entonces, la población del cielo había decrecido considerablemente. Tras ser leído el sexto mandamiento, todo el mundo se fue al infierno, a excepción de un solo individuo gordo, viejo y calvo.

Le miró Dios y dijo a Gabriel: "¿Es ésta la única persona que ha quedado en el cielo?"

"Sí", respondió Gabriel.

"¡Vaya!", dijo Dios, "se ha quedado bastante solo, ¿no es verdad? Anda y di a todos que vuelvan."

Cuando el gordo, viejo y calvo individuo oyó que todos iban a ser perdonados, se indignó y gritó a Dios: "¡Eso es injusto! ¿Por qué no me lo dijiste antes?"

¡Ajá! ¡Otro fariseo a la vista! ¡Otro hijo mayor! ¡El hombre que cree en recompensas y castigos y que es un fanático de la más estricta justicia!

Anthony de Mello. "El canto del pájaro", p. 156

907. LA HOJA BLANCA

Dijo un día una hoja blanca de papel: "Me he formado blanca, nítida, inmaculada y pura, y así seré hasta la eternidad. Prefiero quemarme y volverme ceniza blanca antes de permitir que me mancille la negrura y me macule la suciedad".

Oyó un tintero aquellas razones y se rió en su negro corazón, pero no se atrevió a tocar aquella hoja blanca de papel.

La oyeron también las plumas y tampoco la tocaron. Y así permaneció la hoja de papel blanca, nítida, cual la nieve... pero vacía.

Kahlil Gibrán. "Obras completas (tomo 1)"

908. LA HOJA QUE NO QUERÍA AGUA

Había una vez una planta muy joven en la que se ponían grandes esperanzas. Tenía exactamente cuatro hojas. Cuatro bonitas hojas, resplandecientes al rocío y al sol.

Un día las cuatro hojas tuvieron (es la moda) una reunión.

Una dijo que su vocación clara consistía en permanecer unida al naciente arbolito, pero que en lo sucesivo había decidido prescindir del agua. Cuestión de proyecto personal: "Que sus compañeras estudiaran el asunto y una vez entendido respetaran su libertad".

Las otras tres hojas estaban repletas de buenas disposiciones y decidieron aceptar lo que su compañera les pedía.

Se instaló un ingenioso sistema de paraguas: con el buen tiempo el paraguas se cerraba y se abría en cuanto amenazaba lluvia.

Y he aquí que el arbolito tan prometedor dio signos de languidez y murió.

Cada hoja fue llevada por el viento a un sitio distinto.

¿Qué se podía haber hecho? ¿Pedir a la hoja que no quería agua que se marchara a otro sitio? ¿Llegar a un compromiso?

Hay grupos en que para respetar la libertad de uno, no se respeta a los otros. Y, finalmente, termina muerto todo el grupo.

Jacques Loew

909. HUELLAS DE DIOS

Era africano. Y creía en Dios. Alguien se propuso tomarle el pelo y reírse de él. Y le preguntó:

- ¿Cómo sabes tú que existe Dios?
- ¿Y cómo sabes tú que una persona o un perro o un burro ha estado alrededor de tu choza?
- Lo descubro por las huellas que deja en la arena del suelo.
- También yo descubro a Dios por las huellas que deja.

910. HUELLAS EN LA ARENA

Una noche soñé que iba andando por la playa con Dios. Y que se proyectaban en el cielo muchas escenas de mi vida. En cada cuadro veía huellas de pisadas en la arena. A veces las de dos personas y otras sólo las de una.

Observé que durante los períodos más difíciles de mi existencia se veían huellas de una sola persona. Y dije:

- Me prometiste, Señor, que siempre caminarías a mi lado. ¿Por qué cuando más te necesité no estabas conmigo?

Él respondió:

- Cuando viste las huellas de una sola persona, hijo mío, fue cuando tuve que llevarte en brazos.

Manuel Sánchez Monge. "Parábolas como dardos"

911. INSTRUMENTOS

En el escritorio de un famoso poeta había un tintero que, por la noche, cuando las cosas cobraban vida, se daba mucha importancia. Decía: "Es increíble la de cosas hermosas que salen de mí. Con una sola gota de mi tinta se llena toda una página. ¡Y cuántas cosas magníficas y conmovedoras se pueden leer en ellas!"

Pero sus jactancias provocaron el resentimiento de la pluma: "¿No comprendes, tonto barrigudo, que tú sólo eres el que pone la materia prima? Soy yo la que con tu tinta escribo lo que hay en mí. ¡La que realmente escribe es la pluma!"

Volvió el poeta que fue a un concierto y que con la música se había inspirado. Y escribió en la hoja: "¡Qué necios serían el arco y el violín si pensarán que son ellos los que tocan! Igual de necios somos los hombres cuando presumimos de lo que hacemos, olvidando que todos somos simples instrumentos de Dios".

Raúl Berzosa, "Parábolas para una nueva evangelización", p. 168

912. JESÚS, ADOPTADO

- Anoche tuve un sueño realmente precioso.
- ¿Ah, sí? ¿Qué fue?
- Soñé que teníamos un hijo.
- ¿Otro más ? ¡Si van tres...!
- Era un hijo especial. Era... ¡Jesús de Nazaret!
- ¡Por Dios santo! Tú estás loca. Déjate de sueños y vamos a comer.

Los cinco se pusieron a la mesa como siempre. Pero aquel día, ella había puesto una silla de más, como si fueran seis. Esa noche, en la cama, junto a su esposo, soñaba aún despierta. La mañana siguiente era día de fiesta. Ella estaba radiante, como el que lleva dentro el sol de una alegre noticia saliendo por los ojos.

- ¡El sueño era verdad! Esta noche lo he visto aún más claro. Tendremos otro niño. Será Jesús de Nazaret.

- Pero mujer, ¿ya estamos otra vez?
- No es ninguna locura. Es la pura verdad. Nos haremos la cuenta de que él es otro hijo. Cuando les regalemos juguetes o les demos propinas, al comprarles los libros, la ropa, comida o medicinas, contaremos con cuatro, y una parte será para los niños pobres. ¿No nos dio su palabra, palabra de hombre y Palabra de Dios? "Conmigo lo hicisteis". Es como si adoptáramos al Hijo del Dios y al hijo de María. ¿No es una gran verdad?

Alberto Iniesta

913. EL JUICIO DE LA COLMENA

"¡Oh, hermanas mías!", dijo la abeja, "somos chispas del sol; nuestro cuerpo es del mismo metal. Somos hijas del gran cielo; nuestras alas son del mismo cristal. La justicia reina en nuestras ciudades: la razón nos dirige a la dicha; la música acompaña nuestros actos.

Nos alimentamos con luz líquida; con un azúcar incorruptible y diáfano. Somos las únicas criaturas que saben comer sin matar. Para nosotras, comer es unirnos a la más fina esencia de las cosas. Para nosotras, comer no es perseguir una presa, abatir a un ser viviente, desgarrar el cadáver, arrancar y dañar el fruto; para nosotras es fecundar la flor, es hacer resurgir la vida.

Mas, ¡oh hermosísimas mías! ¿Por qué no somos del todo perfectas como los astros son perfectos? Sólo una cosa nos aparta de la dignidad de los dioses: el aguijón y el veneno que

llevamos en el vientre. Y el que emplea el aguijón muere, pero quita la vida del que mata. Si, pues el amor no os contiene, que por lo menos el temor os cohiba.

En cuanto a mí, prefiero morir a manos de mis enemigos que por efecto de mi propia malicia. ¡Oh, reina!, te devuelvo mi aguijón y de mi propio veneno haré miel”.

Las obreras juzgaron y dijeron: “¿Para qué sirve la miel sin el aguijón y el veneno? Cuanta más miel tengamos, más expuesta al robo quedará nuestra colmena. Devolver el aguijón es hacerse cómplice del enemigo. ¿Quién no descubre el aguijón y el veneno de la traición en las melosas palabras de ésta? La acusada merece la muerte”.

Los zánganos juzgaron y dijeron: “Conocemos nuestro destino, que es perecer por el aguijón. ¿Pero quién sospecha que somos cobardes? El amor y la muerte están ligados. Querer el uno sin la otra es contrario a la lógica, a la costumbre y al honor. La proposición ofende. La acusada merece la muerte”.

La reina juzgó y dijo: “Si el razonamiento de la acusada fuese justo, señalaría el fin de la colmena; por ende, es falso. Ella merece la muerte”.

Todos los aguijones se volvieron, pues, contra la abeja que había renunciado al suyo.

Todas las que picaron murieron con valentía.

Toda a colmena murió por miedo a quedarse indefensa.

Lanza del Vasto. “Umbral de la vida interior”

914. LA LECCIÓN DE UDDALAKA

El sabio Uddalaka enseñó a su hijo a descubrir al Uno tras la apariencia de lo múltiple. Y lo hizo valiéndose de “parábolas” como la siguiente:

Un día le ordenó a su hijo: “Pon toda esta sal en agua y vuelve a verme por la mañana”.

El muchacho hizo lo que se le había ordenado, y al día siguiente le dijo su padre: “Por favor, tráeme la sal que ayer pusiste en el agua”.

“No la encuentro”, dijo el muchacho. “Se ha disuelto”.

“Prueba el agua de esta parte del plato”, le dijo el padre. “¿A qué sabe?”

“A sal”.

“Sorbe ahora de la parte del centro. ¿A qué sabe?”

“A sal”.

“Arroja al suelo el contenido del plato”, dijo el padre.

Así lo hizo el muchacho y observó que, una vez evaporada el agua, reaparecía la sal. Entonces le dijo Uddalaka: “Tú no puedes ver a Dios aquí, hijo mío, pero de hecho está aquí”.

Los que buscan la iluminación no logran encontrarla, porque no comprenden que el objeto de su búsqueda es el propio buscador. Al igual que la belleza, también Dios está en el yo del observador.

Anthony de Mello. “La oración de la rana (1º tomo)”, p. 197

915. LECHE DE LEONA

El rey enfermó, y el médico real emitió el diagnóstico que el rey no curaría a no ser que tomase la leche de una leona. El rey estaba dispuesto a tomar la leche. ¿Pero quién traería la leona? Se ofreció la real recompensa. ¿Se atrevería alguien?

Un campesino que habitaba en la selva se ofreció y pidió un tiempo. Él conocía la guarida de los leones, se ganó su confianza con graduado contacto, ofreció tierna caza a la leona y ordeñó su leche. La llevó derecho al rey y le invitó a beberla.

En la corte sobran los envidiosos. Alguien gritó: ¡No es leche de leona! Otro: ¡Es leche de cabra! Otro: ¡Es leche de camella! La sospecha se adueñó de todas las mentes, y el rey se dispuso a castigar al imprudente que por ganar una recompensa real traía leche falsa. Pero el campesino supo defenderse. Dijo al rey: “¿Queréis saber si es de verdad leche de leona la que traigo? Bebedla. Si es de leona os curaréis, y si no, os quedaréis como estáis. ¿No digo verdad?” Calló la corte. Bebió el rey la leche y se curó inmediatamente. El campesino recibió la recompensa.

Mil dudas en la mente. ¿Será, no será? ¿Resultará, no resultará? Oración, petición, práctica espiritual, ejercicios del alma, fe en el obrar, esperanza en el preservar. ¿Merece la pena? ¿Dará fruto? ¿Será verdad? Mil dudas nos asaltan ante las verdades y las prácticas del espíritu. Y las mil dudas tienen una solución: bebe la leche. Ora, reza, lee, medita. Daño no te hará. Y si te cura, era leche de leona. En vez de llenar la vida de vacilaciones, tengamos sencillamente la decisión de hacer lo que sabemos hacer. Beber de un trago. Y llega la salud.

Carlos G. Vallés
Vida Nueva nº 2004, de 5 agosto del 95

916. EL LEÓN Y LAS HORMIGAS

Un día el león hizo que se reunieran todos los animales de la sabana, del bosque y de la montaña. Cuando todos llegaron ante él, el pregonero se subió a un árbol y gritó la proclama: “Orden del rey león. Todos los animales, de todo género, especie y tamaño, deben reconocer al león como rey, rindiéndole obediencia. Quien se niegue será castigado”.

Se escuchó un gran murmullo en la asamblea de los animales; después una vocecita se alzó protestando. Era el portavoz de las hormigas guerreras: “Nosotras no aceptamos. En nuestra

tribu, nuestros antepasados nos dieron una reina y nosotros sólo obedecemos sus órdenes”.

El león, con un rugido desafiante, respondió: “Tendréis vuestro castigo”.

Todos se dispersaron, los hijos del león salieron de caza, cogieron un jabalí, lo escondieron tras unas ramas y fueron a llamar al rey. Las hormigas se reunieron desde los cuatro puntos cardinales y en un momento cubrieron la sabana. Se preparaban para la gran batalla.

En un momento se comieron el jabalí, dejándole sólo los huesos. Mientras tanto el sol había desaparecido tras el horizonte. Llegó el león, majestuoso, con su familia. Entonces en ejército de hormigas entró en acción.

De la hierba y de las hojas llovieron sobre los leones, treparon por sus patas mordiendo con fuerza. Los leones rugían de dolor, se tiraban sobre la hierba para frotarse, intentaron escapar, pero no podían luchar en la oscuridad contra el enemigo omnipresente.

A la mañana siguiente un buitre, pasando en vuelo rasante, vio esparcidos los esqueletos desnudos de la familia de aquel que había querido imponerse como rey absoluto de los animales. Y continuando su camino solitario pensó que los poderosos no deberían nunca despreciar la fuerza de los pequeños cuando se unen.

Fábula del pueblo bantú. Antena Misionera, marzo 1993

917. LEYENDA

Abel y Caín se encontraron después de la muerte de Abel. Caminaban por el desierto y se reconocieron desde lejos, porque los dos eran muy altos. Los hermanos se sentaron en la tierra, hicieron un fuego y comieron. Guardaban silencio, a la manera de la gente cansada cuando declina el día. En el cielo asomaba alguna estrella, que aún no había recibido su nombre. A la luz de las llamas, Caín advirtió en la frente de Abel la marca de la piedra y dejó caer el pan que estaba por llevarse a la boca y pidió que le fuera perdonado su crimen.

Abel contestó:

- ¿Tú me has matado o yo te he matado? Ya no recuerdo; aquí estamos juntos como antes.

- Ahora sé que de verdad me has perdonado - dijo Caín -, porque olvidar es perdonar. Yo trataré también de perdonar.

Abel dijo despacio:

- Así es. Mientras dura el remordimiento dura la culpa.

918. LA LLAVE

Una tarde, el padre se encuentra a su mujer llorando ante al hijo que acaba de preparar su maleta y se dispone a abandonar la casa.

Quiere preguntarle, dialogar con él, intentar comprenderle. Pero le paralizan las respuestas

glaciales. Se queda allí, destrozado sin poder reaccionar. Segundos más tarde el hijo desaparece dando un portazo... Entonces, el padre da un salto en el rellano de la escalera, corre y alcanza a su hijo. Le entrega su propia llave de la casa y le dice: “Toma, cógela. Así, cuando vuelvas, no hará falta que llames”.

919. EL LOCO

Fue en un jardín de un manicomio donde conocí a un joven de rostro pálido y hermoso y lleno de encanto.

Y sentándome a su lado sobre el banco le pregunté: “¿Por qué estás aquí?”

Me miró asombrado y respondió: “Es una pregunta inadecuada, pero te contestaré. Mi padre quiso hacer de mí una reproducción de sí mismo; también mi tío. Mi madre deseaba que fuera la imagen de su ilustre padre. Mi hermana mostraba a su esposo navegante como el ejemplo perfecto a seguir. Mi hermano pensaba que debía ser como él un excelente atleta. Y mis profesores, como el doctor de filosofía, el de música y el de lógica, ellos también fueron terminantes y cada uno quiso que fuera el reflejo de sus propios rostros en un espejo. Por eso vine a este lugar. Lo encontré más sano. Al menos, puedo ser yo mismo”.

En seguida se volvió hacia mí y dijo: “Pero dime, ¿te trajeron a este lugar la educación y el buen consejo?”

Yo respondí: “No, soy un visitante”.

Y él añadió: “Oh, tú eres uno de los que viven en el manicomio del otro lado de la pared”.

Kahlil Gibrán. El vagabundo, p. 49-50

920. LA LUZ EN EL PAÍS DE LA NOCHE

Sucedía en el país de la noche. Una noche que nunca se acababa: jamás había salido el sol. Le gente en este país era apocada y triste, por tanta oscuridad. Ni se daban cuenta de que estaban tristes: lo veían tan normal. Para ellos, la vida era triste, oscura. Las calles y las casas eran tan oscuras como la misma boca del lobo. No existían las estrellas.

Un día en aquel pueblo se presentó un niño que tenía una pequeña llama en la palma de la mano y se paseaba por las calles. Algunos niños del país de la noche salieron a los balcones y decían a los mayores: “Aquel niño que pasa por la calle lleva una lucecita en la mano. ¿Qué es?”. Y la gente mayor les respondía: “Anda, niño, métete en casa y cierra el balcón. Ha venido del país de la luz. Quiere hacernos daño en los ojos”. Y cogían a los niños y los encerraban en casa. Pero ellos, aun estando cerrados, decían: “Quiero irme al país de la luz, quiero irme con aquel niño al país de la luz”.

La gente se dio las buenas noches, se acostó, y después se levantó para ir al trabajo. Y mira por

dónde, ya de mañana, había niños que paseaban por el país de la noche con una lucecita en la mano. Y daban saltos cantando: "Nosotros nos hemos pasado al país de la luz". Y estaban locos porque el pequeño de la lucecita en la mano les había dado la llama. Y de esta manera se paseaban por los callejones del país de la noche.

Los hombres del país de la noche no querían la luz. Decían: "Eso hace daño en los ojos". Y murmuraban entre ellos y se enfurecían contra los niños del país de la luz porque llevaban la pequeña lucecita en la mano. Y ahora ya no eran cinco o diez; eran cientos y cientos, y entre todos llenaban de alegría y luz el país de la noche.

En la casa grande del país de la noche se reunieron los hombres para discutir lo que harían a los niños del país de la luz. Y decidieron llamarles, no a todos, pero sí a los cabecillas. Y les dijeron: "Ahora mismo, ante nosotros, apagad vuestra luz; tener esa luz encendida va contra nuestras costumbres sagradas de nuestro país". Y mandaron a los guardianes apagar todas las luces de todos los niños y a los primeros les mandaron al calabozo más oscuro del país de la noche. Muchos de los niños que habían paseado su pequeña lucecita se pusieron a llorar. Y unos hombres del país de la noche entraron en el calabozo para apagarles el resplandor, pero no podían de ninguna manera; soplaban con toda su rabia, pero la luz no se apagaba nunca; les metían las manos en los cubos de agua, pero era imposible: la pequeña lucecita no se rendía nunca. Al final, los dejaron estar... Hicieron poner en los periódicos que todo había concluido, cerraron la puerta con siete candados, pusieron vigilantes en la entrada y se fueron.

Dentro quedaron solos los niños del país de la luz. Pero todo el país de la noche, desde el calabozo hasta la casa del zapatero, todos vieron cómo en el país de la noche empezaba a clarear. ¡Quién sabe si habían descubierto que la pequeña llama había dejado en todos los corazones un poco de resplandor!

921. MAESTRO DEL MAESTRO

Al maestro le preguntaron: "¿Y quién fu vuestro maestro?" Él respondió: "Un perro. Lo vi al borde de un estanque que agua clara; jadeaba de sed y no se atrevía a beber. Al acercarse a la superficie del agua veía su imagen reflejada, creía que era otro perro que le amenazaba y huía sin beber. Al final, la sed pudo más que el miedo, se arrojó al agua, con lo que desapareció el otro perro y bebió a gusto".

"¿Y de qué le sirvió a usted ese incidente?", insistieron los discípulos. El maestro explicó: "Entendía en aquel momento que el obstáculo que impedía al perro saciar su sed era su propio yo, es decir, la falsa imagen de la ilusión del yo. Una vez que ésta desapareció, el perro alcanzó su objetivo. Ésa es la suprema lección. El obs-

táculo que te impide avanzar es tu yo. Hazlo desaparecer. Bórrate tú delante de tus ojos. El más mínimo apego a tu yo es una pesada cadena que traba tus pies. Si sientes la sed de la presencia de Dios, no vuelvas nunca a ti. El que renuncia a su yo, encuentra a Dios".

Carlos G. Vallés
Vida Nueva nº 2055 de 7/9/96

922. MAL QUE PRODUCE BIEN

Dijo un día el Maestro: "No estaréis preparados para combatir el mal mientras no seáis capaces de ver el bien que produce".

Aquello supuso para los discípulos una enorme confusión que el Maestro no intentó siquiera disipar.

Al día siguiente les enseñó una oración que había aparecido garabateada en un trozo de papel de estraza hallado en el campo de concentración de Ravensburg:

"Acuérdate, Señor, no sólo de los hombres y mujeres de buena voluntad, sino también de los de mala voluntad. No recuerdes tan sólo el sufrimiento que nos han causado; recuerda también los frutos que hemos dado gracias a ese sufrimiento: la camaradería, la lealtad, la humildad, el valor, la generosidad y la grandeza de ánimo que todo ello ha conseguido inspirar. Y cuando los lames a juicio, haz que todos esos frutos que hemos dado sirvan para su recompensa y su perdón".

Anthony de Mello. "Un minuto para el absurdo".
Sal Terrae.

923. MANIFIESTO DE LAS INDIAS E INDIOS JÓVENES

Nosotros, la gran mayoría de las indias y de los indios jóvenes de la tribu de aquí, no tener trabajo y por eso no tener mondas para comprar choza, ni para comida, ni para taparrabos, ni para plumas de colores que alegrar vida y fiestas de vez en cuando.

Así que tener que aguantar en choza de padre y madre mientras nuestras caras envejecer y gran mala leche nos invadir.

Cuando trabajar, tener que ser el trabajo de pocas lunas o debajo de agua y, aunque trabajo ser igual o más que trabajo de indios mayores, monedas ser muchas menos.

Nosotros decir que aunque no nos dejar mover manos para trabajar, necesitar mover boca para comer, y tener derecho a monedas como todos los indios y las indias de la tribu.

Además, cuando crecer, tener que ir a la mili a perder el tiempo y hacer gilipollas y aprender a usar palo de fuego y tener que ir en canoa lejos a hacer guerra a indios pobres que no habernos hecho nada. Si decir no, o mili caca, encerrar en cárcel.

Culpa de todo tener gran jefe morro gordo y su clan, que sólo ayudar a rostros pálidos pasta gansa de afuera a amontonar muchas monedas, mientras nosotros morir de asco.

Nosotros saber que situación chungu de ahora no tener por qué ser situación chungu siempre, sino que poder y tener que cambiar.

Nosotros empezar por denunciar, ¿y tú?

924. LAS MARIPOSAS

Tres mariposas amigas vieron cierto día una lámpara de luz en una vivienda. La curiosidad por saber qué era aquello que brillaba como el sol, pero que no era el astro, les hizo entrar en aquella habitación. La primera, intrépida, se acercó a la bombilla. Enseguida regresó diciendo: "No he podido saber muy bien qué era porque aquello me cegaba".

La segunda, más atrevida, se acercó más y casi se quema las alas; "Es horrible, casi me destroza las alas".

La tercera mariposa se acercó más y más, hasta quedar atrapada por el calor de la bombilla y arder con ella. La luz en aquel momento se volvió más intensa durante algunos segundos... Sólo la tercera supo realmente qué era la bombilla.

Raúl Berzosa, "Parábolas para una nueva evangelización", p. 37

925. MILAGRO

- ¿Para qué orar? Dios no me ha concedido lo que le he pedido. He buscado a Dios, lo he buscado sinceramente, con todo el ardor... pero Dios no acudió a la cita.

- Perdón... ¿De qué Dios me hablas? ¡Es tan fácil buscar un dios a la medida de nuestros sueños y deseos! En tu país se considera milagro el que Dios haga tu voluntad. Entre nosotros se considera un milagro el que alguien haga la voluntad de Dios.

El Dios cristiano nos sorprende, nos desborda y descascarilla nuestros falsos sueños, nuestros facilones mesianismos. ¡Y nos deja en la Verdad!

Prudencio López Arróniz. "Más allá...! PS Ed.

926. MIRAR A DIOS

El Maestro impartía su enseñanza: "El genio de un compositor se halla en las notas de su música; pero analizar las notas no sirve para revelar su genio. La grandeza del poeta se encierra en sus palabras; pero el estudio de éstas no revela su inspiración. Dios se revela en la creación; pero, por mucho que escudriñes la creación, no encontrarás a Dios, del mismo modo que no descubrirás el alma por mucho que examines el cuerpo".

Llegado el momento del diálogo, alguien preguntó: "Entonces, ¿cómo podemos encontrar a Dios?"

- Mirando la creación, no analizándola.

- ¿Y cómo hay que mirarla?

- Si un labrador intenta buscar la belleza de una puesta de sol, lo único que descubrirá será el sol, las nubes, el cielo y el horizonte de la tierra... mientras no comprenda que la belleza no es una "cosa", sino una forma especial de mirar. Buscarás a Dios en vano mientras no comprendas que a Dios no se le puede ver como una "cosa", sino que requiere una forma especial de mirar... semejante a la del niño, cuya visión no está deformada por doctrinas y creencias prefabricadas.

Anthony de Mello. "Un minuto para el absurdo".

927. LA MISMA DIRECCIÓN

Una pareja de novios preguntó al maestro: "¿Qué debemos hacer para que nuestro amor dure para siempre?"

"Amar juntos otras cosas", respondió el maestro.

Los amigos no se miran a los ojos, sino que miran los dos en la misma dirección.

Bruno Ferrero. "El canto del grillo", p. 54

928. LA MONA

Había una vez una mona que andaba saltando de árbol en árbol. Mientras saltaba vio un bello nogal. Cogió una nuez y la mordió. Como la cáscara estaba amarga, la mona la tiró y se quedó sin probar el rico bocado que tenía dentro.

En la vida sucede lo mismo. Existen personas que comienzan a realizar una actividad: aprender un oficio, tocar un instrumento, comenzar una escultura, etc. Estas personas, cuando tropiezan con las primeras dificultades, abandonan la tarea iniciada y, de ese modo, se quedan sin saborear las satisfacciones que les hubiera deparado el trabajo iniciado, una vez que hubieran superado las dificultades del comienzo.

Alfonso Francia. "Educar con fábulas", p. 20

929. LA MUÑECA DE SAL

Una muñeca de sal recorrió miles de kilómetros de tierra firme hasta que, por fin, llegó al mar.

Quedó fascinada por aquella móvil y extraña masa, totalmente distinta de cuanto había visto hasta entonces.

"¿Quién eres tú?", le preguntó al mar la muñeca de sal. Con una sonrisa, el mar respondió: "Entra y compruébalo tú misma".

Y la muñeca se metió en el mar. Pero, a medida que se adentraba en él, iba disolviéndose, hasta que apenas quedó nada de ella. Antes de que se disolviera el último pedazo, la muñeca exclamó asombrada: "¡Ahora ya sé quién soy!".

Alfonso Francia. "Educar con fábulas", p. 53

930. LA MURMURACIÓN

Un día, una mujer dada fácilmente a sacar defectos de los demás se fue a confesar con alguien que tenía fama de santo. Aquel confesor escuchó pacientemente a la penitente; después le dijo: "Como penitencia, coge una gallina y recorre las calles más importantes de tu pueblo arrancando lentamente las plumas que soltarás al viento. Después, regresa otra vez a mí".

Aquella señora obedeció. Cuando retornó al confesor, éste le dijo: "La penitencia no ha concluido. Ahora debes volver a andar por las calles y recoger todas las plumas que has sembrado".

"Es imposible", contestó la mujer.

"Así es la murmuración", respondió el confesor. Pequeños juicios sobre otras personas pueden crear situaciones irreparables.

P. Righetto

931. NI SIQUIERA TÚ ERES TUYO

Y dijo Buda: "Esta tierra es mía, éstos son mis hijos"... son las palabras que dice el loco que no comprende que ni siquiera él mismo es suyo.

En realidad, nunca posees cosas. Tan sólo las retienes durante un tiempo. Si eres incapaz de desprenderte de ellas, serás agarrado por ellas.

Todo cuanto atesoras debes tenerlo en el hueco de tu mano como si fuera agua.

Trata de apresarla y desaparecerá. Intenta apropiártela y te manchará.

Déjala en libertad y será tuya para siempre.

Antohny de Mello. "La oración de la rana. 2

932. NO CAMBIÉS

Durante años fui un neurótico. Era un ser angustiado, deprimido y egoísta. Y todo el mundo insistía en decirme que cambiara. Y no dejaban de recordarme lo neurótico que era.

Y yo me ofendía, aunque estaba de acuerdo con ellos, y deseaba cambiar, pero no me convencía de la necesidad de hacerlo, por mucho que lo intentara.

Lo peor era que mi mejor amigo tampoco dejaba de recordarme lo neurótico que estaba. Y también insistía en la necesidad de que yo cambiara.

Y también con él estaba de acuerdo, aunque tampoco podía impedir ofenderme con él. De manera que me sentía impotente y como atrapado.

Pero un día me dijo: "No cambies. Sigue siendo tal como eres. En realidad no importa que cambies o dejes de cambiar. Yo te quiero tal como eres y no puedo dejar de quererte".

Aquellas palabras sonaron en mis oídos como música: "No cambies. No cambies... Te quiero".

Entonces me tranquilicé. Y me sentí vivo. Y, ¡oh maravilla!, cambié.

Ahora sé que en realidad no podía cambiar hasta encontrar alguien que me quisiera, prescindiendo de que cambiara o dejara de cambiar. ¿Me quieres Tú de esa manera, Dios mío?

Anthony de Mello. "El canto del pájaro", p. 92

933. NO CUENTAN LOS MÉRITOS

El joven está confuso. Su idea de la justicia no parece avenirse con lo leído en el Evangelio. Pregunta:

- ¿Por qué Dios paga igual jornal a quien trabajó de sol a sol y a quien sólo trabajó una hora?

El maestro pondera el valor de la justicia de Dios, cuya acción está explicada por dos nuevos elementos: el amor y la gratuidad. Y prosigue:

- Un padre tiene tres hijos. Uno es fuerte y sano, constituye un ejemplo de laboriosidad y entrega al trabajo familiar. El segundo es débil y de salud quebradiza, trabaja regularmente, pero no puede con los trabajos más duros y a veces ha de guardar cama. El tercero tiene parálisis desde la infancia, es una carga en casa, ya que no puede valerse por sí mismo. Vive gracias a los cuidados de los demás. ¿A quién de los tres hijos habrá de amar más el padre?

El joven, tras breves reflexión, responde en tono seguro:

- Los tres tienen igual derecho al amor del padre, y en todo caso recibirá más amor aquel que tenga mayor necesidad de ser amado. El padre ama sin más, no por los méritos que tenga cada uno.

Vidal Ayala. "La voz del bosque". PS.

934. NO PESA... ES MI HERMANO

El grupo estaba de excursión cuando aparece a lo lejos un niño de unos ocho años que trae sobre sus hombros a otro más pequeñito, como de tres. Su rostro era ardiente, tostadito como el de todos los campesinos del lugar. Más expresivo quizás al pasar a nuestro lado, pero incapaz de ocultar un cierto cansancio, producido sin duda por la distancia, lo difícil del camino y el peso del niño.

Para dar calor humano y aliento al pobre niño, pregunté con tono de cariñosa cercanía: "Amigo, ¿pesa mucho?". Y él, con inefable expresión de cara y encogimiento de hombros, que encerraban una gran carga de amor, de valor y de resignación, dice con fuerza y decisión: "No pesa, es mi hermano", y agarrando más fuertemente al pequeño, que sonrío y saluda con su manita derecha, echa una corta y lenta carrera haciendo saltar con gracia a su hermanito que aún mira una vez atrás para sonreír.

935. NO SE PUEDE ENSEÑAR

Un rey envió a su hijo al maestro para que lo formase en ciencia y en verdad. Cuando volvió, su padre le preguntó: "¿Has aprendido aquello

que no se puede enseñar?”. “No”. “Pues vuelve al maestro”.

El maestro le dijo: “No te lo enseñé porque no me lo pediste y porque no se puede enseñar. Sólo se puede indicar. Mira, toma esas cuatrocientas cabezas de ganado, vacas, bueyes, ovejas, cabras, llévalas al bosque profundo donde nadie llega, cuídalas en silencio, y cuando las cuatrocientas sean mil, vuelve a mí”.

El muchacho partió, escogió el lugar y quedó en solitario apacentando el ganado. Se aburrió. Se desesperó. Se calmó. Se encontró. El silencio apagó las palabras y acalló el pensamiento. Su ser entero se sintió uno con la naturaleza y los árboles y los prados y el ganado y la vida. Aprendió lo que no se podía enseñar. Vio lo que no se podía leer. Sintió lo que no se podía expresar. Se olvidó de contar el ganado, de perseguir un fin, de por qué estaba allí. Alcanzó la iluminación.

Un día los mugidos del ganado le hicieron caer en la cuenta de que ya no cabían en el valle. Eran ya más de mil. Sonrió al recordar la misión que le había llevado allí. Recogió el ganado y lo pastoreó sin prisas hacia la morada del maestro. Al ver al maestro, el discípulo se inclinó profundamente ante él. Y el maestro, con la misma elegante generosidad, se inclinó profundamente ante el discípulo. Por fin había aprendido lo que no se puede enseñar.

Nada que merezca la pena puede ser enseñado. Sólo pueden crearse situaciones en uno aprenda consigo mismo y con Dios. Ésa es la labor del maestro.

Carlos G. Vallés. Vida Nueva nº 2027, de febrero del 96

936. NUEVAS DIMENSIONES

Una vez iba una oruga paseando por la rugosa superficie de un tronco. La vio una mariposa y posándose ante ella le dijo: “Hola, hermana del pasado. ¿Por casualidad sabes tú que vendrán en el futuro días en que abandonando esa envoltura terrena te hagas voladora como yo y asciendas hacia el cielo?”

Y la oruga le dijo: “Sí. Eso es lo que me enseñaron mis padres y a ellos les enseñaron mis abuelos. Decían que después de ésta hay otra vida donde podemos liberarnos de las cadenas de la tierra y ascender alados a nuevas dimensiones. Mas yo no lo creo, y aunque en mis días y en mis noches pienso que camino hacia algo, mi imaginación se para en este plano donde adoro el latido de la savia y el palpitar de las hojas cuando me acarician los pies”.

Entonces la mariposa se fue hacia arriba y desapareció. Pasaron varios días, que fueron años para la oruga, y ésta notó que se le venía el final. Se fue hacia una rama saliente de pino y cuando se ponía el sol hizo su tumba de seda, acostándose para esperar la venida de la muerte.

Y con el tiempo llegó la primavera de su nacimiento como mariposa, extendió sus alas y rauda se ensimismó en el aire y dio sus primeros aleteos hacia el sol de la mañana. Y cuando volaba vio a una oruga que subía trabajosamente por un tronco y posándose delante de ella le dijo: “Hola, hermana del pasado. ¿Por casualidad sabes tú que vendrán en el futuro días...?”

Cayetano Arroyo. “Diálogos con Abul-Beka”

937. OJOS CERRADOS; OJOS ABIERTOS

La madre de Krishna, la encarnación del dios más popular, cuidó de él mientras era niño, adolescente y joven con todo el cariño de madre y la sumisión de la fe. Creció Krishna y le llegó el momento de dejar su casa, su pueblo y a su madre para predicar, ayudar y redimir a su pueblo. Al despedirse, su madre le pidió una gracia: “Que siempre que cierre yo los ojos, te vea”. Krishna le contestó: “Te concedo una gracia mejor: que siempre que abras los ojos, me veas”.

Ver a Dios en todo. En las personas, en las cosas, en la vida. Ver a Dios con los ojos abiertos. El andar se hace fe y el mirar se hace contemplación. Allí está Él. En cada sonido está el eco de su voz, en cada color está un destello de su mirada. Allí se esconde, o mejor dicho, allí se revela. Todo lo ha hecho Él y Él vive en todo lo que ha hecho. Todo son huellas para quien bien conoce el pisar del Amado.

Los ojos bien abiertos. Los hizo Él para que viéramos todos, y en todo a Él. Rostros y movimientos, encuentros y sucesos, naturaleza y asfalto. No hay diferencia en cuanto a su presencia, porque Él está en todo. Basta con abrir los ojos y verlo. Ver claro, ver de frente, ver del todo. Saber reconocer rasgos eternos en paisajes diarios. Saber sentir la presencia divina en un apretón de manos. Saber contemplar la presencia divina en un apretón de manos. Saber contemplar la visión infinita en el horizonte del entorno constante. Saber ver.

¿Por qué la gente, cuando proponemos unos minutos de oración, siempre cierra los ojos?

Carlos G. Vallés. Vida Nueva, 18/3/95

938. ORACIÓN “ESCUCHADA”

Un piadoso musulmán rezaba todos los días ante Dios, y todos los días le suplicaba una gracia que deseaba le concediese. Se colocaba siempre para su oración en el mismo rincón de la mezquita, y tantos años pasaron y tantas veces repitió su oración que cuentan que las señales de sus rodillas y sus pies quedaron marcadas sobre el mármol del suelo sagrado.

Pero Dios parecía no oír su oración, parecía no enterarse siquiera de que alguien le invocaba.

Un día por fin se le apareció al devoto musulmán en su oración un ángel de Dios, y le dijo: “Dios ha decidido no concederte lo que le pi-

des". Al oír el mensaje del ángel, el buen hombre comenzó a dar voces de alegría, a saltar de gozo, a contarles, a todos los que se reunieron al verlo, lo que le había sucedido. La gente preguntó, sorprendida: "¿Y de qué te alegras, si Dios no te ha concedido lo que le pedías?" A lo que él contestó, rebosándole el gozo sincero en cada palabra: "Es verdad que me lo ha negado, pero al menos así sé que mi oración llegó hasta Dios. ¡Qué más puedo desear!" Y siguió reparando alegría.

Oración es saber que mi voz llegó a Dios. No es la petición, la concesión, la respuesta. O sí es todo eso, pero por dentro y por encima de todo es la fe de saber que el mensaje llegó, que mis palabras sonaron en oídos divinos, que la tierra tocó el cielo. ¿Qué importa el "resultado" de la oración cuando tenemos el "contacto"? Yo escribí la carta, y ahora sé que la carta llegó y fue leída. Eso es lo que me interesa.

El buen musulmán continuó yendo todos los días a la mezquita, al rincón marcado por sus rodillas, para dar gracias porque su oración había llegado a Dios.

Carlos G. Vallés

939. LA OVEJA PERDIDA...

Parábola para educadores religiosos:

Una oveja descubrió un agujero en la cerca y se escabulló a través de él. Estaba feliz de haber escapado. Anduvo errante mucho tiempo y acabó desorientándose.

Entonces se dio cuenta de que estaba siendo seguida por un lobo. Echó a correr y a correr..., pero el lobo seguía persiguiéndola. Hasta que llegó el pastor, la salvó y la condujo de nuevo, con todo cariño, al redil.

Y a pesar de que todo el mundo le instaba a lo contrario, el pastor se negó a reparar el agujero de la cerca.

Anthony de Mello. "El canto del pájaro", p. 198

940. LOS PADRES Y LOS HIJOS

Un cabrero paseando por el campo vio un árbol. En el árbol había un nido de pajarillos. Estaban solos, pues los padres habían ido a buscar el alimento. El cabrero cogió los pajarillos y los metió en una fría jaula de metal.

Cuando llegaron los padres, viendo que no estaban sus hijos, afligidos los buscaron. Encontraron la jaula donde la había puesto el cabrero y allí estaban los pajarillos revoloteando en su interior.

Al verlos el cabrero se dijo: "Si los padres vienen a cuidar a sus hijos con tanto esmero, quiero ver cómo los hijos agradecidos de tanto amor a sus padres, los cuidan a ellos".

Cogió una red y la echó sobre la pareja aprisionándolos. Inmediatamente abrió la puerta de la jaula y, dejando libres a los hijos, metió en ella a

los padres. Los hijuelos salieron volando y en vano los padres esperaron su regreso.

Al cabo de un tiempo murió la pareja de hambre y dolor.

Alfonso Francia. "Educar con fábulas", p. 24

941. PARÁBOLA DEL MELOCOTÓN DE SECANO

El Reino de los Cielos se parece a esos melocotones de secano, que son más pequeños, más feos y menos presentables que los aguados melocotones del mercado. Por todas esas razones no pueden competir con ellos en precio y se venden por una nonada. Pero ¡qué sabrosos son!, ¡qué delicadamente dulces!, ¡qué insospechadamente gratificantes cuando se los muerde, no sin cierto cuidado, porque si el bocado es muy ávido, le entra a uno miedo de tropezar con el hueso!

El reino del capital se parece a uno de esos melocotones de cada día de cada verano, que son una maravilla de la técnica. Son preciosos, descomunales, tientan a los ojos con sus colores de lienzo de Sorolla, que sugieren la promesa de un nuevo festín de Babette. Su sola vista parece justificar aquel eslogan antiguo y cazaturistas de que "España ofrece calidad". Y, sobre todo, parece justificar cualquier precio que se pague por ellos. ¡Ellos sí que son un buen negocio!

Pero con ellos el festín se acaba a la hora de hincarles el diente: tienen figura y color suave y sugerencia, pero carecen de lo único decisivo: el buen sabor. El exceso de agua que los ha hinchado y los ha lavado, e invita a pagarlos sin temor y a morderlos sin miedo, debe ser el mismo que los ha vuelto insípidos. Están diciendo: "Págame y muérdeme", pero luego no saben a nada.

No saben a nada, claro; pero ¡éstos sí que son rentables! Mientras que lo del sabor es simplemente cuestión de tiempo: dentro de pocos años, las generaciones que suben ya se habrán acostumbrado, y ya no conocerán el sabor del melocotón de secano, ni siquiera del melocotón en general. No podrán comparar. Y donde no puede haber comparación tampoco puede haber sospecha, ni queja, ni protesta. ¡Ya veis qué sencillo resulta todo!

Quien tenga oídos para oír, que oiga.

942. EL PARAÍSO

En un sueño un ferviente discípulo del Talmud fue autorizado a acercarse al templo del Paraíso, donde los grandes sabios del Talmud pasaban su vida eterna. Vio que estaban sencillamente sentados alrededor de varias mesas estudiando el Talmud. El discípulo se preguntó: ¿Estoy de verdad en el Paraíso? De pronto oyó una voz: "Te equivocas. Los sabios no están en el Paraíso. El Paraíso está en ellos".

Manuel Sánchez Monge. "Parábolas como dardos", p. 59

943. PASARÁ

Un rey convocó a la corte a todos los magos del reino y les dijo: "Querría ser siempre un buen ejemplo para mis súbditos. Presentarme siempre como un hombre fuerte y seguro, sereno e impasible frente a las vicisitudes de la vida. Me ocurre a veces que me encuentro triste o deprimido por una mala noticia. Otras veces una alegría imprevista o un gran éxito me ponen en un estado de sobreexcitación anormal. Todo eso no me gusta. Me hace sentirme como una brizna que lleva el viento de la suerte. Fabricadme un amuleto que me proteja de esos estados de ánimo y estos cambios de humor".

Uno tras otro, los magos se echaron atrás. Sabían hacer amuletos de todas las clases para los incautos que se acercaban a pedirles ayuda, pero no era fácil engatusar a un rey. Y a un rey que, además, pretendía un amuleto de efecto tan difícil.

El rey estaba a punto de estallar de ira, cuando se adelantó un viejo sabio que dijo: "Majestad, mañana te traeré el anillo que buscas. Cada vez que lo mires, si estás triste te pondrás alegre y si te encuentras nervioso, podrás calmarte. Simplemente bastará que leas la frase mágica grabada en el anillo".

Al día siguiente, el sabio volvió y, en medio de un silencio general, ya que todos tenían curiosidad por conocer la frase mágica, alargó el anillo al rey.

El rey lo miró y leyó la frase grabada sobre el aro de plata: "También esto pasará".

José Joaquín Gómez Palacios. "Buenos días / 2". CCS. 1995"

944. EL PEQUEÑO PEZ

"Usted perdone", le dijo un pez a otro, "es usted más viejo y con más experiencia que yo y probablemente podrá ayudarme. Dígame: ¿dónde puedo encontrar eso que llaman Océano? He estado buscándolo por todas partes sin resultado".

"El Océano - respondió el viejo pez - es donde estás ahora mismo".

"¿Esto? Pero si esto no es más que agua... Lo que yo busco es el Océano", replicó el joven pez, totalmente decepcionado, mientras se marchaba nadando a buscar en otra parte.

Deja de buscar, pequeño pez. No hay nada que buscar. Sólo tienes que estar tranquilo, abrir tus ojos y mirar. No puedes dejar de verlo.

Anthony de Mello. "El canto del pájaro", p. 26

945. PERDÓN Y OLVIDO

Un cura estaba harto de una beata que todos los días le venía a contarle revelaciones que Dios personalmente le hacía. Semana tras se-

mana, la buena señora entraba en comunicación directa con el cielo y recibía mensaje tras mensaje. Y el cura, queriendo desmentarse de una vez lo que de superchería había en tales comunicaciones, dijo a la mujer: "Mira, la próxima vez que veas a Dios dile que, para que yo me convezca de que es Él quien te habla, te diga cuáles son mis pecados, esos que yo sólo conozco". Con esto, pensó el cura, la mujer se callará para siempre. Pero a los pocos días regresó la beata. "¿Hablaste con Dios". "Sí". "¿Y te dijo mis pecados?". "Me dijo que no me los podía decir porque los ha olvidado". Con lo que el cura no supo si las apariciones aquellas eran verdaderas. Pero supo que la teología de aquella mujer era buena y profunda: porque la verdad es que Dios no sólo perdona los pecados de los hombres, sino que una vez perdonados, los olvida. Es decir, los perdona del todo.

Manuel Sánchez Monge. "Parábolas como dardos", p. 107

946. LA PERLA

Dijo una ostra a otra: "Siento un gran dolor dentro de mí. Es pesado y redondo y me lastima".

Y la otra ostra replicó con arrogante complacencia: "Alabados sean los cielos y el mar. Yo no siento dolor dentro de mí. Me siento bien por dentro y por fuera".

En ese momento, un cangrejo que por allí pasaba escuchó a las dos ostras, y dijo a la que estaba bien por dentro y por fuera: "Sí, te sientes bien e intacta; mas el dolor que soporta tu vecina es una perla de inigualable belleza".

Kahlil Gibran. "Obras completas (tomo 2)"

947. EL PESCADOR SATISFECHO

El rico industrial se horrorizó cuando vio a un pescador del Sur tranquilamente recostado contra su barca y fumando su pipa.

"¿Por qué no has salido a pescar?", le preguntó el industrial.

"Porque ya he pescado bastante por hoy", respondió el pescador.

"¿Y por qué no pescas más de lo que necesitas?", insistió.

"¿Y qué iba a hacer con ello?", preguntó a su vez el pescador.

"Ganarías más dinero", fue la respuesta. "De ese modo podrías poner un motor a tu barca. Entonces podrías ir a aguas más profundas y pescar más peces. Entonces ganarías lo suficiente para comprarte unas redes con las que obtendrías más peces y más dinero. Pronto ganarías para tener dos barcas... y hasta una verdadera flota. Entonces serías rico, como yo?"

"¿Y qué haría entonces?", preguntó de nuevo el pescador.

"Podrías sentarte y disfrutar de la vida".

“¿Y qué crees que estoy haciendo en este preciso momento”, respondió el satisfecho pescador.

Anthony de Mello. “El canto del pájaro”, p. 171

948. PIDE LO QUE QUIERAS

Kapil Muni era pobre y desconocido antes de alcanzar la santidad que lo hizo querido y venerado en toda la India.

Su mujer le dijo un día: “Me he enterado de que el rey da una moneda de oro al brahmán que es el primero en bendecirle”.

Kapil fue a dormir a la puerta de palacio para ser el primero en cuanto amaneciera el día. A media noche le despertó la luna llena, creyó que era el sol, y se precipitó a la puerta. Los guardas lo apresaron como ladrón. El rey, sin embargo, al juzgarlo, creyó su historia y le dijo que pidiese lo que quisiera.

Kapil pensó: “Pediré la moneda de oro que me corresponde. O, ya que el rey me ofrece más, pediré cinco. No, diez. Mejor veinte para cubrir todo el año. O cien. Más seguro mil. Digamos cien mil para asegurar el porvenir de los hijos. Mejor aún un millón para vivir de los intereses. Pero el dinero solo no da seguridad. Ya que el rey no ha puesto límite a lo que puedo pedirle, le pediré la mitad de su reino. ¿Y por qué la mitad tan sólo? Le pediré el reino entero. Aunque eso no sería justo para con el rey que tan bien se porta conmigo. Mejor conformarme con la mitad del reino. Ahora que eso de la administración conllevaría muchas preocupaciones. Más vale dejarlo en dinero. Volvamos al millón de monedas de oro. Demasiado. La verdad es que con cien mil me basta y me sobra para mí y toda mi familia. Y también con mil. Para ser sincero voy a pedir sólo cien. O veinte. O diez. O cinco. Lo mejor será pedir honradamente una moneda de oro que es lo que me corresponde. ¿Y para qué necesito yo una moneda de oro? Mejor estoy como estoy”.

Cesó el deseo. Y Kapil alcanzó la iluminación.

Carlos G. Vallés

949. EL PRESO Y EL REY

En la cárcel se decía: “Un hombre está preso, pero todas y cada una de las noches sueña que es rey y vive con todas las comodidades de un rey; en cambio, muy lejos de la prisión, un rey tiene cada noche el sueño opuesto, es decir, que está preso y vive penado en la cárcel. ¿Quién será más feliz de los dos?” Y la respuesta: “En invierno el preso, en verano el rey”.

Bernardo Atxaga. “El hombre solo”. Ediciones B.

950. PROBAR POR UNO MISMO

Una compañía internacional pidió a un comerciante indio que le proporcionara muestras de frutas, incluyendo variedades para elegir a diferentes precios. Siguiendo sus indicaciones, preparó cinco cajas separadas, indicando el

comerciante a sus obreros que les colocaran las etiquetas.

Lamentablemente, los embaladores confundieron las etiquetas, por lo cual los precios y las calidades estaban mal indicados. Cuando los importadores abrieron las cajas y probaron las de “calidad excelente”, lo que probaron fue en realidad la calidad ínfima.

Sin inmutarse, sin embargo, declararon que eran deliciosamente dulces, a pesar de lo elevado del precio, que ellos estimaron excelente para aquella calidad. Decididamente harían un pedido grande.

Al probar la siguiente clase, que realmente eran bastante mejores, pusieron gesto de desagrado por lo ácido y convinieron en que la inferioridad estaba reflejada en el precio, mucho menor.

El resto, que contenía lo mejor, ni lo abrieron y lo arrojaron a un montón de basura.

Algunos pájaros, que observaban de lejos, bajaron enseguida y se dieron un festín: “¡Qué estúpidos son los humanos! ¿Es que no pueden probar por sí mismos la calidad en lugar de confiar en las etiquetas?”

Pedro Ribes. “Parábolas y fábulas...”, p. 81

951. PROGRESO

El maestro estaba escuchando a un afamado economista cómo explicaba sus ideas acerca del desarrollo. El economista defendía que lo más importante era el crecimiento económico y el bienestar. Porque todo crecimiento es bueno en sí mismo.

El maestro tomó la palabra: “Si su teoría fuese cierta, habría que admitir que es lo mismo que piensa la célula cancerosa: lo único importante es crecer, sin discernir el bien o el mal que se pudiera estar haciendo”.

Raúl Berzosa, “Parábolas para una nueva evangelización”, p. 192

952. LOS PUERCOESPINES

Es de noche y hace frío. Y en una gran extensión están unos puercoespines. Como hace frío, se acercan, y como se acercan, se pinchan. Y al hacerse daño, se separan. Y así sucesivamente.

Todo el juego de la vida consiste en encontrar la distancia que nos permite al mismo tiempo ayudarnos los unos a los otros y no hacernos daño los unos a los otros. Aceptar que el otro no sea yo, que posea caminos propios y, al mismo tiempo, no aceptar la separación: intentar vivir a dos.

Schopenhauer

953. ¡QUÉ DIFÍCIL ES EL PERDÓN!

Érase un rey que tenía tres hijos. Poseía además muchas riquezas. Sobre todo un brillante de valor extraordinario, admirado en el mundo entero. ¿Para quién sería aquel brillante al repartir la herencia? Su padre les sometió a una

prueba. Sería para el que realizase la mayor hazaña el día señalado... Al llegar la noche, cada uno relató los acontecimientos de la jornada.

El mayor había dado muerte a un dragón que sembraba el pánico por todo el reino. El segundo venció a diez hombres bien armados con una pequeña daga. El tercero dijo: "Salí esta mañana y encontré a mi mayor enemigo durmiendo al borde de un acantilado... y le dejé seguir durmiendo".

Entonces el rey se levantó de su trono, abrazó a su hijo menor y le entregó el brillante.

Manuel Sánchez Monge. "Parábolas como dardos", p. 116

954. ¡QUÉ MÁS QUIERES!

Un hombre se hallaba en el tejado de su casa durante unas inundaciones y el agua le llegaba ya a los pies. Poco después, pasó un individuo remando en una canoa, y le gritó: "¡Oiga! ¿Quiere que le lleve a un sitio más alto?".

"No, gracias", replicó el hombre. "Tengo fe en el Señor y Él me salvará".

Pasó el tiempo, y el agua le llegaba al hombre hasta la cintura. Entonces pasó por allí una lancha de motor. "¿Quiere que le lleve a un sitio más alto?", gritó el que la llevaba.

"No, gracias", respondió el hombre. "Tengo fe en el Señor, y Él me salvará".

Más tarde, cuando el nivel del agua llegaba ya al cuello del individuo, llegó un helicóptero. "¡Cójase a la cuerda!", gritó el piloto. "Yo le subiré".

"No, gracias", respondió el hombre por tercera vez. "Tengo fe en el Señor, y Él me salvará".

Desconcertado, el piloto dejó a aquel hombre en el tejado, casi cubierto por las aguas. Después de haber pasado horas allí, el pobre hombre no pudo resistir más, se ahogó, y fue a recibir su recompensa.

Mientras aguardaba ante las puertas del Paraíso, se halló frente al Creador, y se quejó de lo ocurrido: "Señor, yo tenía total fe en que Tú me salvarías, y me abandonaste. ¿Por qué?".

A lo cual replicó el Señor: "¿Qué mas quieres? ¡Te mandé dos lanchas y un helicóptero".

Johnny Hart

955. ¿QUÉ PIDE DIOS DE MÍ?

El viejo monasterio había sobrevivido a las diversas vicisitudes y pruebas de su ya larga historia. La fundación se remontaba a los tiempos en que la comarca estaba deshabitada, por tratarse de un terreno abrupto de difícil acceso. El núcleo de la población actual nació a la sombra del monasterio y se mantenía vinculado a él. Existía una mutua dependencia y complementación. En todo tiempo hubo jóvenes del pueblo que abrazaban la vida monacal. Los monjes, a

su vez, dedicaban generosos esfuerzos a cultivar el espíritu del pueblo.

Había destacada, en estas tareas, un anciano monje cuya larga vida de entrega a Dios y de atención a los demás era objeto de admiración común. Retirado de la actividad directa por su avanzada edad, aún era buscado por su don del consejo.

Hasta el venerado monje llegó un joven, atraído por la fama de su ciencia y virtud. Cuando estuvo ante él, le expuso:

- Deseo que me digas, con brevedad y sin palabras rebuscadas, qué es lo que Dios pide a cada uno; necesito saber qué quiere Dios de mí.

Responde el monje:

- Es muy sencillo. Jesús nos vino a mostrar, con su vida, y a decirnos lo que Dios quiere de nosotros: simplemente lo quiere todo.

Vidal Ayala. "La voz del bosque". PS.

956. RAÍCES

Un niño que jugaba con otros niños lo vio pasar y dejándolo todo se fue tras Él para escucharle. Y el Maestro señalándolo decía:

- Mirad que para él, aquello que deja es tan valioso como si vosotros dejarais vuestras casas y vuestras familias y todas vuestras posesiones.

Bienaventurados vosotros que podéis dejar porque tenéis y más bienaventurados aquellos que más tienen porque más pueden dejar.

Envidia os tiene la montaña, que no puede dejar de ser montaña para hacerse nube. Envidia os tiene el hermano árbol, que no puede ni por un instante dejar de ser árbol para hacerse águila. Y la hermana rosa, ¡cuánto daría por volar como una mariposa! Vosotros podéis dejar todo cuanto se os dio, para probaros.

Y cuando guardáis, no hacéis sino alargar las pruebas, hasta atrofiaros, como se atrofian los árboles viejos y echan raíces cada vez más profundas.

Cayetano Arroyo. "Diálogos con Abul-Beka",

957. RANA DEL POZO

En un pozo profundo vivía una colonia de ranas. Llevaban su vida, tenían sus costumbres, encontraban su alimento y croaban a gusto haciendo resonar las paredes del pozo en toda su profundidad. Protegidas por su mismo aislamiento, vivían en paz, y sólo tenían que guardarse del pozal que, de vez en cuando, alguien echaba desde arriba para sacar agua del pozo. Daban la alarma en cuanto oían el ruido de la polea, se sumergían bajo el agua o se apretaban contra la pared, y allí esperaban, conteniendo la respiración, hasta que el pozal lleno de agua era izado otra vez y pasaba el peligro.

Fue a una rana joven a quien se le ocurrió pensar que el pozal podría ser una oportunidad en lugar de un peligro. Allá arriba se veía algo así

como una claraboya abierta, que cambiaba de aspecto según fuera de día o de noche, y en la que aparecían sombras y luces y formas y colores que hacían presentir que allí había algo nuevo digno de conocerse. Y, sobre todo, estaba el rostro con trenzas de aquella figura bella y fugaz que aparecía por un momento sobre el brocal del pozo a arrojar el cubo y recobrarlo todos los días en su cita sagrada y temida. Había que conocer aquello.

La rana joven habló, y todas las demás se le echaron encima: "Eso nunca se ha hecho. Sería la destrucción de nuestra raza. El cielo nos castigará. Te perderás para siempre. Nosotras hemos sido hechas para estar aquí, y aquí es donde nos va bien y podemos ser felices. Fuera del pozo no hay más que destrucción absoluta. Que nadie se atreva a violar las sabias leyes de nuestros antepasados. ¿Es que una rana jovenzuela de hoy puede saber más que ellos?"

La rana esperó pacientemente la próxima bajada del pozo. Se colocó estratégicamente, dio un salto en el momento en que el pozo iba a ser izado y subió en él ante al asombro y el horror de la comunidad batracia. El consejo de ancianos excomulgó a la rana prófuga y prohibió que se hablara de ella. Había que salvaguardar la seguridad del pozo.

Pasaron los meses sin que nadie hablara de ella y nadie se olvidara de ella, cuando un buen día se oyó un croar familiar sobre el brocal del pozo, se agruparon abajo las curiosas y vieron recordada contra el cielo la silueta conocida de la rana aventurera. A su lado apareció la silueta de otra rana, y a su alrededor se agruparon siete pequeños renacuajos.

Todas miraban sin atreverse a decir nada, cuando la rana habló: "Aquí arriba se está maravillosamente. Hay agua que se mueve, no como allá abajo, y unas fibras verdes y suaves que salen del suelo y entre las que da gusto moverse, y donde hay muchos bichos pequeños muy sabrosos y variados, y cada día se puede comer algo diferente. Y luego hay muchas ranas de muchos tipos distintos, y son muy buenas, y yo me he casado con ésta que está aquí a mi lado, y tenemos siete hijos y somos muy felices. Y aquí hay sitio para todas, porque esto es muy grande y nunca se acaba de ver lo que hay allá lejos".

De abajo, las fuerzas del orden advirtieron a la rana que, si bajaba, sería ejecutada por alta traición; y ella dijo que no pensaba bajar, y que les deseaba a todas que lo pasaran bien, y se marchó con su compañera y los siete renacuajos.

Abajo en el pozo hubo mucho revuelo, y hubo algunas ranas que quisieron comentar la propuesta, pero las autoridades las acallaron en seguida, y la vida volvió a la normalidad de siempre en el fondo del pozo.

Al día siguiente, por la mañana, la niña de las trenzas rubias se quedó asombrada cuando, al

sacar el cubo con agua del pozo, vio que estaba lleno de ranas

Carlos García Valles. "Salió el sembrador..."

958. REGALO, NADA MÁS

Ayer me encontraba en la cocina preparando la cena. Entró mi hija mayor. Me dio un papel escrito. Apartando la comida del fuego y tomando el papel entre mis manos comencé a leer:

"Por haberme lavado los dientes toda la semana: 7 pesetas.
Por ir a comprar el pan: 3 pesetas.
Por traer el pan y la gaseosa: 4 pesetas.
Por cuidar el hermanito cuando saliste con papá al cine: 15 pesetas.
Por ir a buscar las quinielas: 7 pesetas.
Por tomarme las asquerosas medicinas: 14 pesetas.
Total: 50 pesetas.

Había terminado de leer. Ella estaba tan tranquila moviendo su bolígrafo entre los dientes. Mientras la miraba, algo me hizo sentir una profunda pena. Y al mismo tiempo una serie de recuerdos se agolparon en mi mente. Tomando el bolígrafo, di la vuelta al papel y comencé a escribir:

Por nueve meses que duró tu gestación: REGALO.
Por ese parto que ahora dicen sin dolor: REGALO.
Por las lágrimas que pude derramar: REGALO.
Por mis horas de desvelo e inquietud: REGALO.
Por los gastos de colegio y de profesor: REGALO.
Por los objetos que rompiste de valor: REGALO.
Por la ropa que te compro sin cesar: REGALO.
Por los chicles, golosinas y demás: REGALO.
Después de leer mi mensaje, tenía lagrimas en los ojos. Me abrazó muy fuerte y me dijo: "Mamá, te quiero mucho". Tomó el papel en mis manos y en grandes letras escribió: REGALO.

Regalo, regalo nada más, hija mía. Mi suma de amor te quiero regalar. Yo nunca me fijo en la suma. ¡Qué más da!

959. REGATEAR POR LA VIDA

En sus años jóvenes, el Maestro había viajado por todo el mundo. Hallándose una vez en el puerto de Sanghai, oyó un griterío cerca de su barco. Al mirar hacia allá, vio cómo un hombre, inclinado sobre la borda de un junco cercano, sujetaba por la coleta a otro hombre que se debatía frenéticamente en el agua.

El del junco sumergía al otro de vez en cuando en el agua y lo volvía a sacar. Luego discutían ambos durante un minuto, o algo así, hasta la siguiente zambullida.

El Maestro llamó entonces al grumete y le preguntó de qué discutían. El muchacho sonrió y

dijo: "No discuten, señor. El del junco le pide al otro sesenta yuans por no ahogarle, y éste sólo le ofrece cuarenta".

Tras las lógicas risas de los discípulos, el Maestro dijo: "¿Hay uno solo de vosotros que no ande regateando con la única Vida que hay?". Y todos guardaron silencio.

Anthony de Mello. "Un minuto para el absurdo".

960. SALVAR A UNO

- Con lograr salvar a un solo muchacho en esta institución ya habrán quedado justificados los gastos y esfuerzos que se invierten en una institución de este tipo - dijo un experto educador en el momento de inaugurar un reformatorio.

Posteriormente, un miembro de la junta directiva le dijo:

- ¿No ha estado usted ligeramente exagerado? ¿Cree de veras que el salvar a un solo muchacho justificaría todos los gastos y esfuerzos?

- ¡Si se tratara de mi hijo, sí! - fue la respuesta.

Anthony de Mello. "La oración de la rana. 2", p. 30

961. SANTO Y PECADOR

El maestro le pide al discípulo: "Encuétrame un santo. recorre toda la tierra y sus continentes, busca en rincones y cuevas si es necesario; tómate todo el tiempo que haga falta, pero al final trae a un verdadero santo a mi presencia".

El discípulo parte, busca, tarda en volver y, al fin, regresa solo. Y explica: "No lo encontré. Vi a grandes ascetas, pero me parecían cerrados en sí mismos; observé a quienes servían heroicamente al prójimo, pero percibí una sombra de vanidad en sus acciones; admiré oraciones encendidas, pero noté que el fervor no duraba en su firmeza. Ninguno me satisfizo del todo".

El Maestro cambia su mandato: "Búscame un pecador y tráelo a mi presencia".

El discípulo parte... y regresa nuevamente solo: "No encontré a un verdadero pecador. Unos hacían el mal, pero era por debilidad, no por maldad; otros no sabían lo que hacían; y otros hacían el mal creyendo que hacían el bien".

El Maestro concluye: "Y tú, ¿qué eres?"

Hay tanto de bueno en el peor y tanto de malo en el mejor que es absurdo condenar a nadie.

Carlos García Vallés

962. EL SECRETO DE LA FELICIDAD

Una niña caminaba por el bosque cuando vio una mariposa atrapada entre las zarzas. Con sumo cuidado para no romperle las alas, la liberó.

La mariposa, después de volar un rato, regresó y, de improvviso, se transformó en una preciosa hada que le dijo: "Para agradecer tu bondad, escucharé tu mayor deseo".

La niña reflexionó un instante y después respondió: "Quiero ser feliz".

Entonces el hada se inclinó sobre ella, le susurró algo al oído y desapareció.

La niña se convirtió en mujer y nadie en todo el país era más feliz que ella. Cuando le preguntaban el secreto de su alegría, se limitaba a sonreír y decía: "He seguido el consejo de una buena hada".

Pasaron los años y la niña se hizo vieja, pero era siempre la más dulce y feliz viejecita del país. Sus vecinos, y también sus nietos, temían que pudiese morir con ella el secreto de su felicidad. Le pidieron: "Revélanos qué te dijo el hada".

La deliciosa viejecita les respondió: "Me reveló que, incluso los que aparentan seguridad, todos tienen necesidad de mí".

Herminio Otero

Narraciones para la catequesis

963. EL SECRETO DEL PARAÍSO

Un samurai fuerte y corpulento fue a visitar a un pequeño monje: "Enséñame en qué consiste el cielo y el infierno".

El monje alzó los ojos para contemplar al imponente guerrero y le respondió con enorme desprecio: "¿Enseñarte a ti en qué consiste el cielo y el infierno? En verdad que no me sería posible enseñarte nada. Eres puerco y hediondo, eres una vergüenza, un flagelo para la casta los samurais. Apártate de mi vista, no puedo soportarte".

El samurai montó en cólera. Comenzó a temblar, el rostro encendido de rabia. no lograba decir una palabra. Desenvainó la espada y la puso en alto, dispuesto a acabar con la vida del monje.

- Eso es el infierno - murmuró el monje.

El samurai estaba confundido. ¡Cuánta compasión y rendimiento en este hombrecillo que había ofrecido la propia vida para darle esa enseñanza, para demostrarle lo que es el infierno! Lentamente bajó la espada, lleno de gratitud y de una paz inesperada.

- Y eso es el cielo - murmuró el monje.

Bruno Ferrero. "La silla vacía...", p. 34

964. SENDA ESTRECHA

En cierta ocasión previno Dios al pueblo de un terremoto que habría de tragarse las aguas de toda la tierra. Y las aguas que reemplazarían a las desaparecidas habrían de enloquecer a todo el mundo.

Tan sólo el profeta se tomó en serio a Dios. Transportó hasta la cueva de su montaña enormes recipientes de agua, de modo que no hubiera de faltarle el líquido elemento en los días de su vida.

Y efectivamente, se produjo el terremoto, desaparecieron las aguas y una nueva agua llenó los arroyos y los lagos y los ríos y los estanques. Algunos meses más tarde bajó el profeta de su montaña a ver lo que había ocurrido. Y era verdad: todo el mundo se había vuelto loco y le atacaba a él y no quería tener nada que ver con él. Y hasta se convenció de que era él el que estaba loco.

Así pues, el profeta regresó a su cueva de la montaña, contento por haber tenido la precaución de guardar agua. Pero, a medida que transcurría el tiempo, la soledad se le hacía insoportable. Anhelaba tener compañía humana. De modo que descendió de nuevo a la llanura. Pero nuevamente fue rechazado por la gente, tan diferente de él.

Entonces el profeta tomó su decisión: Tiró el agua que había guardado, bebió del agua nueva y se unió a sus semejantes en la locura.

Cuando buscas la Verdad, vas solo. La senda es demasiado estrecha para llevar compañía. Pero, ¿quién puede soportar semejante soledad?

Anthony de Mello. "El canto del pájaro", p. 120

965. LOS SENDEROS DE LA LUZ

Un día, al atardecer, un campesino se sentó a la puerta de su casa a tomar el fresco. Por ahí pasaba el camino en dirección al cercano pueblo.

Pasó un hombre, que al divisar al campesino sentado, pensó para sí: "Este hombre es un perezoso. No trabaja y se pasa el día sin hacer nada sentado a su puerta". Y siguió de largo.

Luego pasó otro caminante en dirección al pueblo, y al ver al campesino sentado, pensó para sí: "Ese hombre es un mujeriego. Está todo el día sentado junto al camino para ver pasar a las muchachas y alternar con ellas". Y siguió de largo.

Pasó otro viajero en dirección al pueblo, y al ver al campesino sentado a su puerta, pensó para sí: "Este hombre es muy trabajador. Ha trabajado duro todo el día, y ahora, al caer la tarde, se toma un merecido descanso". Y siguió su camino.

Enseñanza de la parábola: en realidad no podemos decir mucho del carácter y costumbres del campesino que se sentó a la puerta de su casa. Pero sí podemos decir algo de los tres hombres que pasaron por el camino: del primero podemos decir que era un perezoso, del segundo que era un mujeriego y del tercero que era un hombre muy trabajador.

De un apotegma de los Padres

966. LA SERPIENTE Y LA ABEJA

Iba una abeja volando por un campo lleno de flores y arbustos, se paró en uno de ellos y extrajo miel. Pasaba por allí una serpiente y se

acercó al mismo arbusto, mordió el tronco y sacó veneno.

Esto me hizo pensar que, de un libro lleno de ciencia leído por dos personas, una mala y la otra buena, pueden sacar la buena miel, es decir lo bueno del libro, y la mala el veneno.

De lo que se deduce que todo depende de las buenas o las malas intenciones con que se miran y hacen las cosas. O dicho de otro modo: el malo lo malo ve, y el bueno ve lo bueno.

Alfonso Francia. "Educar con fábulas", p. 86

967. SÍSIFO

Los dioses habían condenado a Sísifo a hacer rodar una roca hasta la cima de una montaña, llegada a la cual, la piedra volvía a caer por su propio peso. Pensaron, y con razón, que no existe castigo más doloroso que el trabajo inútil y sin esperanza ninguna... Ver todo el esfuerzo en tensión para elevar la enorme piedra, hacerla rodar y ayudarla a vencer la fuerza de gravedad de una pendiente, cien veces bajada y subida; ver el rostro crispado con la mejilla pegada contra la piedra...

Y al final de cada largo esfuerzo, medido por el cielo y el tiempo sin profundidad, tener la esperanza de lograr la meta. Una vez allí, Sísifo ve la piedra descender de nuevo, rápidamente, en unos instantes, hacia ese mundo inferior de donde es necesario elevarla otra vez hacia las cimas. Vuelta a descender a las llanuras. Esa misma lucha hacia las cumbres basta para llenar un corazón de hombre. Pensemos que Sísifo era dichoso.

Nota.- La acción tiene valor en sí. Es lo que exalta el mito. Permite al hombre la satisfacción de desarrollarse. Pero le falta algo muy humano: saber por qué lucha.

968. SOLIDARIDAD

Estaba un día Diógenes plantado en la esquina de una calle riendo como un loco.

"¿De qué te ríes?", preguntó un transeúnte.

"De lo necio que es el comportamiento humano", respondió.

"¿Ves esa piedra que hay en medio de la calle? Desde que llegué esta mañana diez personas han tropezado con ella y la han maldecido, pero ninguna de ellas se ha tomado lo molestia de retirarla para que no tropezaran otros con ella".

Raúl Berzosa, "Parábolas para una nueva evangelización", p. 109

969. EL SUFRIMIENTO

Un discípulo preguntó al maestro:

- ¿Por qué los buenos sufren más que los malos?.

El maestro respondió:

- Una vez un ciudadano tenía dos vacas, una robusta y otra débil. ¿A cuál puso el yugo?

- Ciertamente a la fuerte, respondió el discípulo.

Concluyó el maestro:

- Así hace el Misericordioso: para que el mundo siga adelante, pone el yugo a los buenos.

Anónimo judío. "Parábolas para una nueva evangelización", p. 73

970. EL TALISMÁN

En premio a sus servicios al maestro, el joven recibió un talismán con el que podría lograr todo lo que deseara. Sólo tenía que tener cuidado de cumplir con las condiciones que imponía su uso. Podía usarse sólo para algo importante, algo que no hiciera daño a nadie sino bien a todos, y algo que él no pudiera obtener por sus propias fuerzas. Con esas condiciones quedaba garantizada la fuerza del talismán y el efecto inmediato.

El joven lo guardó celosamente y esperó la ocasión de usarlo. Pensó en dinero, pero eso lo podía ir consiguiendo él mismo poco a poco; pensó en el amor de una joven, pero comprendió que era mucho más noble ganarle el corazón con su propia bondad y cariño; pensó en viajar por todo el mundo, pero supo que también eso entraba dentro de sus propias fuerzas si realmente lo deseaba.

Al fin cayó descubrió el verdadero mensaje del talismán. Hacerle caer en la cuenta de lo que verdaderamente deseaba y hacerle extremar sus esfuerzos pues, bien pensado, siempre estaba a su alcance lo que realmente deseaba, y era mucho más satisfactorio lograrlo con su propio esfuerzo que no con la magia de un talismán extraño. El talismán tenía su fuerza en no ser usado. En hacer reflexionar ante cada crisis. En sacar a flote las fuerzas ocultas que siempre son más de las que creemos tener. En entregarnos al máximo y hacer todo lo que está en nuestra mano antes de pedir ayuda ajena. En descubrirnos a nosotros mismos.

Por eso se trata de un talismán que todos hemos recibido. Ahora nos toca usarlo... sin usarlo.

Carlos G. Vallés
Vida Nueva nº 2051 de julio 1996

971. EL TAPARRABOS

Un gurú quedó tan impresionado por el progreso espiritual de su discípulo que, pensando que ya no necesitaba ser guiado, le permitió independizarse y ocupar una pequeña cabaña a la orilla del río.

Cada mañana, después de efectuar sus abluciones, el discípulo ponía a secar su taparrabos, que era su única posesión. Pero un día quedó consternado al comprobar que las ratas lo habían hecho trizas. De manera que tuvo que mendigar entre los habitantes de la aldea para conseguir otro. Cuando las ratas también destrozaron éste, decidió hacerse con un gato, con lo cual dejó de tener problemas con las ratas, pero, además de mendigar para su propio sus-

tento, tuvo que hacerlo para conseguir leche para el gato.

"Eso de mendigar es demasiado molesto", pensó, "y demasiado oneroso para los habitantes de la aldea. Tendré que hacerme con una vaca". Y cuando consiguió la vaca, tuvo que mendigar para conseguir forraje. "Será mejor que cultive el terreno que hay junto a la cabaña", pensó entonces. Pero también aquello demostró tener sus inconvenientes, porque le dejaba poco tiempo para la meditación. De modo que empleó a unos peones que cultivaran la tierra por él. Pero entonces se le presentó la necesidad de vigilar a los peones, por lo que decidió casarse con una mujer que hiciera esa tarea. Naturalmente, antes de que pasara mucho tiempo se había convertido en uno de los hombres más ricos de la aldea.

Años más tarde, acertó a pasar por allí el gurú, que se sorprendió al ver una suntuosa mansión donde antes se alzaba la cabaña. Entonces le preguntó a uno de los sirvientes: "¿No vivía aquí un discípulo mío?"

Y antes de que obtuviera respuesta, salió de la casa el propio discípulo. "¿Qué significa todo esto, hijo mío?", preguntó el gurú.

"No va usted a creerlo, señor", respondió éste, "pero no encontré otro modo de conservar mi taparrabos".

Así crecen las organizaciones espirituales.

Anthony de Mello. "La oración de la rana (1º tomo)", p. 110

972. EL TAPIZ MARAVILLOSO

Un buen hombre recibió una carta de un amigo. Le comunicaba que le iba a regalar un hermoso tapiz. Era precioso, le decía, y hacía los mayores elogios del tapiz precioso que iba a recibir todo él bordado en oro, representaba primorosamente unas escenas bellísimas de cacería, los colores estaban perfectamente conseguidos. Su valor, en una palabra, era incalculable.

A los pocos días llamaron a su puerta para entregarle el tapiz.

Lo desembaló a toda prisa, y al verlo, no pudo menos de sentirse defraudado. Aquello no era sino un montón de hilos mal distribuidos sin formar dibujo alguno inteligible. Aquí y allá se veían nudos empalmados de cualquier manera. Por ningún sitio veía aquellas maravillosas escenas de cacería de que le había hablado. ¿No será fruto de la imaginación de mi amigo?, llegó a pensar. ¡Tantos elogios para tan poca cosa!

De repente, y casi sin advertirlo, dio la vuelta al regalo y respiró aliviado. Desgraciadamente lo había estado mirando del revés. Ahora sí pudo admirar los riquísimos matices de los colores, las bellas escenas representadas... En fin, le pareció que su amigo se había quedado corto en las alabanzas.

Así nos ocurre a nosotros con el dolor. Depende de por dónde lo miremos. Mirado del lado de acá nos parece un sinsentido, un absurdo. Visto desde los ojos de Dios puede convertirse en una ocasión maravillosa para encontrarnos con lo mejor de nosotros mismos, con los demás y con el mismo Dios.

Manuel Sánchez Monge. "Parábolas como dardos", p. 217

973. TE AYUDARÉ SIEMPRE ASÍ

En el patio de recreo de un centro de recuperación para poliomelíticos, un niño de siete años acaba de caer al suelo y lucha por levantarse. Los músculos de sus piernas están atrofiados y agarrados por la terrible enfermedad y se retuerce en el suelo buscando una posición que le permita utilizar las fuerzas intactas de sus brazos, para poder incorporarse.

El educador pasa en esos momentos por allí y el niño, al verlo, abandona el esfuerzo y le tiende la mano gritándole: "Levántame". Pero el educador se le aproxima sonriendo y le responde: "No, Juanito, levántate tú". El niño tiene un arrebato de cólera, golpea el suelo con los puños, pero el educador no cede. Entonces, calmado ya, reanuda su esfuerzo. Poco a poco, encuentra una forma de equilibrio irguiéndose por atrás y apoyándose en los brazos muy despacio, se levanta y se mantiene de pie. Su cara se dilata en una inmensa alegría y arrojándose en brazos del educador le grita: "Tú no me has ayudado, ¿eh? Tienes que decirselo a los demás... que tú no me has ayudado, que lo he hecho yo solo". Pero después, un poquito después reflexiona un poco y añade: "Sí, a pesar de todo, tú me has ayudado...". El otro le responde: "Te ayudaré siempre así".

Jean Le Du

974. TE HICE A TI

Un hombre que paseaba por el bosque vio a un zorro que había perdido sus patas, por lo que el hombre se preguntaba cómo podría sobrevivir. Entonces vio llegar a un tigre que llevaba una presa en su boca. El tigre ya se había hartado y dejó el resto de la carne para el zorro.

Al día siguiente, Dios volvió a alimentar al zorro por medio del mismo tigre.

En hombre comenzó a maravillarse de la gran bondad de Dios y se dijo:

- Voy también yo a quedarme en un rincón, confiando en el Señor, y Éste me dará cuanto necesito.

Así lo hizo durante muchos días. Pero no sucedía nada. El pobre hombre estaba casi a las puertas de la muerte cuando oyó una voz que le decía:

- Oh tú, que te hallas en la senda del error, abre los ojos a la verdad. Sigue el ejemplo del tigre y deja de imitar al pobre zorro mutilado.

Luego, el hombre vio a una niña aterida y tiritando de frío dentro de un ligero vestido y con pocas perspectivas de conseguir una comida decente. Se encolerizó y le dijo a Dios:

- ¿Por qué permites estas cosas? ¿Por qué no haces nada para solucionarlo?

Durante un rato, Dios guardó silencio. Pero aquella noche, de improviso, le respondió:

- Ciertamente que he hecho algo. Te he hecho a ti.

Manuel Sánchez Monge. "Parábolas como dardos", p. 191

975. TODO ES RELIGIÓN

Un predicador norteamericano preguntó al camarero de un restaurante de Pekín qué era la religión para los chinos.

El camarero le hizo salir a la terraza y le preguntó: "¿Qué es lo que usted ve desde aquí, señor?"

"Veo una calle y unas casas, gente que pasea y autobuses y taxis que circulan".

"¿Y qué más?"

"Árboles".

"¿Qué más?"

"Está soplando el viento..."

El chino extendió sus brazos y exclamó: "¡Eso es la religión, señor!"

¡Lo buscas como quien busca la visión con los ojos abiertos! Es tan evidente que es difícil buscarlo.

Anthony de Mello. "La oración de la rana (2º tomo)", p. 102

976. TONELADA DE ARROZ

"Una mujer que deseaba vivamente encontrar la paz en medio de sus quehaceres domésticos de esposa y madre, acudió al sabio Yang Zhu y le rogó le instruyera lo más rápidamente posible para alcanzar la iluminación enseguida y poder volver a su hogar con el ánimo ecuánime, ya que tenía plena fe en que, una vez liberada su mente de la ilusión que es la vida, podría dedicarse plenamente a sus deberes sin que éstos turbaran en manera alguna su espíritu. sabía que esto era así, y estaba dispuesta a hacer todo lo que se le dijera para llegar a la liberación interior en el breve tiempo de que disponía.

El sabio respondió: "Genuino es tu deseo, y ésa es la primera gran condición para alcanzar el fruto del espíritu. Pero también hace falta cierta instrucción y ciertas prácticas que puedo ir enseñándote poco a poco en ratos breves, según tengas tiempo para venir a verme. Junto con el gran deseo, la gran paciencia es también requisito indispensable para la iluminación. Me has dicho que tienes un hijo. En toda su vida tu hijo llegará a comerse una tonelada de arroz. Pero ¿qué pasaría si le haces comerse todo ese

arroz de una vez? No le haría bien, sino daño. Aprende a tener gran deseo y ninguna prisa. Vuelve aquí cuando lo desees”.

Carlos García Valles. “Salió el sembrador...”

977. UNO DE VOSOTROS ES EL MESÍAS

El gurú, que se hallaba meditando en su cueva del Himalaya, abrió los ojos y descubrió, sentado frente a él, a un inesperado visitante: el abad de un célebre monasterio.

“¿Qué deseas?”, le preguntó el gurú.

El abad le contó una triste historia. En otro tiempo, su monasterio había sido famoso en todo el mundo occidental, sus celdas estaban llenas de jóvenes novicios, y en su iglesia resonaba el armonioso canto de sus monjes. Pero habían llegado malos tiempos: la gente ya no acudía al monasterio a alimentar su espíritu, la avalancha de jóvenes candidatos había cesado y la iglesia se hallaba silenciosa. Sólo quedaban unos pocos monjes que cumplían triste y rutinariamente sus obligaciones. Lo que el abad quería saber era lo siguiente: “¿Hemos cometido algún pecado para que el monasterio se vea en esta situación?”

“Sí”, respondió el gurú, “un pecado de ignorancia”.

“¿Y qué pecado puede ser éste?”

“Uno de vosotros es el Mesías disfrazado, y vosotros no lo sabéis”. Y dicho esto, el gurú cerró sus ojos y volvió a su meditación.

Durante el penoso viaje de regreso a su monasterio, el abad sentía cómo su corazón se desbocaba al pensar que el Mesías había vuelto a la tierra y había ido a parar justamente a su monasterio. ¿Cómo no había sido él capaz de reconocerle? ¿Y quién podría ser? ¿Acaso el hermano cocinero? ¿El hermano sacristán? ¿El hermano administrador? ¿O sería él, el hermano prior? ¡No, él no! Por desgracia, él tenía demasiados defectos...

Pero resulta que el gurú había hablado de un Mesías “disfrazado”... ¿No serían aquellos defectos parte de su disfraz? Bien mirado, todos en el monasterio tenían defectos... ¡y uno de ellos tenía que ser el Mesías!

Cuando llegó al monasterio, reunió a los monjes y les contó lo que había averiguado. Los monjes se miraban incrédulos unos a otros: ¿el Mesías... aquí? ¡Increíble! Claro, que si estaba disfrazado... entonces, tal vez... ¿Podría ser éste... o aquél?

Una cosa era cierta: si el Mesías estaba allí disfrazado, no era probable que pudieran reconocerle. De modo que empezaron todos a tratarse con respeto y consideración. “Nunca se sabe”, pensaba cada cual para sí cuando trataba con otro monje, “tal vez sea éste...”

El resultado fue que el monasterio recobró su antiguo ambiente de gozo desbordante. Pronto

volvieron a acudir docenas de candidatos pidiendo ser admitidos en la Orden, y en la iglesia volvió a escucharse el jubiloso canto de los monjes, radiante del espíritu de Amor.

¿De qué sirve tener ojos si el corazón está ciego?

Anthony de Mello. “La oración de la rana (1º tomo)”, p. 58

978. LA VANIDAD

Érase una vez un científico que descubrió el arte de reproducirse a sí mismo tan perfectamente que resultaba imposible distinguir al original de la reproducción. Un día se enteró de que andaba buscándole el Ángel de la Muerte, y entonces hizo doce copias de sí mismo. El ángel no sabía cómo averiguar cuál de los trece ejemplares que tenía ante sí era el científico, de modo que los dejó a todos en paz y regresó al cielo.

Pero no por mucho tiempo, porque, como era un experto en la naturaleza humana, se le ocurrió una ingeniosa estratagema. Regresó de nuevo y dijo: “Debe ser usted un genio, señor, para haber logrado tan perfectas reproducciones de sí mismo. Sin embargo, he descubierto que su obra tiene un defecto, un único y minúsculo defecto”.

El científico pegó un salto y gritó: “¡Imposible! ¿Dónde está el defecto?”

“Justamente aquí”, respondió el ángel mientras tomaba al científico de entre sus reproducciones y se lo llevaba consigo.

Anthony de Mello. “La oración de la rana (1º tomo)”, p. 185

979. LA VECINA DESALIÑADA

Una mujer se quejaba ante una amiga que había ido a verla de lo desaliñada y poco cuidada que era una vecina suya. “¡Tendrías que ver cómo lleva de sucios a los niños... y cómo tiene la casa! Es una auténtica desgracia tener que vivir con semejante vecindario... Echa una mirada a la ropa que tiene tendida en el patio: fíjate en las manchas negras que tienen esas sábanas y esas toallas...”

La amiga se acercó a la ventana, miró hacia afuera y dijo: “A mí me parece que esa ropa está perfectamente limpia, querida. Lo que tiene manchas son tus cristales”.

Anthony de Mello. “La oración de la rana (2º tomo)”, p. 154

980. EL VENDEDOR DE GLOBOS

Un niño negro contemplaba extasiado al vendedor de globos en la feria, el cual era, evidentemente un excelente vendedor: en un determinado momento soltó un globo rojo, que se elevó por los aires, atrayendo a una multitud de posibles clientes. Luego soltó un globo azul, después uno amarillo, a continuación un globo

blanco. Todos ellos remontaron el vuelo hacia el cielo hasta que desaparecieron.

El niño negro, sin embargo, no dejaba de mirar un globo negro que el vendedor no soltaba en ningún momento. Finalmente le preguntó: "Señor, si soltara usted el globo negro, ¿subiría tan alto como los demás?"

El vendedor sonrió compasivamente al niño, soltó el cordel que tenía sujeto el globo negro y, mientras éste se elevaba hacia lo alto, dijo: "No es el color lo que hace subir, hijo. Es lo que hay dentro".

981. VER AL CREADOR

Un filósofo dijo a un anacoreta:

- Hazme ver tu Dios.

El anacoreta respondió:

- Alza los ojos y mira al cielo: Dios está allí.

El filósofo alzó los ojos y resultó deslumbrado por la luz del sol.

Entonces el anacoreta contestó:

Tú me pides ver a Dios y no eres capaz siquiera de soportar el resplandor de una criatura suya.

Anónimo judío.

982. LA VERDAD OS HARÁ LIBRES

Un joven se lanzó en busca de la Verdad. Deseaba encontrarla costase lo que costase y estuviese donde estuviese. Donde preguntaba, siempre le decían que más allá, que más arriba, que más lejos. Atravesó ríos, cruzó ríos, escaló montañas. Y por fin, en un pico del Himalaya, en una cueva escondida, entre hielos y nieves, encontró a la Verdad. Era una anciana decrepita con un solo diente en la boca, rostro con más arrugas que piel, y lacios cabellos blancos sobre sus hombros. Pero era la Verdad, y su voz clara y firme daba testimonio a su saber de todo lo que había sucedido desde el principio del mundo.

El joven comenzó a preguntarle sobre todas las dudas que tenía, que eran muchas; y a todas contestó la Verdad con certeza indudable. Le preguntó si los gobernantes decían la verdad. (No). Si su mujer le engañaba. (Lo mismo que él a ella). Si el pelo de su vecino era postizo. (Sí). Si los quitamanchas quitan las manchas de verdad. (No). Y así siguió preguntando sobre todo lo que se le ocurrió preguntar, y recibió siempre la respuesta definitiva y clara a cada pregunta. Durante un año y medio estuvo preguntando, hasta que se le acabaron las preguntas y se dispuso a despedirse. Preguntó a la dama: "¿Y deseáis que les diga de vos a los hombres y mujeres de allá abajo?" A lo cual ella sonrió con viveza: "Decidles que soy joven y hermosa". Y sonrió con su único diente. ¡La Verdad miente! ¡Oh liberación de liberaciones!

Carlos G. Vallés

Vida Nueva nº 2.083 de marzo del 97

983. VERDADERA ESCUELA

Un conejo, un pájaro, un pez, una ardilla, un pato y otros animales, decidieron fundar una escuela. Todos se pusieron a discutir qué es lo que se debía enseñar. El conejo insistía en que la carrera debía figurar como asignatura. Lo mismo hizo el pájaro con el vuelo, el pez con la natación y la ardilla con la trepa de árboles. Todos los demás animales querían también que sus respectivas especialidades constasen en el repertorio de disciplinas. Hecho de este modo, cometieron el error garrafal de que todos los animales habían de seguir todos los cursos.

El conejo se comportó magníficamente en la carrera; ningún otro podía correr como él. Pero se dijeron que enseñar a volar era algo positivo, intelectual y emocionalmente. Por tanto, se empeñaron en que el conejo aprendiese a volar. Le pusieron sobre una rama y exclamaron: "Vuela, conejo". Y el pobre animal saltó al vacío y se rompió la pata. Como consecuencia de la caída ni siquiera pudo ya correr bien. En vez de sobresaliente en carrera, sólo obtuvo un aprobado, y en vuelo le suspendieron. El comité de estudios seguía entusiasmado.

Con el pájaro ocurrió algo parecido: volaba a su antojo, por lo que era candidato seguro al sobresaliente. Pero quisieron que el pájaro excavara agujeros como el topo. Naturalmente se quebró las alas y el pico, por lo que no pudo ya volar satisfactoriamente.

F. Basaglia. "Vivir, amar y aprender".

984. VERÉIS LO QUE SOIS

Un pajarillo me dijo un día: "He volado y volado buscando las alas que me hacen volar y la fuerza que me mueve, y no la encuentro".

Y yo respondí: "Hermano mío, también el hombre anda buscando su camino y la fuerza que lo hace andar y no se da cuenta que es "él mismo".

Y una palmera que nos escuchaba dijo: "Dejaos de filosofar y tomad mi ejemplo. Cada ser es lo que da. Mirad lo que dais y veréis lo que sois".

Y después miré hacia arriba y vi que muchos pajarillos dormían en su seno.

Cayetano Arroyo. "Diálogos con Abul-Beka"

985. LA ZANAHORIA ES MÍA

Una anciana falleció y fue llevada por los ángeles ante el Tribunal. Pero, al examinar su historial, el Juez descubrió que aquella mujer no había realizado un solo acto de caridad, a excepción de cierta ocasión en que había dado una zanahoria a un mendigo famélico.

Sin embargo, es tan grande el valor de un simple acto de amor que se decretó que la mujer fuera llevada al cielo por el poder de aquella zanahoria. Se llevó la zanahoria al tribunal y le fue entregada a la mujer. En el momento en que ella tomó en su mano la zanahoria, ésta empezó

a subir como si una cuerda invisible tirara de ella. llevándose consigo a la mujer hacia el cielo.

Entonces apareció un mendigo, el cual se agarró a la orla del vestido de la mujer y fue elevado junto con ella; una tercera persona se agarró al pie del mendigo y también se vio transportado. Pronto se formó una larga hilera de personas que eran llevadas al cielo por aquella zanahoria. Y, por extrañamiento que pueda parecer, la mujer no sentía el peso de todas aquellas personas que ascendían con ella; y además, como ella no dejaba de mirar al cielo, ni siquiera las veía.

Siguieron subiendo y subiendo, hasta llegar prácticamente a las puertas del cielo. Entonces la mujer miró para abajo, para echar una última ojeada a la tierra, y vio toda aquella hilera de personas detrás de ella.

Aquello la indignó y, haciendo un imperioso ademán con su mano, gritó: "¡Fuera! ¡Fuera todos de aquí! ¡Esta zanahoria es mía!

Pero, al hacer aquel imperioso gesto, soltó la zanahoria por un momento... y se precipitó con todos hacia abajo.

Hay un solo motivo de todos los males de la tierra: "¡Esto me pertenece!".

Anthony de Mello. "La oración de la rana (1º tomo)", p. 187

986. LA ENCINA INÚTIL

Érase una vez un carpintero que caminaba por el monte con uno de sus aprendices. Les llamó la atención una gran encina, rugosa, enorme, añosa, espléndida. Y el carpintero preguntó al aprendiz:

- ¿Sabes por qué este árbol es grande, tan rugoso, tan añoso y espléndido?

- No lo sé. ¿Por qué?

- Porque es inútil, respondió el carpintero. Si la encina hubiese sido útil ya hace tiempo que la hubieran cortado para hacer mesas y sillas. Por el hecho de ser inutilizable ha podido ser tan grande y hermosa que uno puede sentarse y descansar a su sombra.

Misión Abierta nº 6 de junio del 97

987. PARTIR ES LLEGAR

Un cuento de Frank Kafka:

"Ordené que trajeran mi caballo del establo. El criado no me entendió, así que fui yo mismo. Ensilé el caballo y lo monté. A la distancia oí el sonido de una trompeta y pregunté al mozo su significado. Él no sabía nada; no había oído sonido alguno. En el portón me detuvo y me preguntó: "¿Hacia dónde cabalga, señor?" – "No lo sé", respondí, "sólo quiero partir". – "¿Entonces conoce usted la meta?", preguntó él. – "Sí", contesté, "ya te lo he dicho. Partir es mi meta".

Partir es la meta. El futuro es el presente. El sonido de la trompeta ha llegado al oído, y en eso no está todo. La esencia es partir. Dar el

primer paso. Abrir el establo. Montar en el caballo. Si nos paramos a preguntar, no saldremos nunca. Y si nunca salimos, nunca llegaremos. No hace falta mapas, ni itinerarios, ni brújulas. Hace falta fe para salir de casa y alegría para lanzarse al camino. La meta era salir. Ya hemos salido. Ahora cada paso será otra meta, cada encrucijada será un comienzo, cada principio será un fin. Salir es llegar.

El diálogo insistente retrasa al viajero. ¿A dónde vas? ¿Cuál es la meta? ¿Cuándo llegarás? ¿Cuándo volverás? Quien se para a responder estas preguntas se envuelve en la duda y se le paraliza el caballo. Es decir, se le paraliza la mente. Por tener que detallar a dónde llegar le resulta por fin imposible el partir. Las garantías matan la aventura. La seguridad ahoga el entusiasmo. La necesidad de la certeza no permite desplegar las alas de la posibilidad. La tiranía del fin anula los medios.

El criado del establo no había oído la trompeta.

Carlos G. Vallés. Vida nueva nº 2103 de septiembre 97

988. ESTAR UNIDOS

Los hijos de un labrador estaban peleados. Éste, a pesar de sus muchas recomendaciones, no conseguía con sus argumentos hacerles cambiar de actitud. Decidió que había que conseguirlo con la práctica. Les exhortó a que le trajeran un haz de varas. Cuando hicieron lo ordenado, les entregó primero las varas juntas y mandó que las partieran. Aunque se esforzaron no pudieron; a continuación, desató el haz y les dio las varas una a una. Al poderlas romper así fácilmente dijo: "Pues bien, hijos, también vosotros, si conseguís tener armonía seréis invencibles ante vuestros enemigos, pero si os peleáis, seréis una presa fácil".

Esopo

989. SOLIDARIDAD CON EL FUTURO

El sultán sale una mañana rodeado de su fastuosa corte. Al poco de salir encuentran a un campesino que planta afanoso una palmera. El sultán se detiene al verlo y le pregunta asombrado:

- Anciano, ¿plantas esta palmera y no sabes quién comerá su fruto... Muchos años necesitas para que madure y tu vida se acerca a su término.

El anciano lo mira bondadosamente y luego le contesta:

- ¡Oh, sultán! Plantaron y comimos; plantemos para que coman.

El sultán se admira de tan grande generosidad y le entrega cien monedas de plata, que el anciano toma haciendo una reverencia, y luego dice:

- ¿Has visto, oh rey, cuán pronto ha dado fruto la palmera?

Más asombrado, el sultán, al ver cómo tiene sabia salida para todo un hombre del campo, le entrega otras cien monedas.

El ingenioso anciano las besa y luego contesta prontamente:

- ¡Oh, sultán!, lo más extraordinario de todo es que generalmente una palmera sólo da fruto una vez al año y la mía me ha dado dos en menos de una hora.

Maravillado está el sultán con esta nueva salida, ríe y exclama dirigiéndose a sus acompañantes:

- Vamos pronto. Si estamos aquí un poco más de tiempo este buen hombre se quedará con mi bolsa a fuerza de ingenio.

Carolina Toval

990. EL CUERVO Y LA ZORRA

Un cuervo que había robado un trozo de carne se posó en un árbol. Y una zorra, que lo vio, quiso adueñarse de la carne, se detuvo y comenzó a exaltar sus proporciones y belleza, le dijo además que le sobraban méritos para ser el rey de las aves y, sin duda, podría serlo si tuviera voz. Pero al querer demostrar la a la zorra que tenía voz, dejó caer la carne y se puso a dar grandes graznidos. Aquélla se lanzó a arrebatar la carne y dijo: "Cuervo, si también tuvieras juicio, nada te faltaría para ser el rey de las aves".

Esopo

991. EL PASTOR BROMISTA

Un pastor que llevaba su rebaño bastante lejos de la aldea, se dedicaba a hacer la siguiente broma: se ponía a gritar a los aldeanos diciendo que unos lobos atacaban a sus ovejas. Dos o tres veces los de la aldea se asustaron y acudieron corriendo, volviéndose después burlados; pero al final ocurrió que los lobos se presentaron de verdad. Y mientras su rebaño era saqueado, gritaba pidiendo auxilio, pero los de la aldea, sospechando que bromeaba según tenía como costumbre, no se preocuparon. Y así ocurrió que se quedó sin ovejas.

La fábula muestra que los mentirosos sólo ganan una cosa: no tener crédito aun cuando digan la verdad.

Esopo

992. LA MANTA

Un padre casó a su hijo y le donó toda su fortuna. Se quedó a vivir el padre con los recién casados y así pasaron dos años al cabo de los cuales nació un hijo del matrimonio.

Fueron luego sucediéndose los años. El abuelo no podía ya andar sino apoyándose en su bastón y se sentía sucumbir bajo la aversión de la nuera. Ésta decía constantemente a su marido:

"Me voy a morir pronto si tu padre continúa viviendo con nosotros".

El marido fue donde su padre y le dijo: "Tienes que irte. Ya te hemos mantenido durante muchos años".

La respuesta del padre fue: "¡Que Dios te bendiga, hijo mío! Me voy, pero al menos dame una manta para abrigarme pues estoy muerto de frío".

El marido llamó a su hijo, que todavía era un niño: "Baja al establo y dale a tu abuelo una manta de los caballos para que tenga con qué abrigarse".

El niño bajó al establo con su abuelo, escogió la mejor manta, la dobló por la mitad y, haciendo el abuelo sostuviera uno de los extremos, comenzó a cortarla sin hacer caso a lo que el anciano tristemente le decía: "¿Qué haces, niño? Tu padre te ha mandado que me la dices entera. Voy a quejarme a él".

"Haz como quieras", contestó el muchacho.

El abuelo salió del establo y, buscando a su hijo, le dijo: "Mi nieto no ha cumplido tu orden: no me ha dado más que la mitad de una manta".

El padre ordenó al muchacho: "Dásela por entero".

"No, por cierto", contestó el rapaz. "La otra mitad la guardo para dárosela a vosotros cuando yo sea mayor y os arroje de mi casa".

El padre, al oír esto, llamó al abuelo que ya se marchaba: "¡Volved, padre mío! Os hago dueño y señor de mi casa. No comeré un pedazo de carne si que vos hayáis comido otro. Tendréis un buen aposento, un buen fuego, vestidos como los que yo llevo...".

Y el buen anciano lloró sobre la cabeza de su hijo arrepentido.

Carolina Toval

993. LA RESPONSABILIDAD ES DE TODOS

Éste es un cuento sobre Gente llamada Todos, Alguien, Cualquiera y Nadie. Había que hacer un trabajo importante y Todos estaban seguros de que Alguien lo iba a hacer. Cualquiera lo podría haber hecho, pero Nadie lo hizo. Alguien se enojó por esto, porque era el trabajo de Todos. Cada uno pensó que Cualquiera lo podría hacer, pero Nadie se enteró de que Todos no lo iban a hacer. Todos culparon a Alguien, cuando Nadie hizo lo que Cualquiera podía haber hecho.

994. EL QUÉ DIRÁN

Érase una vez un viejo que tenía un burro al que quería vender. Un día él y su hijo, y el burro por supuesto, fueron al mercado.

Alguien les increpó por el camino: "Qué tontos sois, puesto que vais andando teniendo un burro".

El padre dijo: "Es verdad, ya que tenemos un burro, usémoslo mientras podemos". Se subió en él y el hijo agarró el ramal para seguir el camino.

"¿No te da vergüenza, viejo?", le dijo alguien. "Tú en burro mientras tu hijo tiene que caminar".

El anciano se sonrojó, se bajó del burro y dijo a su hijo: "Móntate un rato y yo sujetaré el ramal".

A continuación se encontraron con unas señoras que venían del mercado: "¿No te da vergüenza? Un joven como tú montando en burro mientras tu anciano padre va andado.

La cara del joven se puso tan roja como la de su padre momentos antes. "Las señoras tienen razón, padre. Yo no debería ir descansando mientras tú caminas".

"¿Por qué no nos montamos los dos?", dijo el viejo. El burro siguió con los dos hombres sobre él.

"¿No os da vergüenza?", gritaron unos hombres que recogían heno en un campo cercano. "Dos adultos encima de un pobre burro. ¿Cómo podéis ser tan crueles?"

El viejo y su hijo se bajaron rápidamente. "Ya sé lo que podemos hacer", dijo el joven. "En lugar de que el burro nos lleve, nosotros llevaremos al burro".

Los hombres fueron recibidos a carcajadas de burla mientras se esforzaban en llegar al mercado llevando al burro sobre sus hombros.

"Fíjate, dos hombres llevando un burro, cuando el burro está hecho para llevarlos a ellos", gritaba la gente a coro.

"Por intentar dar gusto a todos, dijo el viejo, no hemos agradado a nadie. En el futuro seremos nosotros los primeros en agradarnos".

365 cuentos para dormir

995. LA NAVAJA

Un día la navaja, saliendo del mango que le servía de funda, se puso al sol y vio el sol reflejado en ella.

Entonces se enorgulleció, dio vueltas a su pensamiento y se dijo: "¿Volveré a la tienda de la que acabo de salir? De ninguna manera. Los dioses no pueden querer que tanta belleza degeneren en usos tan bajos. Sería una locura dedicarme a afeitar las enjabonadas barbas de los labriegos. ¡Qué bajo servicio! ¿Estoy destinada para un servicio así? Sin duda alguna que no. Me ocultaré en un sitio retirado y allí pasaré mi vida tranquila".

Después de vivir este estilo de vida durante algunos meses, salió fuera de su funda al aire libre, se dio cuenta de que había adquirido el aspecto de una sierra oxidada y que su superficie no podía reflejar ya el resplandor del sol. Arrepentida, lloró en vano su irreparable desgracia y se dijo: "¡Cuánto mejor hubiera sido gastarme en manos del barbero que tuvo que

privarse de mi exquisita habilidad para cortar! ¿Dónde está ya mi rostro reluciente? El óxido lo ha consumido".

Leonardo da Vinci

996. LA TORTUGA Y LA LIEBRE

Una tortuga y una liebre discutían sobre quién era más rápida. Así, fijaron una fecha y un lugar y se separaron. La liebre, por su natural rapidez, descuidó el ponerse en carrera, se tiró al borde del camino y se durmió. Pero la tortuga, consciente de su propia lentitud, no cesó de correr, y de este modo tomó la delantera de la liebre dormida y se llevó el premio del triunfo.

La fábula muestra que muchas veces el esfuerzo vence a la naturaleza descuidada.

Esopo

997. MEJOR HACER ALGO QUE LAMENTARSE

Un anciano vivía en el norte de China. Su casa miraba al sur, pero ante su puerta se alzaban dos enormes montañas. Le cerraban el camino. El anciano y sus hijos se pusieron manos a la obra: con pico y pala comenzaron a allanar las montañas.

El vecino del anciano, moviendo la cabeza, dijo: "¡Qué locos estáis! Es imposible allanar estas montañas".

El anciano sonrió y luego dijo: "Cuando yo muera, mis hijos continuarán. Cuando mueran mis hijos continuarán mis nietos. Las montañas son altas, pero ya no crecen. Nuestras fuerzas pueden crecer. Con cada palada de tierra que quitamos nos vamos acercando a la meta. Es mejor hacer algo que lamentarse de que las montañas no nos dejan ver el sol".

Y el anciano siguió cavando con ánimo inquebrantable.

Esto conmovió al mismo Dios. Y mandó a sus mensajeros a la tierra para allanar las montañas.

Misión Abierta nº 9 de noviembre de 1997

998. HISTORIA UNIVERSAL

Al principio, la Tierra estaba totalmente desorganizada. Hacerla habitable constituyó una hermosa tarea. Para atravesar ríos nos había puentes, no había caminos para subir montes. ¿Te querías sentar? Ni siquiera un banquito a la sombra. ¿Te caías de sueño? No existían las camas; para no pincharse los pies, ni zapatos ni botas. Si veías poco, no encontrabas unas gafas. Para jugar un partido no había balones. Faltaban la olla y el fuego para cocer macarrones y, pensándolo bien, hasta faltaban los macarrones. No había nada. Cero más cero, y basta. Sólo existían los hombres, con dos brazos para trabajar y así los errores más grandes se pudieron remediar. No obstante, quedan aún

muchos por corregir: ¡Remangaos, hay trabajo para todos!

Gianni Rodari

999. LA OSTRAS

Es una gracia especial la de la ostra. Cuando entras en su seno un grano de arena, una chinita que le hace daño, no se echa a llorar; no se queja, ni desespera. Día a día va cambiando su dolor por una perla: una obra maestra de la naturaleza.

Bruno Forte

1000. EL TOQUE DEL MAESTRO

Estaba maltrecho y desportillado, y el subastador pensó que no merecía la pena perder mucho tiempo con el viejo violín. Pero lo alzó en sus manos con una sonrisa: "¿Qué ofrecéis por él, buena gente? - exclamó - ¡Mil pesetas, mil...! Van dos mi pesetas. ¿No hay quien dé más? Dos mil, dos mil... ¿Quién ofrece tres mil? Van tres mil a la una, tres mil a las dos, Y tres mil a las... ¡pero no!" Desde el fondo de la sala un hombre de cabellos grises se adelanta y toma el arco, limpia el polvo del viejo violín, tensa las flojas cuerdas y toca una melodía pura y celestial, celestial como el canto de los ángeles.

Cesa la música, y el subastador, Con voz grave, dice: "¿Qué dais por el viejo violín? - mientras lo mantiene en alto - ¡Cien mil pesetas! ¿Quién da doscientas mil? ¡Doscientas mil! ¿Quién ofrece trescientas mil? Trescientas mil a la una, trescientas mil a las dos, ¡y trescientas mil a las tres!" La gente aplaudía, pero algunos lloraban. "No acabamos de entenderlo. ¿Quién ha cambiado su valor?" Pronto llegó la respuesta: "El toque de la mano del maestro".

¡Cuántos seres humanos hay, de vida desafinada, maltrechos y destrozados por el pecado, que son subastados a precios irrisorios ante una turba inconsciente! ¡Lo mismo que el viejo violín!

Un plato de lentejas, un vaso de vino, Una apuesta y, luego, sigue tu camino... A la una, a las dos... casi a las tres... Pero llega el Maestro... y la turba insensata nunca puede comprender el valor de un alma y el cambio que produce el toque de la mano del Maestro.

1001. MI DIOS Y YO

El petirrojo le dijo al gorrión: "Me gustaría, de veras, saber, por qué estos afanosos seres humanos se apresuran y se preocupan tanto".

Y el gorrión le contestó: "Amigo, estoy seguro de que tiene que ser porque ellos no tienen un Padre Celestial que se cuida de ellos como se cuida de ti y de mí".

1002. LA FELICIDAD VIENE DE-TRÁS

Un perrito le dijo a un viejo perro: "Durante un curso de filosofía, aprendí que lo mejor para un perro es la felicidad, y resulta que esa felicidad está en mi rabo. Por eso trato de atraparlo; en cuanto lo atrape, la tendré".

El viejo perro le replicó: "También yo pienso que la felicidad es algo bueno para un perro y que esa felicidad está en mi rabo. Pero me he dado cuenta de que, cuando voy detrás de él, se aparta de mí; pero cuando marchó a cumplir mi deber, él viene detrás de mí".

1003. CORRESPONSABLES

En un crudo invierno, un anciano tembloroso fue llevado ante los tribunales. Se le acusaba de haber robado pan. Al ser interrogado, el hombre explicó al juez que lo había hecho porque su familia estaba muriéndose de hambre.

- La ley exige que sea usted castigado - declaró el juez -. Tengo que ponerle una multa de quinientas pesetas.

Al mismo tiempo metió la mano en el bolsillo y dijo: "Aquí tiene usted el dinero para pagar la multa. Y además, pongo una multa de cien pesetas a cada uno de los presentes en la sala por vivir en una ciudad donde un hombre necesita robar pan para poder sobrevivir".

Pasaron una bandeja por el público y el pobre hombre, totalmente asombrado, abandonó la sala con cinco mil pesetas en su bolsillo.

1004. EL CAMINO DE LA FELICIDAD

El sabio está sentado bajo el árbol de siempre. La gente viene y le consulta y le pregunta y le cuenta cuitas y le pide bendiciones. Y él escucha y bendice y responde a cada uno según lo necesita.

En esto se acerca un joven y le pregunta sobre la felicidad. Hemos nacido para ser felices. No lo somos. ¿Cómo serlo? El joven pregunta y el sabio escucha. Después le dice: "Vuelve mañana. Te espero aquí".

El joven vuelve al día siguiente, pero no hay nadie bajo el árbol. Se cerciora de que es el mismo árbol, el mismo sitio. Sí, lo es, pero no hay ni rastro del sabio. Espera, pero no viene. Sigue esperando, pero sin resultado.

Entonces al joven se le ocurre sentarse bajo el árbol. El árbol es de todos, y allí descansará. Lo hace con paz.

Al cabo de un rato alguien se acerca. La gente sabe que bajo ese árbol se sienta el sabio, y vienen a consultarle, y hoy llega un hombre, toma a nuestro joven por el sabio, pues nada hay de extraño en el mundo de la sabiduría, y se pone a hacerle preguntas. El joven cae en la cuenta de la equivocación, pero decide seguir la broma. Así por lo menos pasará el tiempo. Luego ya se lo dirá y se reirán los dos.

El hombre pregunta sobre la felicidad. Hemos nacido para ser felices. No lo somos. ¿Cómo serlo? Y el joven se encuentra con que va respondiendo, va diciendo cosas, y el visitante asiente, entiendo, se siente satisfecho.

El joven sospecha y se fija en las facciones del visitante. Sonríe. El visitante es el sabio disfrazado. Le ha enseñado a que se responda a sí mismo. Nadie puede decirnos el camino de nuestra felicidad sino nosotros mismos.

Carlos G. Vallés. Vida Nueva nº 2121 de enero del 98

1005. EL DILUVIO

Todo el pueblo de Israel conoce el Midrash sobre los motivos del diluvio: una situación repetitiva consentida por todos aquellos que no la consideraban grave, si bien se aprovechaban ampliamente de ella. Si un pobre tenía sólo un cesto de habichuelas para poder subsistir, cada uno le robaba una habichuela. Para él representaba el fin de habichuelas. Pero ellos no venían dónde estaba el mal. ¿Qué pasa? Quitarle a uno una habichuela, ¿a eso le llamáis robar? ¡Vaya tontería! Y de todos modos ¿creéis que nos pondrán pleito por una habichuela? No, no podría ponerlos un pleito por tan poca cosa. Pero Dios califica esta actitud de violencia. Y decidió mandar el diluvio.

La sentencia puede parecer muy dura e impropia de la misericordia de Dios. Pero este veredicto se hace mucho menos rígido cuando se entiende la pedagogía puesta en acción para evitar el diluvio. Los contemporáneos de Noé fueron advertidos durante 120 años largos para que se arrepintieran de su falsa conducta y de sus técnicas de desnaturalización de la verdad.

¿Por qué Dios le manda construir el arca? Para que sus contemporáneos observaran e hicieran penitencia. Dios le manda plantar cedros, regarlos, esperar a que crezcan, ir haciendo el arca... y la gente cuando le veía hacer aquellos le preguntaban y Noé respondía que si dejaban de robar habichuelas, Dios evitaría el diluvio.

Pero ellos... no prestaron atención.

Marie Vidal. "Un judío llamado Jesús"

1006. ADÁN Y EVA

El Señor escuchó la penitencia de Adán y le respondió: "Te perdono según tu palabra". Y

cuando el Señor vio que Adán y Eva se arrepentían de su pecado se llenó de compasión hacia ellos y los tranquilizó para que no se sintieran desgraciados por haber sido expulsados del Paraíso donde todo era bueno. No les abandonó, sino que los amó para siempre. El Señor llamó al hombre y a la mujer y les dijo: "Sé que vendrán sobre vosotros días duros, días de angustias y males que quebrantarán vuestro espíritu. Pero sabed que Yo os amo y que nada os ha de faltar. Por eso voy a sacar de mi tesoro una perla para vosotros. Héla aquí: ¡es una lágrima! Y cuando os encontréis con una catástrofe, derramaréis esa lágrima de vuestros ojos y os sentiréis aliviados de vuestra tristeza".

En ese momento los ojos de Adán y Eva empezaron a derramar lágrimas. Y esas lágrimas rodaban y caían por tierra. Estas lágrimas eran las primeras de mundo que humedecían la superficie del suelo. Adán y Eva les dieron estas lágrimas en herencia a sus hijos y a los hijos de sus hijos hasta la eternidad. Pero fuera de la descendencia de Adán, nada en el mundo forma algo semejante para llorar con lágrimas. Desde entonces y hasta el día de hoy, las personas vierten una lágrima en los momentos de angustia y de desgracia y ella aligera su carga y consuela su corazón.

Marie Vidal. "Un judío llamado Jesús"

1007. LOS SEIS ABSURDOS

El Maestro dijo: "¿Has oído hablar alguna vez de los seis absurdos y sus consecuencias?"

El discípulo respondió: "Nunca he oído hablar de eso".

Entonces el Maestro se lo explicó: "El primer absurdo consiste en pretender alcanzar el bien prescindiendo del estudio y su consecuencia es la decepción; el segundo consiste en intentar alcanzar la ciencia sin entregarse al estudio, lo que conduce a la incertidumbre; el tercero consiste en el deseo de ser sincero prescindiendo del estudio, lo cual provoca el engaño; el cuarto consiste en pretender obrar rectamente sin haber recibido la instrucción adecuada, con lo que se cae en la temeridad; el quinto consiste en querer compaginar el valor con la incultura, lo que da lugar a la insubordinación; finalmente, si se desea alcanzar la perseverancia prescindiendo del estudio, se cae en la testadurez y obcecación".

Carlos Díaz

Diez palabras clave para educar en valores

1008. LIBRE HASTA EL FIN

Se cuenta que una vez un ejército rebelde irrumpió en una ciudad coreana y todos los monjes del templo budista de la localidad huyeron. Todos, excepto el abad. Entonces el general rebelde que se pavoneaba por el templo se quedó atónito al ver que el abad no caía de hinojos inmediatamente ante él:

- ¿No sabes - rugió - que estás viendo a un hombre que puede traspasarte con su espada sin un parpadeo?

- ¿Y tú - replicó el abad - estás viendo a un hombre que puede ser traspasado por una espada sin un parpadeo!

El general quedó desconcertado. Pasado un momento, se inclinó reverencialmente y se marchó.

Carlos Díaz

Diez palabras clave para educar en valores

1009. LA SILLA VACÍA

Un enfermo tenía una silla vacía junto a su cama. Cuando llegó un sacerdote de visita, le comentó: "He colocado a Jesús en esa silla y estaba hablando con él hasta que llegó usted". Algunos días más tarde, cuando falleció, la hija del enfermo fue a visitar al cura y le dijo: "Lo dejé solo un par de horas. ¡Parecía tan lleno de paz! Cuando volví de nuevo a la habitación lo encontré muerto. Pero noté algo raro: su cabeza no reposaba sobre la almohada de su cama, sino sobre una silla colocada junto a la cama.

Antonny de Mello

Sadhana, un camino de oración

1010. ¿HE SIDO BUENO?

Una pareja iba paseando por la calle con su hijo de unos cinco años. Al ver a un pobre mendigando en la calle dieron una moneda al niño para que se la entregara al necesitado.

Cuando éste lo hizo, volvió sonriente diciendo: ¡Qué bueno he sido!

¿No nos pasa a nosotros que nos creemos buenos porque damos lo que únicamente hemos recibido para los demás? ¿E incluso que, en lugar de darlo todo, nos reservamos una parte de ello para nosotros mismos? ¿Somos buenos porque lo damos todo o sólo hacemos lo que tenemos que hacer? ¿Y nos damos cuenta que estamos en ese mismo momento ante nuestros padres?

1011. ALFABETO

Un pobre campesino que regresaba del mercado a altas horas de la noche descubrió de pronto que no llevaba consigo su libro de oraciones. Se hallaba en medio del bosque y se le había salido una rueda de la carreta y el pobre hombre estaba muy afligido pensando que aquel día no iba a poder recitar sus oraciones.

Entonces se le ocurrió orar del siguiente modo: "He cometido una verdadera estupidez, Señor: he salido de casa esta mañana sin mi libro de oraciones y tengo tan poca memoria que no soy capaz de recitar sin él ni una sola oración. De manera que voy a hacer una cosa: voy a recitar cinco veces el alfabeto muy despacio, y Tú, que conoces todas las oraciones, puedes juntar las letras y formar esas oraciones que yo soy incapaz de recordar".

Y el Señor dijo a sus ángeles: "De todas las oraciones que he escuchado hoy, ésta ha sido, sin duda alguna, la mejor, porque ha brotado de un corazón sencillo y sincero".

1012. LA LLAVE DEL CALABOZO

El preso está encerrado en la cárcel cuando Dios se le aparece, le da la llave de la prisión y le dice que la use para salir fuera y liberarse. El recluso queda fuera de sí por la emoción, cuelga la llave de la pared y le reza todos los días y le ofrece incienso y se postra ante ella. Pero sigue en la cárcel.

Desilusionado por el fracaso, pierde la fe en llave, en Dios, en la religión y continúa miserable en su calabozo. Un día un compañero escucha su historia y le abre los ojos. Le explica el funcionamiento de la llave, cómo hay que introducirla en el agujero que tiene la puerta, darle la vuelta a la derecha, empujar la puerta y salir. El recluso escucha, lo intenta, lo consigue y queda libre.

La llave, dice el Maestro, son los convencionalismos religiosos. De nada sirve la llave si no se usa. La llave no va a hacerlo por nosotros. Y de nada vale el incienso y las postraciones y las adoraciones. La llave es para abrir la puerta, no para venerarla en sí misma. Es para practicarla.

Hay quienes, sigue el Maestro, no quieren tener nada que ver con prácticas religiosas. Tiran la llave porque puede convertirse en objeto de culto, y señalan que de hecho hay gente religiosa que hace eso precisamente y convierte las enseñanzas en culto, las instrucciones en recitales y las llaves en ídolos. Quizá. Pero, concluye el Maestro, si aún te encuentras dentro de la cárcel, la llave puede ayudarte.

Carlos G. Vallés

Vida Nueva 2.135 de mayo del 98

1013. UNIÓN CON DIOS

Érase una vez un asceta. El solitario estaba meditando en un rincón, en el campo. De pronto se le presentó un ratoncillo y comenzó a oler sus viejas sandalias. El asceta abrió sus ojos. Y se enfadó mucho:

- ¿Por qué me molestas en mi meditación?, gritó.

- Tengo hambre, dijo el ratón.

- Vete de aquí, estúpido ratón, añadió el asceta, estoy buscando la unión con Dios. No me molestes.

- ¿Cómo quieres entrar en unión con Dios, si ni siquiera estás en unión conmigo?, preguntó el ratón.

Misión Abierta nº 7 de septiembre de 1998

1014. ¿DÓNDE NO ESTÁ DIOS?

Érase una vez un místico que iba se peregrinación a la Meca. Hacía mucho calor y las jorna-

das eran largas. Se detuvo a la sombra de un árbol y se durmió.

Otro peregrino, que llevaba la misma ruta, vio el místico dormido; le despertó y comenzó a hacerle grandes reproches: ¡eres un desalmado, un impío, no tienes respeto a Dios, te has dormido con los pies hacia la Meca! ¡Deberías sentirte avergonzado!

El sufí levantó la cabeza y pidió amablemente perdón. Y añadió: "¡Colócame los pies en la dirección donde no esté Dios!

Misión Abierta nº 8 de octubre de 1998

1015. EL PAYASO SERIO

Sucedió una vez que se declaró un incendio entre bastidores de un teatro. El payaso salió al escenario a informar al público. Creyeron que era una broma y aplaudieron. Repitió el aviso, y aplaudieron más fuerte. Por eso creo que el mundo se acabará en medio de los aplausos de todos los graciosos que se creerán que es una broma.

Nos dicen cristianos serios que la iglesia está perdiendo credibilidad. Y nos reímos. Nos dicen que en grandes regiones no hay apenas jóvenes que aspiren al sacerdocio y a la vida religiosa. Y no le damos importancia.

Nos dicen que los jóvenes de hoy "pasan" de la iglesia. Y no nos afecta, porque sabemos que la iglesia durará para siempre.

Nos dicen que impera el "cristianismo a la carta", donde cada cual toma lo que quiere de dogmas y mandamientos y creencias y conductas, con la consiguiente confusión y anarquía y debilitamiento de fe y costumbres. Y seguimos tan tranquilos.

Nos están dando los avisos más serios que pueden darse, y que son verdad porque el fuego se ha declarado ya entre bastidores. Y seguimos riendo y aplaudiendo. Siento en el rostro del payaso responsable su agonía en el escenario. A veces sueño que soy yo ese payaso.

Carlos G. Vallés. Vida Nueva 2161 de noviembre de 1998

1016. EL CAMELLO

El camello se pinchó con un cardo del camino y el mecánico Melchor le dio vino.

Baltasar fue a reportar, más allá del quinto pino... e intranquilo el gran Melchor consultaba su Longinos.

- ¡No llegamos, no llegamos, y el Santo Parto ha venido!
- Son las doce y tres minutos, y tres reyes se han perdido.

El camello cojeando, más medio muerto que vivo, va especulando su felpa, entre los troncos de olivos.

Acercándose a Gaspar, Melchor le dio al oído: "Vaya birria de camello, que en Oriente te han vendido".

A la entrada de Belén al camello le dio el hipo. ¡Ay qué tristeza tan grande en su belfo y en su tipo! Se iba cayendo la mirra a lo largo del camino, Baltasar lleva los cofres, Melchor empujaba al bicho. Y a las tantas ya del alba, ya cantan los pajarillos, los tres reyes se quedaron boquiabiertos e indecisos, oyendo hablar como a un Hombre a un Niño recién nacido.

- No quiero oro ni incienso, ni esos tesoros tan fríos, quiero al camello, le quiero. Le quiero, repitió el Niño. A pie vuelven los tres reyes, cabizbajos y afligidos. Mientras tanto el camello echado le hace cosquillas al Niño.

Gloria Fuertes

1017. VENIR SIN NADA

Un día un monje fue a visitar a un maestro y le dijo: "He venido sin nada".

El maestro le contestó: "Entonces, déjalo por ahí". Si tenía la sensación de venir sin nada, implica que echaba en falta algo.

El monje no entendió nada y se enfadó. Entonces, tranquilamente, el maestro le dijo: "Te lo ruego, recógelo y vuelve a casa".

Catherine Clément. "El viaje de Teo"

1018. LA PAJARITA DE PAPEL

"Tato tenía seis años y un caballo de madera.

Un día su padre le dijo:

- ¿Qué regalo quieres? Dentro de poco es tu cumpleaños.

Tato se quedó callado. No sabía qué pedir. Entonces vio un pisapapeles sobre la mesa de su padre. Era una pajarita de plata sobre un pedazo de madera. Y sobre la madera estaba escrito:

PARA LOS QUE NO TIENEN TIEMPO DE HACER PAJARITAS.

Al leer aquello, sin saber por qué, el niño sintió tristeza por su padre y dijo:

- Quiero que me hagas una pajarita de papel.

El padre sonrió:

- Bueno, te haré una pajarita de papel.

El padre de Tato comenzó a hacer una pajarita de papel, pero ya no se acordaba. Fue a una librería y compró un libro. Con él aprendió a hacer pajaritas de papel. Al principio le salían

mal, pero después de una hora hizo una pajarita de papel maravillosa.

- Ya he terminado, ¿te gusta?

El niño miró la pajarita de papel y dijo:

- Está muy bien hecha, pero no me gusta. La pajarita está muy triste.

El padre fue a casa de un sabio y le dijo:

- Esta pajarita de papel está triste; inventa algo para que esté alegre. El sabio hizo un aparato, se lo colocó a la pajarita debajo de las alas y la pajarita comenzó a volar. El padre llevó la pajarita de papel a Tato y la pajarita voló por toda la habitación.

- ¿Te gusta ahora?, le preguntó. Y el niño dijo:

- Vuela muy bien pero sigue triste. Yo no quiero una pajarita triste.

El padre fue a casa de otro sabio. El otro sabio hizo un aparato y con él la pajarita podía cantar. La pajarita de papel voló por toda la habitación de Tato, y, mientras volaba cantaba una hermosa canción.

Tato dijo:

- Papá, la pajarita de papel está triste; por eso canta una triste canción. ¡Quiero que mi pajarita sea feliz!

El padre fue a casa de un pintor famoso. Y el pintor famoso pintó hermosos colores en las alas, en la cola y en la cabeza de la pajarita de papel. El niño miró la pajarita de papel pintada de hermosos colores.

- Papá, la pajarita de papel sigue estando triste.

El padre de Tato hizo un largo viaje. Fue a casa del sabio más sabio de todos los sabios. Y el sabio más sabio de todos los sabios, después de examinar la pajarita, le dijo:

- Esta pajarita de papel no necesita volar, no necesita cantar, no necesita hermosos colores para ser feliz.

Y el padre de Tato preguntó:

- Entonces, ¿por qué está triste?

Y el sabio más sabio de todos los sabios le contestó:

- Cuando una pajarita de papel está sola, es una pajarita de papel triste.

El padre regresó a casa. Fue al cuarto de Tato y le dijo:

- Ya sé lo que necesita nuestra pajarita para ser feliz.

Y se puso a hacer muchas pajaritas de papel. Y cuando la habitación estuvo llena de pajaritas, Tato gritó:

- ¡Mira, papá! Nuestra pajarita de papel ya es muy feliz! Es el mejor regalo que me has hecho en toda mi vida.

Entonces todas las pajaritas de papel, sin necesidad de ningún aparato, volaron y cantaron por toda la habitación.

1019. TRANSFORMARSE EN FUEGO

El sacerdote Lot fue a ver a otro sacerdote (José) y le dijo: "Padre, de acuerdo con mis posibilidades, he guardado mi pequeña regla y he observado mi humilde ayuno, mi oración, mi meditación y mi silencio contemplativo; y en la medida de lo posible, mantengo mi corazón limpio de malos pensamientos. ¿Qué más debo hacer?"

En respuesta, el anciano se puso en pie, elevó hacia el cielo sus manos y apuntó hacia unas antorchas encendidas y le dijo: "Te falta transformarte en eso, totalmente en fuego".

1020. UN SUSPIRO COMO ORACIÓN

Un zapatero remendón acudió a un Maestro judío, y le dijo: "No sé que hacer con mi oración de la mañana. Mis clientes son personas pobres que no tienen más que un par de zapatos. Yo se los recojo a última hora del día y me paso la noche trabajando; al amanecer aún queda trabajo por hacer si quiero que todos ellos los tengan listos para ir a trabajar. Y mi pregunta es: ¿qué debo hacer con mi oración de la mañana?"

"¿Qué has venido haciendo hasta ahora?", preguntó el Maestro judío.

"Unas veces hago la oración a todo correr y vuelvo enseguida a mi trabajo; pero eso me hace sentirme mal. Otras veces dejo que se me pase la hora de la oración, y también entonces tengo la sensación de haber faltado; y de vez en cuando, al levantar el martillo para golpear un zapato, casi puedo escuchar como mi corazón suspira: ¡qué desgraciado soy, pues no soy capaz de hacer mi oración de la mañana...!"

Le respondió el Maestro judío: "Si yo fuera Dios apreciaría más ese suspiro que la oración".

1021. DIOS NO SE OCUPA DE LO QUE PUEDES HACER TÚ

Un discípulo llegó a lomos de su camello ante la tienda de su maestro sufí. Desmontó, entró a la tienda, hizo una profunda reverencia y dijo: "Tengo tan gran confianza en Dios que he dejado suelto a mi camello ahí fuera, porque estoy convencido de que Dios protege los intereses de los que le aman".

"¡Pues sal afuera y ata a tu camello, estúpido!", le dijo el maestro. "Dios no puede ocuparse de hacer en tu lugar lo que eres perfectamente capaz de hacer por ti mismo".

1022. MEDIACIONES DE DIOS

Un hombre se perdió en el desierto. Y más tarde, refiriendo su experiencia a sus amigos, les contó cómo, absolutamente desesperado, se había puesto de rodillas y había implorado la ayuda de Dios.

"¿Y respondió Dios a tu plegaria?", le preguntaron.

"¡Oh, no! Antes de que pudiera hacerlo, apareció un explorador y me indicó el camino.

1023. ACTUAR COMO DIOS

Un día, Abraham invitó a un mendigo a comer en su tienda. Cuando Abraham estaba dando gracias, el otro empezó a maldecir a Dios y a decir que no soportaba oír su Santo Nombre.

Presa de indignación, Abraham echó al blasfemo de su tienda.

Aquella noche, cuando estaba haciendo sus oraciones, le dijo Dios a Abraham: "Ese hombre ha blasfemado de mí y me ha injuriado durante cincuenta años, y sin embargo, yo le he dado de comer todos los días. ¿No podías haberlo soportado tú durante un sólo almuerzo?".

1024. ANDAR PRIMERO CON EL CORAZÓN

Un anciano peregrino recorría su camino hacia las montañas del Himalaya en lo más crudo del invierno. De pronto se puso a llover.

Un posadero le preguntó: "¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí con este tiempo de perros, buen hombre?".

Y el anciano respondió alegremente: "Mi corazón llegó primero, y el resto de mí le ha sido fácil seguirle".

1025. VIVIR ES MÁS IMPORTANTE QUE TEORIZAR

Un niño le preguntó a un electricista: "¿Qué es exactamente la electricidad?".

"La verdad es que no lo sé, pequeño. Pero puedo hacer que te dé luz?".

(La verdad no es teórica. Fundamentalmente se le vive).

1026. CARIDAD Y NO BENEFICENCIA

Una enojada duquesa salió, a latas horas de la noche, de un elegante hotel de Londres donde había cenado y asistido a un "baile de caridad" a beneficio de los niños abandonados.

Estaba a punto de subir a su Rolls Royce cuando un andrajoso pilluelo se le acercó suplicante: "Por caridad, señora, déme seis peniques. Llevo dos días sin comer..."

La duquesa le rechazó con un gesto y le dijo: "¡Desgraciado! No te has dado cuenta de que he estado bailando para ti toda la noche?"

1027. OCUPARSE DEL MUNDO ENTERO

Érase una vez un hombre que estaba construyéndose una casa. Y quería que fuera la casa

mas hermosa, más acogedora y más confortable del mundo.

Entonces llegó alguien a pedirle ayuda, porque el mundo estaba ardiendo. Pero lo que a él le interesaba era su casa, no el mundo.

Cuando, al fin, tuvo construida su casa, descubrió que no tenía de un planeta donde colocarlo.

1028. NO HAY LUGAR

Cuando don Enrique falleció, fue directamente al cielo. Nada más llegar, llamó con fuerza y determinación a la puerta de san Pedro, que entreabrió.

- ¿Quién es? – preguntó una voz.
- ¡Soy yo, don Enrique Fernández del Valdívieso! – contestó orgulloso.
- ¡Vete, aquí no hay sitio para los dos!

Y don Enrique tuvo que instalarse en el purgatorio. Al cabo de un tiempo, si es que en la eternidad hay tiempo, volvió a ascender al cielo y volvió a llamar, con más timidez, a la puerta.

- ¿Quién es? – preguntó de nuevo la voz.
- ¡Soy yo! – contestó don Enrique omitiendo esta vez sus apellidos insignes.
- ¡Vete, aquí no hay sitio para los dos! – le volvió a responder la voz.

Y de nuevo don Enrique tuvo que volver al purgatorio, y de nuevo la misma historia se repitió una, dos, tres, cuatro, cien veces, hasta que un día al preguntarle la voz, don Enrique respondió:

- ¡Soy Tú!

Sólo entonces hubo sitio para él en el cielo.

Julio Peradejordi "56 cuentos para buscar a Dios"

1029. LA TENTACIÓN

- Después de vencer una serie de terribles tentaciones en mi cueva del desierto – explicaba el maestro a sus discípulos – extenuado, desfallecido, le pregunté al Señor:
- ¿Dónde estabas, Dios mío, mientras me atacaba la tentación?
- Estaba en medio de tu corazón, orgulloso, viéndote combatir y vencer – me respondió el Señor.

Julio Peradejordi "56 cuentos para buscar a Dios"

1030. LA FE

Le preguntaron al maestro por qué partían tantos barcos a la mar y por qué regresaban tan pocos, a lo cual él contestó:

- La vela del barco de la existencia humana es la fe. Mientras la vela existe y está izada, el viento conduce el barco hacia puerto. Cuando la vela no está izada o no existe, las palabras de los sabios son sólo viento.

Julio Peradejordi "56 cuentos para buscar a Dios"

1031. LA ORACIÓN Y LA FE

- ¿Hay algo más importante que la oración? – le preguntó el discípulo al maestro.
- Ciertamente – respondió éste -. La fe es más importante. La oración entre los musulmanes es obligatoria cinco veces al día. La fe, para todos los hombres realmente religiosos, es necesaria en todo momento. Puedes dejar de orar por fuerza de causa mayor, sin embargo en los momentos difíciles tu fe ha de ser todavía más fuerte. Además, sin la fe la oración carece totalmente de valor y de eficacia: es pura hipocresía mientras que la fe sin la oración no carece de valor. Las oraciones son diversas, varían según los lugares, las épocas y las religiones, pero la fe es siempre la misma.

Julio Peradejordi "56 cuentos para buscar a Dios"

1032. LA ÚNICA COSA

Después que hubieran realizado todos los trabajos que el maestro les había encomendado, y que no eran pocos, éste se acercó a ellos y les dijo:

- Todo lo que habéis hecho no sirve para nada.

Sorprendidos, le preguntaron por qué, y les relató la siguiente historia:

- Una vez un rey envió a uno de sus servidores a hacer un pequeño recado. Dado que estaba muy lejos y suponía muchos días de viajes y un gasto elevado, el criado decidió comunicar a sus parientes y amigos su partida para ver si alguien la confiaba más recados y así aprovechaba más el viaje. No se equivocó: mucha gente tenía asuntos que resolver y la distancia hacía que se retrasaran. Por eso se los confiaron al criado. Y aún más, todos ellos eran aparentemente de mayor envergadura e importancia que el recado que le había encomendado el rey. Y así el criado partió hacia su destino, cargado de encargos más urgentes y rentables que el que había motivado el viaje. Cuando le tocó regresar, éstos habían tomado tanto tiempo que volvió sin haber podido realizar el encargo del rey.

Julio Peradejordi "56 cuentos para buscar a Dios"

1033. UNO MISMO

El maestro les decía: "Diez mil hombres que vienen de fuera no pueden abrir la puerta de la ciudad si dentro no tienen un cómplice. Diez mil palabras que vienen de fuera son totalmente inútiles si no son confirmadas por el interior. Si

un árbol no tiene humedad en sus raíces, de nada la servirán diez mil torrentes".

Julio Peradejordi "56 cuentos para buscar a Dios"

1034. EL ESPEJO

La mujer de Abdul era la más bella de la ciudad. En cierta ocasión en que Abdul regresaba de un largo viaje, ésta le preguntó:

- ¿Qué me has traído?
- Nada más bello que tu semblante. ¿Qué iba, pues, a traerte? Sólo puedo ofrecerte este espejo para en todo momento puedas contemplarte en él.

Así pues, prosiguió el maestro después de relatar la historia, ¿qué creéis que le podéis ofrecer a Dios?, ¿vuestró méritos?, ¿vuestró sacrificios?, ¿vuestró ofrendas?, ¿vuestró conocimientos? ¡Él es todo conocimiento, todo mérito y toda belleza, más que todos vosotros juntos! Sólo desea una cosa de vosotros: que en el día de la verdad le ofrezcáis un espejo puro en el que poder contemplarse.

Julio Peradejordi "56 cuentos para buscar a Dios"

1035. EL HOMBRE QUE LLORÓ

Era un hombre que había nacido en la tierra de Yen, pero que creció y se educó lejos de allí. En su ancianidad le entró nostalgia de su tierra natal y decidió volver a ella.

En su viaje, sus compañeros de viaje decidieron gastarle una broma. Uno le dijo al llegar a un poblado: "Este es tu pueblo". Y él quedó muy serio. Otro señaló un edificio y le dijo: "Este es el templo al que te llevaban de pequeño". Él suspiró profundamente. Otro le llevó a una casa abandonada y le dijo: "Esta es la casa de tus antepasados, donde tú naciste". El hombre se emocionó visiblemente. Por fin, otro compañero de viaje le llevó a un cementerio, le mostró unas tumbas antiguas y le dijo: "Éstas son las tumbas de tus antepasados". Ante ellas el hombre se postró y se deshizo en sollozos y lágrimas.

Viéndolo tan apesadumbrado decidieron que ya era bastante y le dijeron que todo era una broma. El hombre pidió perdón por sus emociones, y no habló más por el camino.

Llegaron por fin a su verdadero pueblo y allí vio su verdadera casa donde nació y las tumbas de sus antepasados. Pero no se sintió mal ni lloró.

El hombre había entendido que nuestras emociones no son el resultado de lo que realmente es, sino de lo que nosotros creemos que es. Nuestros sentimientos no vienen de las cosas en sí, sino de nuestras creencias acerca de ellas. Quien entiende eso, encuentra la paz.

Carlos G. Vallés

Vida Nueva nº2183, de mayo del 99

1036. LA CARAVANA EN EL DESIERTO

Un poderoso sultán viajaba por el desierto seguido de una larga comitiva que transportaba su tesoro favorito de oro y piedras preciosas.

A mitad de camino, un camello de la caravana, agotado por el ardiente reverbero de la arena, se desplomó agonizante y no volvió a levantarse.

El cofre que transportaba rodó por la falda de la duna, reventó y derramó todo su contenido de perlas y piedras preciosas, entre la arena.

El sultán, no quería aflojar la marcha; tampoco tenía otros cofres de repuesto y los camellos iban con más carga de la que podían soportar. Con un gesto, entre molesto y generoso, invitó a sus pajes y escuderos a recoger las piedras preciosas que pudieran y a quedarse con ellas.

Mientras los jóvenes se lanzaban con avaricia sobre el rico botín y escarbaban afanosamente en la arena, el sultán continuó su viaje por el desierto. Se dio cuenta de que alguien seguía caminando detrás de él. Se volvió y vio que era uno de sus pajes que lo seguía, sudoroso y jadeante.

- ¿Y tú - le preguntó el sultán - no te has parado a recoger nada?

El joven le respondió con dignidad y orgullo:

- ¡ Yo sigo a mi rey !

1037. LAS VIRTUDES

Cuentan que una vez se reunieron en un lugar de la tierra todos los sentimientos y cualidades de los hombres. Cuando el ABURRIMIENTO había bostezado por tercera vez, la LOCURA, como siempre tan loca, les propuso:

- ¿Jugamos al escondite?

La INTRIGA levantó la ceja intrigada y la CURIOSIDAD, sin poder contenerse, preguntó: "¿Al escondite?, ¿ y cómo es eso?"

- Es un juego - explicó la LOCURA- en que yo me tapo la cara y comienzo a contar desde uno hasta un millón mientras ustedes se esconden y cuando yo haya terminado de contar, el primero de ustedes al que encuentre, ocupará mi lugar para continuar el juego.

El ENTUSIASMO bailó secundado por la EUFORIA. La ALEGRÍA dio tantos saltos que terminó por convencer a la DUDA, e incluso a la APATÍA, a la que nunca le interesaba nada. Pero no todos quisieron participar. La VERDAD prefirió no esconderse (¿para qué?), si al final siempre la hallaban, y la SOBERBIA opinó que era un juego muy tonto (en el fondo lo que le molestaba era que la idea no hubiese sido suya), y la COBARDÍA prefirió no arriesgarse...

- Uno, dos, tres...- comenzó a contar la LOCURA.

La primera en esconderse fue la PEREZA que, como siempre, se dejó caer tras la primera piedra del camino. La FE subió al cielo, y la ENVIDIA se escondió tras la sombra del TRIUNFO, que con su propio esfuerzo había logrado subir a la copa del árbol más alto. La GENEROSIDAD casi no alcanzaba a esconderse; cada sitio que hallaba le parecía maravilloso para alguno de sus amigos: que si un lago cristalino, ideal para la BELLEZA; que si el bajo de un árbol, perfecto para la TIMIDEZ; que si el vuelo de la mariposa, lo mejor para la VOLUPTUOSIDAD; que si una ráfaga de viento, magnífico para la LIBERTAD. Así que terminó por ocultarse en un rayito de sol. El EGOÍSMO, en cambio, encontró un sitio muy bueno desde el principio, ventilado, cómodo... pero sólo para él.

La MENTIRA se escondió en el fondo de los océanos (¡mentira!, en realidad se escondió detrás del arco iris), y la PASIÓN y el DESEO en el centro de los volcanes. El OLVIDO... ¿se me olvidó dónde se escondió!... pero es no es lo importante.

Cuando la LOCURA contaba 999.999, el AMOR todavía no había encontrado un sitio para esconderse, pues todo se encontraba ocupado, hasta que divisó un rosal y, enternecido, decidió esconderse entre sus flores.

-¡Un millón!- contó la LOCURA y comenzó a buscar.

La primera en aparecer fue la PEREZA, sólo a tres pasos de la piedra. Después se escuchó a la FE discutiendo con Dios en el cielo sobre Zoología. Y a la PASIÓN y al DESEO los sintió en el vibrar de los volcanes.

En un descuido encontró a la ENVIDIA y, claro, pudo deducir dónde estaba el TRIUNFO. Al EGOÍSMO no tuvo ni que buscarlo; el solito salió disparado de su escondite, que había resultado un nido de avispas.

De tanto caminar sintió sed y, al acercarse al lago, descubrió a la BELLEZA. Y con la DUDA resultó más fácil todavía, pues la encontró sentada sobre una cerca sin decidir aún de qué lado esconderse.

Así fue encontrando a todos: el TALENTO entre la hierba fresca, la ANGUSTIA en una oscura cueva, la MENTIRA detrás del arco iris y hasta el OLVIDO, al que ya se le había olvidado que estaba jugando a los escondidos.

Pero sólo el AMOR no aparecía por ningún sitio.

La LOCURA buscó detrás de cada árbol, bajo cada arroyo del planeta, en la cima de las montañas y, cuando estaba por darse por vencida, divisó un rosal y las rosas... Y tomó una horquilla y comenzó a mover las ramas, cuando de pronto un doloroso grito se escuchó. Las espinas habían herido en los ojos al AMOR. La LOCURA no sabía qué hacer para disculparse; lloró, rogó, imploró y hasta prometió ser su lazarillo.

Desde entonces, desde que por primera vez se jugó al escondite en la tierra,

EL AMOR ES CIEGO Y LA LOCURA LO ACOMPAÑA SIEMPRE.

1038. EL CIEMPIÉS

- Qué complicación (exclamó el Abad viendo caminar a un ciempiés) y qué maravilla: lo hace tan bien que parece fácil.

De pronto, le vino a la memoria una historieta que había escuchado no sabía dónde: "El pequeño ciempiés sintió que debía lanzarse a caminar, y preguntó inquieto a su madre:

- Para andar, ¿qué pies debo mover primero: los pares o los impares, los de la derecha o los de la izquierda, los de delante o lo de detrás? ¿O los del centro? ¿Y cómo? ¿Y por qué?

- Cuando quieras andar, hijo mío - le respondió la madre- deja de cavilar y... anda".

1039. LA SED

Un joven inquieto se presentó a un sacerdote y le dijo:

- 'Busco a Dios'.

El reverendo le echó un sermón, que el joven escuchó con paciencia. Acabado el sermón, el joven marchó triste en busca del obispo.

- 'Busco a Dios', le dijo llorando al obispo.

Monseñor le leyó una pastoral que acababa de publicar en el boletín de la diócesis y el joven oyó la pastoral con gran cortesía, pero al acabar la lectura se fue angustiado al papa a pedirle:

- 'Busco a Dios'.

Su santidad se dispuso a resumirle su última encíclica, pero el joven rompió en sollozos sin poder contener la angustia.

- '¿Por qué lloras?', le preguntó el papa totalmente desconcertado.

- 'Busco a Dios y me dan palabras' dijo el joven apenas pudo recuperarse.

Aquella noche, el sacerdote, el obispo y el papa tuvieron un mismo sueño. Soñaron que morían de sed y que alguien trataba de aliviarles con un largo discurso sobre el agua.

1040. DAR

Aquella tarde, la comunidad monástica hacía, en su oratorio, una plegaria de intercesión. Una tras otra, se escuchaban las oraciones de los monjes: "Señor, te pido", "Señor, te pido", "Señor, te pido". También el Abad hacía su plegaria: "Señor, te pido...". Por fin, todos callaron largamente.

Hasta que de nuevo se dejó oír la voz del Abad: "Ahora, Señor, dinos en qué podemos ayudarte; te escuchamos en silencio".

Al cabo de un rato concluyó: "Gracias, Padre, porque quieres contar con nosotros". Y todos los monjes respondieron al unísono: "Amén".

(Porque habían comprendido que la oración, como el amor, tiene dos tiempos: dar y recibir, y que si falta uno de ellos, se muere.)

1041. COMPASIÓN

Uno de los discípulos fue sorprendido en el acto de robar. Lo apresaron, denunciaron, acusaron y esperaron el castigo ejemplar del Maestro. Pero el Maestro no hizo nada. El descontento se intensificó entre los demás discípulos que murmuraron, protestaron, amenazaron. Por fin, al ver que no se castigaba al culpable, todos los demás discípulos se reunieron y declararon ante el Maestro que, si el ladrón no era expulsado, se irían todos ellos.

El Maestro contestó: "Podéis iros. Vosotros tenéis ya buenas costumbres y buen juicio. Sabéis discernir el bien y el mal y actuar según el dictamen de vuestra conciencia. Pero este pobre hermano no distingue el bien del mal. ¿Quién le va a enseñar si yo no lo hago? Yo seguiré enseñándole a él, aunque todos los demás os marchéis".

El ladrón se echó a llorar. Sintió que todo deseo de robar había desaparecido de sus entrañas. Hasta entonces se había mostrado arrogante, confiado al verse protegido, impenitente en busca de la próxima ocasión para practicar impunemente sus artes. Pero, ante la bondad del Maestro, se le deshizo el orgullo, se le abrieron los ojos, se le enterneció el corazón. Y vio lo que nunca había visto y entendió lo que ninguna lección le podría haber hecho aprender.

El ladrón no fue el único que lloró. Hubo también lágrimas escondidas en ojos de muchachos que se sabían culpables de faltas encubiertas que al no ser vistas iban quedando en su conciencia apagada como no cometidas.

La compasión del Maestro es la gran virtud que inspira la mejor conducta en el discípulo. Ya no hubo más robos.

Carlos G. Vallés

Vida Nueva 2189 del 12 de junio de 1999

